

21. 1. 1917  
Hamburg



POESÍA Y ARTE  
DE LOS ÁRABES

EN ESPAÑA Y SICILIA

HIJOS DE PE  
SEVILLA

186  
—  
0 2 3

REAR

LArab.H  
S 2915p  
Schack, Adolf Friedrich von  
Sv POESÍA Y ARTE

DE

# LOS ÁRABES

EN ESPAÑA Y SICILIA,

POR

ADOLFO FEDERICO DE SCHACK

TRADUCCION DEL ALEMAN

POR DON JUAN VALERA,

de la Real Academia Española.

Tr. of Poessie und Kunst der Araber.  
TOMO PRIMERO.

---

TERCERA EDICION.

---

SEVILLA: 1881

FRANCISCO ALVAREZ Y C., EDITORES

Tetuan 24.

---

La presente edicion es pro-  
piedad de los Editores.

---

1802

11/4/1890

3/10/90

C



Establecimiento tipográfico de FRANCISCO ALVAREZ Y C.<sup>a</sup>,  
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los  
Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier.  
**Tetuan, 24.**

## AL PÚBLICO

---

*Nuestro deseo de publicar obras de verdadera importancia nos ha impulsado á adquirir el derecho para hacer la tercera edicion de la POESIA Y ARTE DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA Y SICILIA, traduccion del eminente autor D. Juan Valera.*

*Indudablemente es el libro del Sr. Valera que se conoce ménos, y hemos querido, al mismo tiempo que rendir tributo á uno de nuestros primeros escritores, dar á conocer al público una de sus mejores obras.*

*Hubiéramos podido pedir un prólogo, pero obras como la presente no lo necesitan; estas cuatro palabras sirvan sólo de débil muestra de admiracion y afecto al Sr. D. Juan Valera.*

LOS EDITORES



---

---

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

### DEL TRADUCTOR

---

Si este libro no me pareciese de muy amena lectura y de bastante interes para los españoles, no me hubiera puesto yo á traducirle, y á publicarle despues, seguro, como lo estoy, de la poca ó ninguna recompensa que ha de alcanzar mi trabajo. No voy aquí á encomiar el libro y á recomendarle á los lectores. Ellos comprenderán su mérito sin que yo me canse en hacerle patente. Tampoco voy á contradecir ó á impugnar al autor, poniendo de manifiesto los errores en que puede haber incurrido; mi grande igno-

rancia de la lengua y literatura arábigas no lo consiente.

Yo me hubiera abstenido de poner palabra alguna, propia mia, al frente de esta obra, si no fuese porque quien la leyere traducida por mí, y sin advertencia alguna, podrá pensar que coincido con el autor en opiniones, que no son las mías. Ni yo soy tan entusiasta, como él, de los árabes, ni denigrador, como él, de los arabistas españoles.

Siempre he creído que toda gran civilización nace, crece y vive entre los pueblos que llaman de raza indo-germánica, y, en particular, entre los que habitan en Europa, sobre todo en el Mediodía: en Grecia, Italia, España y Francia. Sólo un pueblo de otra raza, un pueblo singular, los judíos, compete con los pueblos europeos, y aún descuella por su inteligencia, influyendo de un modo enérgico, poderoso y bienhechor en el progreso humano.

En los árabes veo poco ó nada original, y no hablo del carácter, sino de la intelligen-



cia, salvo la poesía ante-islámica, bárbara y ruda por los sentimientos, refinada, culte-rana y hasta pedantesca por el estilo, y falta de todo ideal. Su filosofía, su ciencia, casi toda su cultura, y hasta cierto punto su poesía misma, posterior al islamismo, me parecen, como el propio islamismo, un reflejo y un trasunto del saber de los judíos y de las civilizaciones de los pueblos indogermánicos; en Oriente, de los indios y de los persas. Grecia influyó también, con extraordinario brío, en el desarrollo intelectual de los musulmanes; sin Aristóteles y Platon, acaso nunca los musulmanes hubieran filosofado; sin Hipócrates y Galeno, no hubieran tenido buenos médicos; ni hubieran comprendido nada de las ciencias exactas y naturales, sin Euclides, Ptolomeo y el ya mencionado Estagirita.

En las artes tampoco tienen los árabes nada propio, si se exceptúa la arquitectura; pero, aunque yo me admiro de la Alhambra y de la mezquita de Córdoba, mi entusiasmo no raya muy alto. No lamento y deploro

tanto como otros el que se haya levantado un templo cristiano en el centro de la soberbia fábrica de Abdurrahman. Todavía me parece aquel templo cristiano más noble y hermoso que el arábigo que le circunda, y los primores de la celebrada capilla, vulgarmente llamada *del Zancarron*, no llegan, en mi sentir, á los primores de la sillería del coro, ni á la gracia y belleza de uno de los púlpitos.

No se opone lo dicho á que yo estime la civilizacion arábigo-hispana en todas sus manifestaciones; pero entiendo que esta civilizacion debe mucho á la influencia inspiradora del cielo de Andalucía, y á la raza que ántes de la conquista habitaba allí. En Persia, á pesar del Corán y á pesar de la conquista mahometana, se desenvolvió y floreció, bajo el imperio de los musulimes, una cultura indígena y nacional; se creó una gran epopeya, una admirable poesía lírica, una mitología y una filosofía. En España, aunque en menor grado, porque no teníamos lengua propia, y no la pudimos conservar,

concurrió, sin duda, poderosamente el pueblo vencido á la cultura y adelanto de los árabes vencedores. La historia da indicio de ello, afirmando la prontitud con que los españoles aprendieron el árabe. Ya en el siglo ix se quejaba Álvaro de Córdoba del olvido en que los cristianos tenían el latín, y del afán con que estudiaban la lengua del Yemen; y, según un historiador, traducido por Gayángos, hubo hasta obispos que se dedicaron con ardor á la poesía arábica, y aún compusieron elegantes *kasidas*.

Lo cierto es que en España han llegado algunos pueblos, de los que sucesivamente han venido á habitarla, á más alto grado de cultura, y á ser más fecundos intelectualmente, que en otras regiones. Esto se puede afirmar, más que de nadie, de los árabes y de los judíos.

Traduzco, pues, el libro de Schack, porque la poesía y el arte de los árabes en España nos pertenecen en gran manera; deben más bien llamarse poesía y arte de los españoles mahometanos. No creo que me

engañe el patriotismo al entender que nuestra tierra ha sido siempre fértil en grandes ingenios, y nuestros hombres muy dispuestos para las ciencias y para todas las creaciones del espíritu. Si España no ha llegado jamás á tener una civilizacion propia, tan fecunda, completa é influyente en el resto del humano linaje, como la de Grecia ó la de Roma, tal vez lo debe á un fanatismo religioso, vivo y ardiente, que, aguijado por nuestro genio, en extremo democrático y nivelador, apénas ha consentido que nadie salga del camino trillado, ni que se levanten enérgicas individualidades y una aristocracia independiente en las esferas del saber. Los príncipes y dominadores, aun los más ilustres y gloriosos, han halagado á veces esta propension del vulgo. Si Haken II y Don Alfonso el Sabio protegieron las ciencias, más fueron los que las miraban con recelo y las perseguian. Encerrado así nuestro pensamiento en un mezquino y estrecho círculo, se ahogaba ó marchitaba, y venia al fin á caer en el ergotismo y en los más pueriles discreteos. Esto se ha

repetido en várias épocas de nuestra historia. El grande Almansur y el no ménos grande Cisneros quemaban los libros, y si se descuidaban, quemaban tambien á los filósofos. ¿Qué no harian los almoravides, y qué no habian de hacer más tarde los inquisidores?

Por fortuna, la civilizacion es tan natural á nuestro suelo, y tiene en él tan hondas raíces, que es imposible extirparla. Aunque se corte hasta el tronco el árbol de la ciencia, siempre retoña y reverdece.

La amarga censura que hace Dozy de Conde y de Casiri, y que Schack reproduce, no es menester saber la lengua arábica para conocer que es injusta. Casiri y Conde habrán errado bastante, pero ellos empezaron la obra que Dozy ha continuado, y no son tan equivocadas, tan absurdas y mentirosas las noticias que dan.

No puedo ménos de hacer notar, por último, que el silencio que guarda Schack acerca del Sr. Gayángos es injusto tambien, sobre todo si se ha valido algunas veces de su

traducción incompleta de Makkari, á quien tan á menudo cita.

No niego la gloria de Dozy y el inmenso servicio que ha hecho con sus publicaciones; pero el Sr. Schack, tan conocedor y tan buen juez de nuestra literatura, no debiera ignorar que hoy tenemos en España arabistas que siguen las huellas del sabio holandés, si no entran con él en competencia. Moreno Nieto, Lafuente Alcántara, Fernandez y Gonzalez, Simonet y otros han publicado ya trabajos que importan mucho al adelanto de los estudios orientales.

Por lo demás, el Sr. Schack ha escrito su obra con un verdadero amor á España, ensalzando nuestro país de un modo que, si bien es justo, merece gratitud respetuosa.

---

---

---

## ADVERTENCIA

### Á LA SEGUNDA EDICION

---

Esta obra ha ido publicándose por tomos, pasando años desde la publicacion del primero á la del segundo, y, no sólo años, sino revoluciones, caidas de dinastías y de imperios, y guerras espantosas, desde la publicacion del segundo á la del tercero. Publicado el tomo primero en época relativamente sossegada, logró atraer la atencion del público mucho más que los dos posteriores; asi es que tuve el inesperado gusto de ver pronto agotada la edicion. Al dar á la estampa el tomo II y el tomo III, cuidé, por consiguiente,

de hacer imprimir cierto número de ejemplares con destino á completar la segunda edicion del tomo I, que ahora hago y que ofrezco al público. Espero de su bondad que, dándole yo al cabo la obra entera, no me la desairará, y acudirá á comprarla.

Como la obra no es mia, bien puedo, sin pecar de inmodesto, asegurar que tiene mucha amenidad, y, como dicen los ingleses, no poca *information*. Para los arabistas, y aún para bastantes eruditos, tal vez no haya gran novedad, y aún tal vez haya demasiada superficialidad en esta obra; mas los profanos podrán, leyéndola, adquirir noticias interesantes.

Algunos arabistas españoles acusaron á Schack de que la mayor parte de sus versos, traducidos del árabe, estaban ya traducidos á varias lenguas europeas, como al latin, al inglés, al francés y al aleman.

Años pasados estuvo en Madrid el señor Schack, y yo le hablé de esta acusacion, de la cual se defendió, asegurándome que habia en su obra muchísimos versos traducidos por



él por primera vez en una lengua europea. Como yo le dijese, ademas, que iba á hacer segunda edicion del tomo primero, prometió escribirme una carta justificándose de dicha acusacion, á fin de que yo la publicase al frente del dicho tomo primero. La carta vino, en efecto, bastante bien escrita en español, muy lisonjera para mí, y con datos curiosos sobre los versos que nadie, ántes de Schack habia traducido del árabe, y que no son pocos. Por desgracia, no hay papel que yo no pierda, y la carta de Schack, que vendria como de molde ahora, se me ha perdido. No puedo dar con ella por más que hago; no tengo paciencia para aguardar á que venga otra, ni me atrevo á decir al Sr. Schack que la escriba de nuevo. Va, pues, sin este adorno y sin este documento mi trabajo, por más que, si le llevase, ganaria mucho en autoridad y en crédito.

En cuanto al Sr. Schack, digan lo que quieran los dificiles y descontentadizos, no se puede negar que ha hecho un gran servicio á las letras españolas escribiendo este

libro, á mi ver, entretenido, instructivo y ameno. Las poesías arábicas que en él inserta están escogidas con muy buen gusto, y todos los juicios me parece y me atrevo á sostener que son atinados y discretos. Ello es que el público de nuestra España sabía poco ó nada de la poesía hispano-muslímica, y ya, merced á mi traduccion, algo puede saber. Nuestros arabistas todo lo sabian, pero lo guardaban como el avaro guarda su tesoro; mientras que Schack, aunque más pobre que ellos, no ha tenido inconveniente en prodigar el suyo.

Si el público no desdeñase mis afanes, me enpeñaría en otra empresa de más importancia y que tiene bastante analogía con esta obra. Ya que, traduciendo á Schack, he dado á conocer, siquiera sea someramente, la poesía arábigo-hispana, deseo, traduciendo y comentando las mejores composiciones de los poetas judíos españoles, dar á conocer asimismo la poesía hebraica en España.

Asunto sería éste mucho más importante que el de la poesía hispano-muslímica, por-

que, salvo el gran período, durante el cual, bajo la inspiracion divina, escribieron los hebreos los cantos inmortales que encierra la *Biblia*, jamas el genio de aquel pueblo privilegiado y superior, de cuya estirpe quiso nacer el Salvador del mundo, ha levantado su vuelo con más seguridad y pujanza que en España durante los siglos medios. Miéntas que la poesia de los árabes españoles tiene mucho de superficial, artificiosa y lijera, la de los judíos españoles es eminentemente religiosa, profunda y sublime. Los grandes poetas hebreos de España fueron, ademas, grandes filósofos y teólogos, y sus pensamientos y obras influyeron de un modo poderoso en la civilizacion europea durante la Edad Media. Sus nombres no pertenecen sólo á la historia de España, sino á la historia del mundo y al desenvolvimiento intelectual de todo el espíritu humano. Tales son Salomon ben Gabirol, Moisés y Abraham ben Ezrá, Jehuda Halevi de Toledo, Moisés ben Nachman, y otros muchos.

Aunque yo sea casi tan ignorante del

idioma de los profetas como de la lengua del Yemen, entiendo que podré hacer este trabajo, valiéndome de las que con grande amor y acierto han hecho sobre los poetas judíos españoles algunos entusiastas alemanes, judíos también. De esta suerte, ya que en el Estado español hay libertad de cultos, llevaremos esta libertad á la república de las letras españolas, introduciendo en ella de nuevo á los israelitas y á los mahometanos, que habian sido expulsados largo tiempo hacia.

---

---

---

## PRÓLOGO

---

La siguiente obra es fruto de estudios, á que me indujeron mi larga permanencia en Andalucía, y singularmente dos veranos que pasé en la hermosa Granada. A causa de mis frecuentes visitas á la Alhambra y al Generalife, y de las excursiones que me llevaban, ya al arruinado palacio de los Alijares, ya á las encantadoras colinas de Dinar-damar ó á la maravillosa Alameda, ornada de flores, cercana al *Jardin de la Reina*, así como á causa de mis paseos por la hoy desierta capital del imperio omíada, los monumentos de los árabes que me rodeaban se

fijaron en mi mente como firme objeto de atenta consideracion. Al propio tiempo se despertó en mí el deseo de conocer más de cerca la cultura del pueblo, de cuyo buen gusto en artes daban brillante testimonio aquellas obras de arquitectura, tan bellas — como originales. Yo ansié reanimar los salones de los alcázares arábigos, así con las figuras de los hombres que en otra edad discurrían por ellos, como también con los cantares que entonces allí resonaron. Se oponían á mi propósito la oscuridad y el olvido en que ha caído la nación que casi por espacio de ocho siglos dominó en España, y que durante la edad media hizo tan gran papel. Con un celo sin ejemplo se han dado á conocer, hasta en sus más insignificantes producciones, los trabajos de los poetas provenzales, del norte de Francia, castellanos, alemanes, escandinavos é ingleses; pero en este coro de todas las naciones falta la voz del pueblo que justamente resplandeció sobre los demás por su cultura. Es cierto que los libros de historia hablan de la extraordinaria

eflorescencia á que llegó el arte de la poesía, á más de casi todas las ciencias, entre los españoles mahometanos; es cierto que se ha escrito, tiempo há, aunque más bien con vagas afirmaciones que con fundado conocimiento de los hechos, sobre el fecundo influjo de la poesía arábigo-hispana en la del resto de Europa; pero en balde se procuraria, por medio de alguna de las modernas lenguas europeas, tener noticias de estas poesías, y ménos conocerlas. Toda una gran literatura poética, que fué altamente admirada por un pueblo rico de ingenio, en el apogeo de su civilizacion, y cuya fama se extendia desde el ocaso hasta el oriente más remoto, ha desaparecido tan por completo como si jamás hubiera sido.

La sorpresa que esto causa se disminuye al pensar que la misma historia política de los árabes españoles ha permanecido en la más profunda oscuridad hasta hace poco; porque, segun el gran orientalista holandés irrefragablemente atestigua, Conde, tenido durante tanto tiempo por principal autori-

dad en este asunto, ha dado, por traduccion de historiadores arábigos, trozos mutilados de crónicas latinas; y, cuando realmente traducía un texto oriental, le entendia tan poco, que no raras veces convertia en dos ó tres á un individuo sólo, trocaba el infinitivo en nombre propio, hacia morir á muchos hombres ántes de que naciesen, y ponía en escena personas que nunca existieron. Con todo, el libro de este español ha sido, hasta nuestros días, el fundamento de cuanto se ha escrito sobre los árabes de España. En todas las universidades de Europa se ha estudiado por él esta parte de la historia; todas las obras sobre España, escritas por alemanes, ingleses, americanos ó españoles, han tomado de Conde sus noticias sobre aquel brillante período; y del mismo manantial se han infundido los hechos falsos de todo género en las historias universales, aún de los más famosos autores, en las historias generales de la edad media, en las descripciones de los viajeros, etc., etc. La biblioteca de Casiri apénas merece más fé que el libro de Conde.



Sólo recientemente, con la publicacion de los más importantes historiadores arábigos en el texto original, se ha adquirido un fundamento seguro para conocer la España mahometana. Dozy, el ya citado eminente sábio á quien debemos en su mayor parte estas ediciones, ha coronado su meritorio trabajo con una verdadera historia crítica de los mahometanos en España, desde el octavo hasta el duodécimo siglo. Esta obra, que en conjunto llama el autor *Investigaciones sobre la Edad Media española*, debe ser considerada como una de las más altas y ya cumplidas tareas científicas de nuestro siglo, pues por ella ha salido, por primera vez, de las tinieblas de la fábula y de la mentira á la luz de la verdad, toda una parte de la historia del mundo tan importante y comprensiva. De esperar es que Dozy termine su empresa, describiendo aún la dominacion mahometana en la Península, desde más allá del tiempo de los almoravides hasta la conquista de Granada.

No podia entrar en el plan de este egre-

gio literato, tratar de la historia literaria de los árabes españoles, además de la historia política; su ya gigantesco trabajo se hubiera aumentado así desmesuradamente. Sólo con ocasión de otros casos, tienen lugar en su obra algunas noticias de esta clase. Sin embargo, no se puede negar que es por muchas razones deseable un más íntimo conocimiento de la poesía arábigo-hispana. Aún prescindiendo del deleite que ha de esperarse de las creaciones poéticas de un pueblo tan bien dotado, no se ha de estimar en ménos el valor histórico de dichas creaciones. Como dice Ibn Jaldun, en parte alguna se retratan los antiguos árabes mejor que en el libro de los cantos de Ali de Ispahan (*Prolegomena*, III, 321). Así el espíritu y la vida de los habitantes musulmicos de España se reflejan en sus canciones. Por último, la cuestión presentada á menudo sobre si la poesía de la Europa cristiana en la edad media ha recibido el influjo de la poesía arábica, se decide aún, sin que sea lícito negarlo, por afirmaciones generales y someras analogías, mién-

tras que sólo el conocimiento de la misma poesía arábigo-occidental puede derramar luz sobre este punto oscuro.

Miéntas tanto, ya que me decido, en prueba de haber consagrado mi actividad á este objeto, á publicar el presente ensayo, conviene decir que le publico confiando en que será juzgado como la primera obra que se escribe sobre un asunto no tratado hasta ahora, y no como aquellos escritos que versan sobre asuntos más trillados y conocidos anteriormente. Sólo despues de haber sido ilustrada la literatura de los trovadores por una serie de escritos, que se sucedieron durante tres siglos, pudo componerse una obra como la de Diez. De esta suerte, sólo será posible presentar el cuadro completo de la poesía arábigo-hispana, cuando la aplicacion unida de muchos autores subministre para ello los materiales, y aún entónce, apenas bastarán las fuerzas y laboriosidad de una persona sola para abarcar la monstruosa magnitud de este ramo de la literatura, y para dar cima á una empresa tan gigante. Conocedor

los errores de Conde y en otros libros semejantes, que no merecen fe, he procurado yo, bebiendo en manantiales arábigos, que para esto son los solos conducentes, dar otro valor á mi obra. Que mi ensayo, por su dificultad y por la escasez de documentos habia de ser defectuoso, lo sabía yo desde que le empecé; pero tambien estoy persuadido de haber tomado el único camino derecho para poner en claro esta parte de la historia del arte.

Pienso asimismo echar una mirada sobre la poesía y el arte de los árabes en Sicilia; pero, como la cultura arábiga no ha florecido en aquella isla ni tan largo tiempo ni tan generalmente como en Andalucía, las páginas que consagro á esto tienen que ser proporcionalmente pocas. Es de advertir, ademas, que sobre aquella isla poseo muchos ménos documentos y noticias que sobre España.

La forma libre de todo mi ensayo me permite, en los capítulos sobre el arte, decir algo tambien acerca del país en que éste ha florecido. Si por ello se me censura de que á

veces me aparto de mi objeto, y tomo el tono de un *tourista* entusiasta, advertiré que la arquitectura arábica está en la más estrecha relacion con la naturaleza que la rodea, y que, por lo tanto, quien desee caracterizar las creaciones de este arte, no debe dejar tambien de fijar su atencion en los objetos circunstantes. Por otro lado, era para mí del todo imposible el hablar con el tono seco del topógrafo sobre paisajes y lugares, cuyo mágico encanto no es sobrepujado por el de otro alguno en la tierra. Asimismo me atrevo á recordar aquí que hasta el severo historiador Falcando, y los sabios estadistas Pedro Mártir y Navagero no pueden contenerse al contemplar á Palermo y á Granada, y muestran su entusiasmo en inspiradas descripciones y en elocuentes alabanzas. Sír- vame de excusa el ejemplo de estos grandes hombres.

---



de sombra, y el surco deslumbrador del relámpago en el cielo tenebroso, de todo esto, no sólo en general, sino en cada uno de sus momentos, y con su propio carácter y fisonomía, sabe apoderarse el poeta, y prestar duracion con gráficas palabras á la instantánea y mudable faz de las cosas. Ni le falta imaginacion instintiva para pintar los encantos de su amor y las excelencias de su espada ó de su lanza reluciente. En sus breves narraciones, no obstante la índole lírica de toda la obra, acierta con pocos rasgos atrevidos á contar los sucesos y á presentarlos vivamente á la fantasía.

La *Kasida* de Schanfara ofrece un modelo perfecto de la antigua poesía arábiga en toda su originalidad y en toda su pureza. En ella se retrata con rasgos profundos é indelebles y con patente grandeza el héroe selvático del desierto, que hasta á los cielos desafía. Lleno de enojo contra los hombres y el mundo, avanza durante la noche por el desierto, donde saluda como amigos al tigre y á la hiena hirsuta. Tendido sobre el duro suelo, desecado por los rayos del sol, y sólo llevando en su compañía el valiente corazon, el arco y la brillante espada, se complace en la soledad, para el noble y generoso refugio contra la maledicencia y la envidia. Mu-

chas noches ha caminado él, acompañado del hambre, el furor y el espanto, á través de la lluvia y las tinieblas. Por él han quedado viudas muchas mujeres, huérfanos muchos hijos. Sin embargo, sólo ha alcanzado la ingratitud de sus compañeros de tribu. Por esto se halla tan bien avenido con los genios del desierto, que no hacen traicion á los amigos, que no divulgan los secretos. En adelante quiere vivir con los hambrientos lobos que rápidamente se precipitan por los barrancos, y que son altivos y valientes como él.

En más dulce tono celebra Antar el recuerdo de su Abla, de cuyos labios emana un aroma como el del suelo de primavera bañado por el rocío; en ella piensa cuando las lanzas enemigas y las agudas espadas quieren apagar la sed bañándose en su sangre; y su nombre invoca cuando sobre su ligero corcel, cubierto ya de heridas, se arroja en medio del tumulto de la batalla, y echa al suelo á tanto combatiente, que el olor embriagador de la sangre derramada llama y atrae á las hienas hambrientas, que buscan una presa que devorar en la oscuridad de la noche.

Tarafa excita en sus versos á la alegría y á los deleites de este mundo; porque, ¿hay álguien



acaso que esté seguro de la inmortalidad? Tres cosas son las que dan todo su encanto á la vida: por la mañana, temprano, ántes de que se despierte el severo censor, confortarse con el rojo zumo de las uvas; apresurarse sobre un corcel jadeante en socorro de un guerrero cercado de enemigos, y pasar las horas de un día lluvioso y sombrío, bajo la desplegada tienda, en dulces juegos con una hermosa muchacha. La vida es un tesoro, del cual cada noche se lleva una parte. Iguales son los sepuleros del avariento, que contempla suspirando sus amontonados tesoros, y del pródigo, que despilfarra la herencia paterna en alegres goces; ambos sepuleros están cubiertos con un monton de piedras frias. Por estas razones, jamás se buscará en balde al poeta en la regocijada compañía de los bebedores, miéntras que brille el sol para él y no esté hundido en la noche eterna.

Atrevido y lleno de arrogancia juvenil, resucna el canto de Amr-ben-Kultum en alabanza de su tribu, cuyos blancos estandartes la llevan á la pelea, como va el ganado al abrevadero, y siempre vuelven rojos. «Apénas, dice, uno de nuestros niños se ha olvidado del pecho de su madre, cuando se postran de hinojos ante él, para reverenciarle, los más so-

berbios caudillos de las tribus extrañas. En la pelea derribamos las cabezas enemigas, como los muchachos derriban las piedrecillas cuando juegan.» Pasablemente árida es la *Muallaka* de Harit, llena de alusiones sobre toda clase de sucesos, y en la cual se defendían los becritas contra las acusaciones que Amr les había dirigido.—De la boca del anciano Zuhair brotan sábias sentencias. Harto de las penas de la vida, porque cuenta ochenta años, mira indiferente á la ciega fortuna, sin desear sus dones. La fortuna no le ha sido propicia, y por esto ha vivido tanto. Él sabe lo que es hoy, y lo que ayer fué, pero no presiente lo que será mañana; así es que anhela, ántes que la muerte le arrebate, amonestar á las tribus para que observen con fidelidad los convenios, á fin de que no arda de nuevo la tea de la discordia, y la desventura las triture, pesada como piedra de molino.

Pintorescas imágenes de diversa clase presenta la *Muallaka* de Amr-ul-Kais, ora sea que el poeta refiera una aventura de amor, y cómo sorprendió á una muchacha que se bañaba miéntras que las pléyadas lucían en el cielo, y penetró en la tienda á despecho de los guardadores y de los recelosos parientes; ora describa

una partida de caza, montado él sobre un caballo impetuoso, el cual se precipita, semejante á un peñaseco que arrastra en sus ondas el torrente desde la altura; ora pinte las gacelas que descienden del monte al llano, al presentir la tempestad, y cómo ésta troncha las palmas, hace que se desborden los arroyos, y es saludada por las aves con jubilosos trinos.

La *Muallaka* de Lebid nos ofrece una hermosa pintura de la antigua vida de los árabes. Lebid se jacta de haber estado á menudo de atalaya, para defender á su tribu, en las más altas colinas, desde donde podia espiar los movimientos del enemigo, y ver el polvo que levantan los cascos de los caballos, y columbrar los estandartes; siempre el peregrino halló refugio en su tienda contra el frio de la mañana, cuando sopla el helado viento del norte; siempre halló refrigerio en su mesa toda mujer menesterosa y desvalida. Por último, el poeta habla severamente de lo caduco y perecedero de todas las cosas de la tierra. Nosotros pasamos para nunca volver, mientras que las estrellas tornan á levantarse en el cielo; aún las montañas y los alcázares permanecen y nos sobreviven. La suerte toca una vez á cada mortal; con los hombres sucede como con los campamentos y

con aquellos que los habitan: pasan éstos adelante, y quedan yermos estotros. Sólo un relámpago, un resplandor ligero es el hombre; arde, luce y deja cenizas.

Mayor variedad que en las *Kasidas* hay en las numerosas pequeñas composiciones poéticas contenidas en la *Hamasa*, en el *Diran de los Hudscilitas* y en otras colecciones. Allí se encuentran cantos de guerra y de hazañas al lado de poesías eróticas ó *gacelas*, é himnos fúnebres, mezclados con sátiras y versos báquicos, festivos ó jocosos. Muchas de estas composiciones se distinguen por el raptó lírico, las atrevidas imágenes, los giros pasmosos y las brillantes descripciones; pero la carencia de una extensa y alta noción del universo encierra también esta clase de poesía en muy estrechos límites. Es casi siempre esta poesía hija de una inspiración que nace de momentáneas y determinadas circunstancias; ya un arranque de enojo sobre el ofendido honor de la tribu, ya una lamentación sobre un pariente ó un amigo asesinado, ya una invectiva contra un enemigo, y ya excitaciones á la valentía, ó el propio elogio por lo hecho en la pelea ó por el valor manifestado en los peligros, todo ello mezclado con proverbios y máximas morales. Como la patria del árabe antiguo

se limita á su tienda, y como mira con desprecio todo lo que no pertenece á su tribu, sus pensamientos poéticos y las voces de su alma corren parejas con aquel modo de sentir, y no van más allá tampoco. Con todo, lo que su poesía pierde por esto en extension de horizonte y en riqueza de tonos y colorido, lo vuelve á ganar en profundidad y en vigor intenso dentro de aquel campo exclusivo en que vive. Ciertos tonos quizás no fueron nunca, como por ella, lanzados con mayor fuerza para herir los corazones. La ira, que sólo puede calmarse en un torrente de sangre, y que arde como un volcan con ocasion de una ofensa recibida; el noble orgullo del hombre, realzado por la conciencia de su libertad; su devocion y prontitud á sacrificar la vida por sus hermanos de tribu; el audaz espíritu de aventura, que no se detiene ante ningun obstáculo; el dolor profundo por los asesinados amigos, cuya sangre no ha bebido aún la tierra, cuando ya la venganza ha caído sobre los matadores, y el recuerdo amoroso de las virtudes de las víctimas, y de la magnanimidad, con que profusamente difundian sus dones, como las nubes del cielo; todo esto se muestra por estilo inspirado, vivo y lleno de sentimiento, en los mencionados cantares. Hay en ellos rasgos ardientes de

afecto, y un fervor y un torbellino y un torrente de pasiones, en pos del cual apenas puede ir la expresion, apresurada, violenta y concisa. A veces, y como perdiéndose y desvaneciéndose en el aire, se oyen más dulces modulaciones en la lira del árabe primitivo, y suspira por la amada ausente, cuya imagen sólo ve en sueños; pero pronto canta de nuevo el tumulto de las batallas y el resonar de las lanzas y de las espadas, y prorumpe en frases de indómita y casi diabólica fiereza, para la cual las aventuras más temerarias, el homicidio y el robo, son el mayor deleite de la vida.

Lebid, el autor de la última *Muallaka*, fué enviado, en su vejez, por embajador de su tribu, á Mahoma, quien hacia ya tiempo que figuraba como profeta, pero era aún desconocido y menospreciado de muchos. Lebid encontró á Mahoma en medio de una gran multitud de pueblo, al cual anunciaba la ira del Dios único contra los no creyentes. «Los que dejan el camino verdadero, decia, y siguen el error, no esperen galardón alguno. Se parecen á los que encienden una hoguera, y cuando el fuego luce en torno, Dios le apaga, y los deja en tinieblas, y no ven. Quedan sordos, ciegos y mudos, y no pueden volver atrás. Y son como peregrinos durante la

tormenta, cuando trueno y relámpago caen del cielo, cubierto de oscuras nubes. Y por no oír el estampido del trueno se tapan con los dedos las orejas; pero Dios tiene á los infieles en su poder; el relámpago los ciega. A veces, mientras brilla, caminan á su luz; pero se desvanecen en las tinieblas, y se paran. Si Dios quisiese, los cegaría por completo y les quitaría el oído, porque Dios todo lo puede.» Apenas oyó Lebid estas palabras de la segunda *Sura*, cuando reconoció que su *Muallaka* habia sido sobrepujada, y abandonó la poesía, y se hizo sectario del Islam.

Se comprende el entusiasmo y el asombro que debió producir la aparicion del *Coran*. Verdaderamente, el contenido de este libro religioso, ó mejor dicho, de esta coleccion de improvisaciones líricas, que ha venido á servir de base á la creencia de una parte tan grande del linaje humano, es harto pobre por el pensamiento. ¡Cuánto no difiere de aquella abundancia de ideas profundas, expresadas con una sencillez infantil, que hay en los santos libros de nuestra religion! Pero el *Coran* está lleno de imágenes deslumbradoras, que, merced á la brillante retórica y al ímpetu apasionado del Profeta, arrebatában el espíritu y encantaban los

oidos de los árabes. La poesía, que hasta entón-  
ces habia estado en Arabia ligada á la tierra y  
consagrada á las emociones y afectos de lo pre-  
sente, rompió con Mahoma los límites del tiempo  
y del espacio, para volar al séptimo cielo y mos-  
trar la felicidad de los santos, y para descender  
á los infiernos y hacer patentes las llamas en  
que han de consumirse los infieles. La palabra  
de Alá, divulgada por su profeta, resuena como  
una tempestad sobre la tierra temblorosa, ame-  
nazando con los terrores del juicio final á los  
vivos y á los muertos. El Profeta jura por el sol  
resplandeciente, por la noche tenebrosa y por  
las errantes estrellas, que se aproxima el último  
dia. La tierra se estremecerá; las montañas,  
despedazadas, se desharán en polvo; la mar se  
disipará en llamas; se arrollarán los cielos; se  
abrirá el libro del destino. Los cabellos de los  
niños encanecerán de espanto; se quebrantarán  
las peñas, de angustia; los hombres, apresura-  
dos y sin aliento, tratarán de convertirse, si hu-  
biere tiempo aún. Cuando empiece el dia teme-  
roso, sonarán las trompetas con un espantable  
sonido, por el cual hasta los ángeles tiemblan.  
Y entónces se oirá decir: «Apoderaos de los  
enemigos de Dios, y atadlos con cadenas de se-  
tenta varas, y arrojadlos en la humareda de los



infiernos, que se levanta hácia el cielo en tres columnas altísimas, y ni les da sombra ni los preserva del fuego devorador. Las almas saldrán de los sepulcros como bandadas de langostas, y serán lanzadas en el abierto abismo. Y Dios gritará al infierno: «¿Estás ya lleno?» Y el infierno responderá: «¡No....! ¿Tienes aún más impíos que yo devore?» Pero no todo será terror en aquel día. Los creyentes verán cumplidas las promesas, é irán al paraíso á gozar de una inmensa bienaventuranza, sentados en verdes praderas, sobre almohadones recamados de oro. Allí reposarán, debajo de los plátanos frondosos y de los lotos sin espinas, y al borde de murmuradores arroyuelos, donde no sentirán ni calor ni frío. Una fresca sombra los cubrirá, y los frutos caerán sobre ellos desde las ramas. Estarán vestidos con ropas de seda verde, bordadas de oro, y adornados con brazaletes de plata. Mancebos inmortales les escanciarán en vasos de cristal un vino que hace perlas y que no turba la razón, y vírgenes amables, de grandes y negros ojos, serán su recompensa.

Reconocido pronto por las diversas tribus como una revelación divina, y llevado en la punta de las lanzas por todas las regiones del mundo, el *Coran* fué en adelante para los árabes

el fundamento de la civilización. Cada muslim estaba familiarizado con sus máximas desde la infancia, y sabía de memoria las más de ellas. Y no sólo obtenía este libro una veneración religiosa como si fuese la palabra de Dios, sino que era también admirado como el dechado más perfecto de la elocuencia. El *Coran*, por consiguiente, no pudo menos de ejercer un grande influjo en la literatura, pero se exageraría demasiado este influjo, si se creyese que la poesía arábiga se había transformado por él fundamentalmente. Mahoma no se presentaba ni se tenía por un poeta; sus *Suras* no están en verso, sino en una prosa mezclada con rimas, y no pudo servir de modelo á la poesía. Ésta, aunque se enriqueció con nuevas ideas é imágenes, permaneció lo mismo en cuanto al estilo, imitando el de los antiguos cantares, á menudo hasta en las extrañezas. En todos los tiempos de la literatura arábiga los autores de las *Muallacat* son considerados como maestros, con quienes se puede competir, pero á quienes no se puede vencer; y aún entre muchos vino á arraigarse la creencia de que toda la poesía posterior á Mahoma es sólo un pobre rebusco de aquella cosecha poética abundantísima de la época primera, y de que en balde se fatigan los

poetas posteriores por asemejarse á los corifeos ante-islámicos. Así es que la mayor alabanza que se podia hacer de uno era decir: Si hubiera vivido algunos dias en tiempo del paganismo, hubiera sido el primero de los poetas. En cierta ocasion, el famoso Feresdak, oyendo recitar á uno que pasaba el octavo verso de la *Muallaka* de Lebid, se postró como para orar, con la cabeza contra el suelo, y dió la siguiente explicacion á los que le preguntaron por qué hacia aquello: «vosotros conocéis pasajes del *Coran*, ante los cuales debe el hombre postrarse, y yo conozco versos á los cuales el mismo honor es debido.» Esta sentencia se daba principalmente en atencion al lenguaje; porque éste, no bien el Islam empezó á propagarse, parece que perdió mucho de su pureza, sobre todo en las ciudades y cértes, donde tenía su principal asiento la literatura. Sólo los habitantes del desierto conservaron aún, en cierto modo, la primitiva pureza del lenguaje, por donde vino á ponerse en uso el que los poetas fuesen á vivir durante algun tiempo entre los beduinos, á fin de aprender de ellos la recta significacion de los vocablos y los giros y propiedades de la lengua clásica, así como tambien á fin de conocer por experiencia propia la vida del desierto, cuya pintura

seguía siendo siempre una parte esencial de la *Kasida*.

El primer califa que tuvo á sueldo poetas fué Jezid, hijo del fundador de la dinastía omiada. La tarea principal de los poetas cortesanos era naturalmente ensalzar, por todos los modos posibles, á sus señores. Siguiendo la marcha de las ideas que predomina en las *Muallakat*, solian empezar estos poetas las *Kasidas*, que principalmente tenian el objeto ya dicho, despidiéndose de sus queridas ó del lugar en que moraban, y luégo hacian la descripción del viaje que debia llevarlos cerca de su valedor, con cuyo pomposo elogio terminaban. Era tan grande la importancia que se daba á estas poesías encomiásticas, que un príncipe enviaba á otro un solo verso feliz, una sola bella frase en que hubiese sido elogiado. Estos dos versos de una *Kasida* de Ahtal en honor de los Omiadas gozan, en dicho sentido, de superior estimacion:

Al más fuerte enemigo sujeta su poder,  
Pero inmensa es su gracia cuando llega á vencer.

Despues de caer esta dinastía, Abul Abbas, fundador de la dinastía Abasida, invitado á oír á un poeta que habia compuesto una *Kasida*

en honor de su familia, exclamó tristemente: ¡Ah! ¡cómo ese poeta podrá decir nada que equivalga á aquellos dos versos de Achtal en elogio de los Omiadas!

El referido Achtal y Dscherir y Feresdak pasan por los más egregios poetas de los dos primeros siglos del islamismo. Cada uno de los tres se creía por cima de sus antecesores y rivales, porque la virtud de la modestia no es fácil de hallar entre los poetas arábigos. Una vez quiso oír el Califa la opinion de Dscherir sobre los autores de las *Muallakat* y sobre Feresdak y Achtal. Dscherir enconió al punto el mérito de cada uno de los mencionados con entusiastas expresiones. «Tanto has gastado en elogiarlos, dijo entónces el Califa, que nada resta ya para tí.—¡Oh Príncipe de los creyentes! replicó Dscherir, yo soy el centro de la poesía; de mí emana y á mí vuelve; yo encanto con mis versos amatorios, aniquilo con mis sátiras é inmortalizo con mis alabanzas; en suma, soy insuperable en todos los géneros, miéntras que cada uno de los otros poetas en uno solo brilla.» Este poeta no parece que se limitase, más que en el propio elogio, en sus exigencias á la liberalidad de su valedor. Muy contento con una de sus *Kasidas*, le prometió el Califa, en premio, ciento

de sus mejores camellas. «Pero, Príncipe de los creyentes, dijo Dscherir, temo que se me vayan, si no tienen algun guardador.—Está bien, respondió el Califa, te doy ocho esclavos para que las guarden.—Ahora sólo me falta, prosiguió Dscherir, una vasija en que puedan ser ordeñadas»; y al propio tiempo echó la vista sobre un gran vaso de oro que habia en el salon. Así consiguió que tambien el Califa le regalase el vaso (1).

El número de poetas que florecieron durante el primer siglo del Islam fué grandísimo, y no menor la consideracion que los más notables alcanzaron entre el pueblo, y el influjo que ejercian. La gente pretendia su favor como el de un Rey, y temia su ira como la del enemigo más poderoso, porque un verso punzante hacia heridas más profundas que el más afilado acero.

Cierto jóven se atrevió á dirigir contra Feresdak versos de burla. Sus parientes, temiendo las naturales consecuencias de esta impertinente audacia, se apoderaron de él, le llevaron á Feresdak y le dijeron: «Aquí te entregamos á este mozo; castígale como quieras, dale de palos

---

(1) CAUSSIN DE PERCEVAL, *Journal asiat.*, 1834. II, 22 y 18.

ó arráncale las barbas; reconocemos que su temeridad merece un severo castigo.» Feresdak contestó que le bastaba la satisfaccion que acababan de darle, y el temor que habian mostrado de su venganza.

Entre todas las clases del pueblo se habia difundido una verdadera pasion por la poesia. Ni el estruendo de las armas, ni el fanatismo religioso, que entónces ardia en vivas llamas y pugnaba por extender la nueva fe sobre toda la redondez de la tierra, podian apagar esta pasion. Durante las guerras más empeñadas, se discutia acerca de la excelencia de un poeta sobre otro con tanta viveza como si se tratase del más importante negocio de Estado. Guercreando el general Mohaleb, en el Corasan, contra una secta herética, oyó en el campamento un gran tumulto. Se informó del motivo de él, y supo que entre sus soldados se habia suscitado una disputa sobre quién era mejor poeta, si Feresdak ó Dscherir. Algunos soldados entraron en la tienda del General y le rogaron que decidiese la cuestion; pero Mohaleb les dió esta respuesta: «¿Acaso me quereis entregar á la venganza de uno de esos dos perros rabiosos? Me guardaré muy bien de sentenciar sobre ellos; dirigíos mejor á los herejes, contra quie-

nes hacemos la guerra, los cuales no temen ni á Feresdak ni á Dscherir, y suelen ser muy inteligentes en poesía.» Al otro día, cuando los dos ejércitos enemigos estuvieron frente á frente, se adelantó un hereje, llamado Obeida, y provocó á combate singular á los del ejército de Mohaleb. Al punto aceptó la provocacion un soldado, fué hácia Obeida, y le rogó, ántes de que empezasen á reñir, que le resolviese la cuestion sobre cuál era más gran poeta, Feresdak ó Dscherir. Obeida recitó entónces un verso, preguntó de quién era, y, cuando el otro contestó que de Dscherir, dijo que á éste tocaba la preeminencia (1).

El propagar entre el pueblo las obras de los poetas, á más de lo que los mismos poetas las difundian, era negocio de una clase de hombres que se llamaban, *rawia*, esto es, tradicionistas ó recitadores. Estos rapsodas iban de lugar en lugar, y donde quiera eran oídos con vivo deseo. De la memoria que poseian algunos de ellos se cuentan cosas que rayan en lo increíble. Uno de los más famosos, llamado Hammand, contestó en cierta ocasion al califa Walid, que le preguntó cuántas poesías sabía de memoria: «Por

---

(1) *Journal asiatique*, 1834, II, 23.



cada letra del alfabeto te puedo recitar cien grandes *Kasidas*, que rimen con las letras, y esto sin contar las pequeñas canciones. Advierto ademas que serán *Kasidas* del tiempo del paganismo, y que puedo recitarte despues las compuestas en los dias del Islam.» El Califa se decidió á ponerle á prueba y le mandó que recitase los versos. Hammad empezó al punto, y estuvo tan largo tiempo recitando, que al fin se cansó el Califa de oirle, y encargó á otro que ocupase su puesto, á fin de poder juzgar acerca de la verdad de aquella jactancia. Así llegó á recitar Hammad hasta dos mil y novecientas *Kasidas* del tiempo del paganismo, y Al-Walid, cuando se informó del hecho, le hizo un regalo de cien mil *dirhemes* (1).

El canto y la música, que ya desde antiguo eran muy del gusto de los árabes (2), fueron condenados por muchos severos musulmes, fundándose en algunas sentencias del *Coran* y en otras muestras de desaprobacion del Profeta; pero la aficion innata de los árabes á am-

---

(1) KOSEGARTEN, *Arab. Chrestomathie*, página 124.

(2) IBN BADRUM, publicado por Dozy, página 64.—ALI DE ISPAHAN, publicado por Kosegarten, Introduccion, pág. 5.

bas cosas venció pronto toda consideracion, y aquellas artes alegres llegaron á más altura que nunca. Pronto resonaron en los palacios de los califas los cantares, el laud y la cítara. De numerosos cantores y cantarinas se conservan noticias históricas desde los tiempos de Mahoma hasta la caída de los Omiadas. Muchos de ellos procedían de Persia ó habian tenido maestros persianos, de quienes aprendieron nuevas modulaciones, y las añadieron á aquellas que ántes eran ya celebradas. Bastará aquí, en vez de citarlos á todos, citar á los dos más famosos músicos, al cantor Mabed y á la cantarina Assa-ul-Meila. De ésta se dice que era la reina de cuantas cantan ó tocan el laud ó la cítara (1). Mabed, estando en gran privanza, por su habilidad musical, en la corte de Al-Walid, dijo una vez, porque celebraban en su presencia á un general que habia tomado siete fortalezas: «Por Dios santo, que yo he compuesto siete cantares, cada uno de los cuales me hace más honor que la conquista de una fortaleza.» Estos siete cantares fueron llamados desde entónces las fortalezas de Mabed. Otra anécdota de la vida del

---

(1) KOSEGARTEN, *Arab. Chrestomathie*, página 135.

mismo artista prueba el poder que la música ejercia áun entre las clases ínfimas del pueblo. En su viaje á la Meca, adonde habia sido convidado por un príncipe de Hedschas, llegó Mabel á una tienda, muerto de calor y de sed. Como viese allí á un negro con muchos cántaros de agua fresca, se llegó á él y le pidió un trago; pero el negro se negó á la demanda. Mabel le suplicó entónces que al ménos le dejase descansar un rato á la sombra de la tienda, pero el negro le rehusó tambien este favor. Despues de una acogida tan dura, Mabel se tendió por tierra á la sombra de su camello, á fin de reposar un poco, y empezó á entonar una cancion. Apenas la oyó el negro, fué donde estaba Mabel, le llevó á su tienda y le dijo: «¡Oh tú, á quien venero más que á padre y madre! ¿no quieres que te prepare una fresca horehata de cebada?» Mabel, no aceptando esto, se limitó á beber agua, y se preparó á partir. Entónces dijo el negro: «¡Oh glorioso cantor! el calor es extraordinario; permite que te acompañe y que lleve en pos de tí un odre con agua, á fin de que siempre que tengas sed pueda yo servirte agua fresca; tú, en pago, me cantarás una cancion cada vez.» Contentóse el cantor con lo propuesto, y el negro le fué siguiendo con el agua hasta que ter-

minó su viaje, y cada vez que le daba de beber era recompensado con una canción (1).

Mientras que en el palacio imperial de Damaseo, la magnificencia, que más tarde había de desarrollarse con mayor brillantez aún, empezaba ya á mostrarse con exceso y á ponerse al servicio de la poesía, Meisuna, mujer del califa Moawia, en medio de todos aquellos esplendores que la cercaban, suspiraba por su patria en el desierto. Un día la sorprendió su marido cantando los versos siguientes:

Con un traje de pieles  
Era yo más dichosa  
Que con las rozagantes vestiduras  
Que aquí siempre me adornan.  
Mi tienda del desierto,  
Al traves de la cual el viento sopla,  
Prefiero á los alcázares;  
Allí mejor se mora.  
El reposado andar de mansa mula  
Me cansa, y no el camello cuando trota;  
Más me agrada el ladrido de mi perro  
Que el són de los timbales y las trompas.  
Un pastor de mi tribu  
Más valor atesora  
Que todos estos necios cortesanos,  
Y su lujo y su pompa.

---

(1) *Alii Ispahanensis liber cantilenarum*,  
ed. Kosegarten, pág. 36.

Moawia se enojó al oír tales palabras y dijo: «Ya veo, oh hija de Bachdal, que no te has de dar por contenta hasta que me transforme en un rudo beduino. Libre eres, si gustas, de volverte con los tuyos, ya que tanto lo desees.» Meisuna, en efecto, se volvió al desierto con su tribu, de la cual, como dice el historiador árabe, habia aprendido la elocuencia y el arte de los cantares (1). Entre los vagabundos beduinos, como en su verdadera patria, conservó la poesía su indomable rudeza, lo mismo que en los tiempos anti-islámicos. El poeta Tahman se vió obligado á servir de guía en el desierto á Nadschda el hanifita y á los que le seguian, los cuales estaban en abierta rebelion contra los Omiadas. Durante la noche, cuando dormian todos, se levantó Tahman, ensilló un camello, y se puso precipitadamente en fuga, montado sobre él; pero á la mañana siguiente fué perseguido y aprisionado por Nadschda, quien le condenó á perder, por ladron, la mano derecha. La cruel sentencia fué al punto ejecutada. Ardiendo en sed de venganza, se dirigió entónces Tahman á la córte de Ab-ul-Melic, y le recitó unos versos, pidiéndole que le vengase. En es-

---

(1) ABULFEDA, I, 398.

tos versos, que se conservan aún, conjura al Califa para que salve de la deshonra su mano cortada. Como un verdadero beduino, no considera vergonzoso robar un camello á los enemigos; pero teme que sea perpétua su infamia si no lava con sangre la injuria que se le hizo, si su mano se pudre inulta en el desierto. Mientras recitaba la poesía, mostraba Tahman su brazo mutilado al Califa. «Mira cuán fuerte brazo sería éste, si no hubiera sido tan impiamente mutilado. Véngame, oh Rey; porque, si no, tendrás que responder un día de mi mano ante el tremendo tribunal de Dios. Véngame y véngate, oh Rey, porque los que me han mutilado arden tambien en ira contra tí. Apenas están crecidos sus hijuelos, abominan y maldicen de tu casta; pero el más maldito de todos es el maldito cabecilla de la faccion.» El Califa se sintió tan conmovido al oir estos versos, que consoló á Tahman, concediéndole, como indemnizacion, la facultad de cortar la mano derecha á cien hanifitas (1).

Al lado de tales composiciones, inspiradas por el odio, la venganza y la cólera, se abria en el desierto la flor de los cantares amorosos.

---

(1) WRIGHT, *Opuscula arabica*, pág. xi.

Desde antiguo tenia fama la tribu de los *Usras* de producir las muchachas más hermosas y los más enamorados mancebos. En cierta ocasion hubo en una de sus aldeas treinta jóvenes á la muerte, sin otro mal que mal de amores sin esperanza. Se cuenta que un beduino contestó á uno que le preguntaba de qué tribu era: «Yo soy de la tribu de los que mueren cuando aman;» y que una muchacha que se hallaba presente dijo en seguida: «¡Por Alah! éste es de la tribu de los Benu Usra!» De esta tribu era tambien Dschemil. Enamorado desde la infancia de Botheima, la pidió por mujer apenas tuvo la edad; pero los parientes de ella, que le eran contrarios, se opusieron á la boda. Desde entónces sólo pudo ver á su amada en secreto, y exhaló su pena y su pasion amorosa en ardientes cantares. Á menudo, á pesar de los guardas, pasaba noches enteras en un valle solitario, á la sombra de unas palmas, en dulces pláticas de amor con ella; pero, segun juró despues en su lecho de muerte, nunca se propasó á más que á tomar la mano de Botheima y á estrecharla contra su corazon, á fin de calmarle un poco. En una de sus peregrinaciones tuvo Dschemil la fortuna de obtener la gracia del Gobernador de Egipto por medio de una poesía encomiástica. El Goberna-

dor le prometió que intercedería para que consiguiese la mano de su amada; pero poco después cayó Dschemil peligrosamente enfermo. En aquel instante supremo encargó á un amigo que, después de su muerte, tomase su vestido y se le llevase á Botheina. El amigo cumplió puntualmente aquella última voluntad. Vino á la tribu de Botheina, y recitó en alta voz algunos versos, participando la muerte de Dschemil. La infeliz enamorada acudió entonces, con semblante descolorido, semejante á la pálida luna, y gritó y se hirió el rostro al ver el traje. Las mujeres de la tribu la cercaron y lloraron con ella, y entonaron un himno fúnebre. Botheina cayó desmayada. Al volver en sí exclamó:

Jamás podré consolarme,  
Dschemil, de haberte perdido;  
El bien y el mal de la tierra,  
Sin tí, me importan lo mismo.

Y desde entonces no volvió Botheina á componer nuevos cantares (1).

En este rápido bosquejo hemos seguido á la poesía arábiga hasta el punto en que los límites

---

(1) KOSEGARTEN, *Arab. Chrestomathie*, 46 y S. 141, y IBN CHALLIKAN, ed. Slane, 169.



del suelo en que empezó á florecer se habian extendido al Indo y al Oxo, abarcando toda el Asia Menor, el Norte de África, las grandes islas del Mediterráneo y la península ibérica hasta los Pirineos. El objeto de nuestro escrito nos obliga á dejar aparte el ramo oriental de esta poesía, para consagrar toda nuestra atencion al otro ramo que fué trasplantado á Occidente. Bajo el imperio de los Abasidas empieza en Oriente un nuevo período en la historia de la poesía, y, con la fundacion en España de un poder independiente del califato, eleva el tono la poesía andaluza, cuya voz sólo habia resonado hasta entónces lánguidamente entre el tumulto de las armas, así de la guerra de conquista como de la guerra civil. La caida del trono de los Omiadas en Damasco marca, sobre poco más ó ménos, el punto en que dicha poesía andaluza puede ser considerada por separado.

Largo tiempo haeía que se preparaba la venganza, por antiguas iniquidades, contra la dinastía de los Omiadas, y esta venganza se cumplió por completo en aquella espantosa caida.

Antes de que nos separemos del Oriente, daremos aquí noticia de una pequeña composicion poética, de la época de aquella terrible lucha, cuyo término fué la elevacion de los Omia-

das al califato. Cuando Alí y Moawia se disputaban el imperio á muerte y á vida, dió el último á su general Bescher la horrible orden de matar á todos los parciales de su rival, sin perdonar á niños y mujeres. Bescher cumplió el encargo con exactitud escrupulosa. En el Yemen arrebató á los dos inocentes hijos del que allí mandaba de entre los brazos de su madre Umm-Hakin, y los degolló con sus propias manos. Alí, cuando supo este cruel asesinato, dirigió á Dios una ardiente plegaria para que castigase al malvado con la pérdida de la razon. Su plegaria fué oída. Umm-Hakin entre tanto se entregaba á la más devoradora afliccion por la muerte de sus hijos, vagaba desesperada de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, se mezclaba entre las turbas, y pedia á todos que le devolviesen á sus hijos, recitando los siguientes versos, que sólo traducimos en prosa, porque cualquier esfuerzo para ponerlos en forma métrica borraría la impresion de aquel profundo sentimiento, cercano al delirio, que consumia todas las fuerzas del alma. «¡Oh tú, que has visto á mis hijos! Eran dos perlas en una concha. ¡Oh tú, que has visto á mis hijos! Eran mi corazon. ¡Me han robado el corazon! ¡Oh tú, que has visto á mis hijos; el tuétano de mis huesos; y el tuétano de mis

huesos se ha consumido! Oí hablar de Bescher, y no pude creerlo. Es mentira el crimen que se le imputa. Pues ¡qué! ¿su espada ha separado del tronco la cabeza de mis dos hijos? Mienten. No descansaré hasta que halle hombres de su tribu, varones eminentes y valerosos. ¡La maldición de Dios sobre Bescher, como la tiene merecida! Lo juro por la vida del padre de Bescher; este hecho es un crimen horrible. ¿Quién de vosotros dará nuevas á una pobre madre, loca, sedienta y fatigada, de dos niños que ha perdido y cuya suerte la conmueve?» Así fué Umm-Hakin á la Meca, y allí tambien entonó su endecha lastimosa. Un árabe, movido á piedad, tomó la resolución de vengarla. Buscó á Bescher, se apoderó de sus dos hijos, y los mató, arrojándolos por un despeñadero (1).

---

(1) QUATREMER, *Journal asiatique*, 1835, II, 289.

---



---

## II.

Elevada cultura de los árabes españoles.  
Eflorescencia de la poesía entre ellos.

La historia no ofrece ejemplo de más inmensas y rápidas conquistas que las de los primeros sectarios del Islam. Embriagados con las promesas del Profeta, salieron de sus soledades, como el ardiente huracán del desierto, para difundir su creencia y ganar así el ofrecido paraíso. Apenas habían pasado cuarenta años desde la muerte de Mahoma, cuando ya había llegado hasta el Océano Atlántico el estampido de aquella tempestad. Según refiere la leyenda, el fiero general Okba llegó á la costa occidental de África, entró en el mar, y exclamó, mientras que las olas espumosas pasaban sobre la silla de su

camello: «¡Alah, yo te invoco por testigo de que hubiera llevado más allá el conocimiento de tu santo nombre, si no lo estorbáran las encrespadas olas que amenazan tragarme!» No mucho despues ondeaba el estandarte musulman desde los Pirineos y las columnas de Hércules hasta las montañas celestes de la China, y por un momento estuvo en duda si se pondria á orillas del Garona, en vez de la cruz de los templos, como ya Abu-Dschafer-al-Mansur le habia llevado por la Mesopotamia y le habia plantado sobre las pagodas de los indios. Así llegó, al terminar el primer siglo de la Egira, á adquirir el imperio de los califas mayor extension que otro alguno; más que el romano ántes; más que despues el de los mongoles. Pero el peligro de una pronta division no podia ménos de amenazar á un tan monstruoso conjunto de diversos países, y casi al mismo tiempo vino á hacerse sentir en los dos extremos del imperio. Miéntras que en el extremo Oriente, en las crestas del Parapamiso, los Tahiridas levantaban de nuevo la antigua bandera del Iran, la provincia más occidental se separó tambien del dominio de los califas. Cansados ya de las luchas con que los gobernadores dependientes del califato devastaban la tierra, los jeques del Andaluz, nombre

que se daba entónces á toda España, buscaron un príncipe que los gobernase con independencia, y le hallaron en Abdurrahman, vástago de los Omiadas.

La caída de esta dinastía, dominadora del mundo, es una de las más espantosas tragedias que registra el Oriente en sus anales. Despues que el califa Merwan sucumbió en una batalla contra su rival Abul-Abbas, éste dió orden á su lugarteniente en Siria y Egipto, de perseguir y matar á todos los individuos de la destronada dinastía. Abdalah, que mandaba en Damasco, mostró un celo extraordinario en cumplir la voluntad de su señor; atrajo á su palacio á unos noventa Omiadas, fingiendo que deseaba tomarles juramento de fidelidad y celebrar en un festin la reconciliacion de la antigua dinastía con la nueva. Cuando aquellos incautos estaban ya presentes y prontos á sentarse á la mesa, entró en la sala el poeta Schobl, probablemente excitado á ello, y recitó los versos siguientes:

Tiene la casa de Abbás  
Seguro y firme el imperio,  
Ya que el afan de venganza,  
Reprimido largo tiempo,  
En sangre de los Humeyas  
Pudo quedar satisfecho.

Mas conviene exterminar  
Este linaje protervo,  
Desde el tronco de la palma  
Hasta el retoño más tierno.  
Mientras mienten amistades,  
Acicalan los aceros.  
No fieis de sus engaños:  
Mucho me pesa de verlos,  
Sobre almohadones mullidos,  
Tan cerca del trono excelso.  
Lo que Dios ha roto ya,  
Hoy aniquilar debemos.  
Venganza pide la sangre  
De Said; venganza aquellos  
Que en las arenas desiertas  
Del Curdistan perecieron.

Al oir estos versos, mandó Abdalah que matasen á cuantos allí estaban reunidos. Gente armada penetró en el salon, y acabó con los convidados, dándoles de golpes con largos palos de tiendas. Sobre los moribundos y los muertos se extendieron alfombras; y mientras que resonaba el ruido de los platos y vasos á par de los gemidos de las víctimas, Abdalah y los suyos prosiguieron la fiesta en aquel salon lleno de sangre, solemnizándola con regocijados cantos de victoria. No contento Abdalah con haber asesinado á los Omiadas vivos, volvió tambien su furor contra los muertos: abrió en Dámasco los



sepulcros de los califas, esparció al viento las cenizas de Moawia, enclavó en una cruz el cadáver de Hischam, y le quemó luégo en una hoguera.

Con la misma crueldad que en Damasco, se procedió en las otras ciudades principales del inmenso imperio contra los individuos de aquel desventurado linaje, y sólo pocos se pudieron salvar, apelando á una rápida fuga (1).

Uno de estos últimos fué el mancebo Abdurrahman, hijo de Moawia. Despues de haber vagado fugitivo, entre mil peligros mortales, en los desiertos arenosos de África, halló amistosa acogida en las tiendas de algunos beduinos hospitalarios, donde recibió la embajada de los jeques andaluces, la cual le presentó su demanda. Abdurrahman, aceptando los ofrecimientos que se le hacian, desembarcó en las costas de España, y pronto se vió cercado de numerosos parciales; venció á sus contrarios, y, como soberano independiente de España toda, colocó el trono de su imperio en la ciudad de Córdoba. Aún amenazaron una vez al Islam, desde el Norte, las huestes de Carlomagno; pero despues que fué herido Roldan en la funesta garganta de Roncesvalles, y pidió socorro en vano, to-

---

(1) ABULFEDA, ed. Reiske, I, 490, etc.

cando su cuerno, sólo quedó por competidor del Coran en la Península, un puñado de valientes godos, refugiados en las montañas de Astúrias, apenas perceptible cuna de la monarquía castellana.

Con el intento de hermosear su capital por todos estilos, á imitacion de las ciudades de Oriente, empezó Abdurrahman en Córdoba, de cuyo esplendor puso los cimientos, la construccion de la gran mezquita, que áun en el dia sobresale, entre las ruinas de tantas obras maestras del arte arábigo, como una maravilla del mundo. Al mismo tiempo edificó una quinta hacia el noroeste de la ciudad, á la cual dió por nombre Ruzafa, en conmemoracion de una casa de campo cercana á Damasco y perteneciente á su abuelo Hischam. En los jardines que se extendian en torno de este palacio hizo plantar árboles raros de Siria y de otras tierras del Oriente. Una palma, que allí, bajo el apacible cielo de Andalucía, creció como en su patria oriental, y que parece haber sido la madre de todas las otras palmas de Europa (1), infundiendo en el alma de Abdurrahman melancólicos recuerdos del país nativo, le inspiró los siguientes versos:

---

(1) AL HOLAT, ed. Dozy, s. 35.

Tú tambien eres ¡oh palma!  
En este suelo extranjera.  
Llora, pues; mas siendo muda,  
¿Cómo has de llorar mis penas?  
Tú no sientes, cual yo siento,  
El martirio de la ausencia.  
Si tú pudieras sentir,  
Amargo llanto vertieras.  
A tus hermanas de Oriente  
Mandarias tristes quejas,  
A las palmas que el Eufrátes  
Con sus claras ondas riega.  
Pero tú olvidas la patria,  
A par que me la recuerdas;  
La patria de donde Abbás  
Y el hado adverso me alejan (1).

Otra composicion al mismo asunto dice como sigue:

En el jardin de Ruzafa  
Una palma hermosa ví,  
Que, de otras palmas ausente,  
Bien parecia gemir.  
Y la dije: «Te apartaron  
De tus hermanas, y á mí  
De amigos y de parientes  
Me aparta el hado infeliz.  
Muy léjos yo de los míos,  
Y tú en extraño país,

---

(1) AL HOLAT, s. 36.

Mi suerte es como la tuya,  
Mi imágen eres aquí.  
Que llene, para regarte,  
La lluvia todo el jardin;  
Que las estrellas del cielo  
Se liquiden sobre tí» (1).

Una melancolía semejante contiene esta tercera cancion de Abdurrahman:

Dios te guie, caballero  
Que hácia mi patria caminas;  
Llévate la bendicion  
Y los suspiros que envia  
Una parte de mi alma  
A otra parte que allí habita.  
Encadenado mi cuerpo  
Está á la tierra que pisa,  
Y el recuerdo de otra tierra  
El sueño dulce me quita;  
Allí dejé el corazon  
Y cuanto bien poseia.  
Así lo dispuso Alah;  
Tal vez su bondad permita  
Que á la patria el desterrado  
Logre volver algun dia (2).

Bajo la dinastía de los Omiadas, que fundó Abdurrahman, y que duró dos siglos despues de

---

(1) AL BAYAN, ed. Dozy, 62.

(2) AL BAYAN y ABDUL WAHID, 12.

la caída de su antecesora en Oriente, floreció España hasta tal punto de poder y esplendor, que oscureció á los demas Estados de la Europa de entónces. Con las abundosas fuentes de la riqueza pública, que nacian de la agricultura, favorecida por un cuidadoso sistema de irrigacion, de la actividad industrial, y del comercio, que se extendia por todas las regiones del mundo, la poblacion creció tambien de un modo portentoso. El viajero Ibn-Haukal llama á Córdoba la más gran ciudad de todo el Occidente (1), y Ibn-Adhari dice que en la época de su prosperidad contenia dentro de sus muros ciento trece mil casas, sin contar las pertenecientes á los visires y empleados superiores, y que sus mezquitas eran tres mil, y los arrabales veinte y ocho (2). El valle del Guadalquivir estaba lleno por todas partes de palacios, quintas y casas de recreo, y de huertas, jardines y públicas alamedas, á cuya sombra acudian á solazarse los ciudadanos, cuando querian apartarse del polvo y del tumulto de la ciudad. Hischam, el sucesor de Abdurrahman, construyó el puente sobre el Guadalquivir, y casi terminó la mez-

---

(1) MAKKARI, I, 300.

(2) AL BAYAN, 247.

quita (1). Pronto se difundió por Oriente la fama de este templo del Islam, el mayor y más esplendoroso de todos (2). Atraídos por ella, vinieron á ver sus inmensas calles de columnas fieles musulmes de las comarcas más remotas. Abdurrahman II mandó construir otros magníficos edificios, á fin de hermohear más su capital. Aficionado al lujo y á la pompa, se rodeó, como los califas de Bagdad, de una brillante corte. No sólo en Córdoba, sino en muchos puntos de Andalucía, se hicieron, por orden suya, alcázares, acueductos, puentes, caminos militares y mezquitas (3). Pero hasta más tarde, reinando Abdurrahman III, el Grande, y el primero que tomó el título de califa, no se elevó el imperio andaluz á aquel altísimo grado de bienestar material, que fué el fundamento de una cultura intelectual no ménos alta. Este bienestar aparece con el mismo brillo en las descripciones de los escritores occidentales y orientales. Miéntras que encomia Masudi la España mahometana de aquel tiempo por la riqueza y número de sus ciudades, y por sus extensos campos, bien cul-

---

(1) MAKKARI, I, 219.

(2) MAKKARI, I, 358.

(3) AL BAYAN, II, 93.

tivados, deslindados y divididos por firmes cercas (1), Ibn-Haukal se admira del orden que reina por donde quiera, del bienestar del pueblo, de la superabundancia del tesoro público, y del estado floreciente de la agricultura, que había transformado las más áridas comarcas en ricos vergeles (2), y el abad Juan de Gorz, que vino á Córdoba como embajador de Oton el Grande, pinta con colores no ménos vivos el poder guerero de Abdurrahman y la pompa deslumbradora de su corte (3). Hasta allá muy léjos, en el Norte, en las celdas del claustro sajón de Gandersheim, penetran las noticias de la maravillosa ciudad de Guadalquivir; la abadesa Hroswitha, en su poesía sobre el martirio de San Pelagio, ensalza á Córdoba como «joya brillante del mundo, ciudad nueva y magnífica, orgullosa de su fortaleza, celebrada por sus delicias, resplandeciente con la plena posesion de todos los bienes» (4).

---

(1) MASUDI, *Aureas praderas*, III, 78.

(2) DOZY, *Histoire des musulmans d'Espagne*, III, 91.

(3) *Vita Johannis Gorciensis*, cap. cxxxv, cxxxvi, in Pertz scriptores, t. IV.

(4) *Roswithæ opera*, ed. Schuzfleisch, página 120.

Con mayor celo aún que sus antecesores, miró Hakem II por las ciencias y cuidó del desenvolvimiento intelectual de su pueblo. Antes de él no faltaban, por cierto, buenas escuelas. Mientras que en el resto de Europa casi nadie, salvo los clérigos, sabía leer y escribir, el conocimiento de ambas cosas estaba en Andalucía generalmente divulgado. Hakem creyó, con todo, que debía extender la instrucción mucho más, y fundó en la capital veinte y siete colegios, en los cuales los niños de padres pobres eran educados gratis. La juventud concurría en gran número á las academias que en Córdoba, Sevilla, Toledo, Valencia, Almería, Málaga y Jaen dependían de las mezquitas (1). Allí se encontraban profesores y estudiantes de todas las partes del mundo mahometano. La fama de aquellas florecientes y magníficas escuelas superiores atraía hácia España hasta á los habitantes de las más remotas regiones de Asia, así como, por el contrario, muchísimos andaluces emprendían fatigosas peregrinaciones á los más apartados países, á fin de saciar su sed de ciencia. En ningun otro país, y en ninguna otra edad de gran cultura, ha sido tan comun la afición á los

---

(1) MAKKARI, I, 136.



largos viajes científicos, como en la España musulmana, principalmente desde el siglo x. Casi de continuo ocurría que habitantes de la Península emprendiesen el largo camino de toda la costa boreal de África, pasasen á Egipto y fuesen luego á Bochara y á Samarcanda, con el fin de oír las explicaciones de algun sabio afamado. A uno le impulsaba el anhelo de reunir tradiciones sobre la vida y las sentencias del Profeta, á otro el amor de las investigaciones filológicas, y muchos querían estudiar jurisprudencia, medicina, astronomía, filosofía ó matemáticas con los más egregios maestros. Durante la peregrinación, eran visitadas las escuelas de Túnez, Kairvan, Cairo, Damasco, Bagdad, Meca, Basora, Cufa, y otras no ménos célebres, y el viajero, rico de nuevas ideas, volvía á su patria. En algunas ocasiones estos viajes científicos se extendían hasta la India y la China, y hasta el centro de África (1).

Con pasión reunió Haken libros de todas clases y envió á todos los países agentes para comprarlos. De este modo formó una inmensa biblioteca, que contenía cuatrocientos mil volúmenes y que estaba abierta al público en su

---

(1) MAKKARI, en el libro v.

palacio de Córdoba. Se asegura que Hakem habia leído todos estos libros, y los habia anotado con observaciones escritas de su mano. Hábiles copistas y encuadernadores estaban constantemente en su palacio, ocupados por él. Su córte era el centro adonde acudian los más notables escritores, y su liberalidad para con ellos no tenía límites. Libros compuestos en Siria ó en Persia eran conocidos en España mucho ántes que en Oriente. Hakem envió á Alí de Ispahan un espléndido presente á fin de obtener el primer ejemplar de su célebre libro de los *Cantares*. Con la proteccion de un príncipe tan apasionado á las ciencias, se desenvolvió un vivo movimiento intelectual, y en la Edad Media no hubo una época literaria más brillante que la de su reinado en España (1). Tambien del poderoso Almansur, que bajo los débiles sucesores de Hakem tuvo el gobierno del Estado, recibieron las ciencias grande favor, y los sabios muchas honras y recompensas (2). Sólo de la filosofía, que ya ántes habia podido mostrarse

---

(1) QUATREMERE, *Journ. asiatique*, 1838, II, 71, etc.—DOZY, *Histoire*, III, 107, etc.

(2) AB-UL-WAHID, 20.

con toda libertad, fué enemigo Almansur por fanatismo religioso.

Un horrible sacudimiento conmovió la tan floreciente civilizacion española á causa de las guerras civiles que en los últimos años de la dinastía de los Omiadas asolaron la tierra. Después de la toma de Córdoba por los bereberes, en 1013, la gran biblioteca de Haken fué en parte destruida, en parte vendida. Seis meses enteros se emplearon en trasportar de un lugar á otro aquella enorme cantidad de libros (1). Pero, poco después de la caída del califato, empezó un nuevo período histórico, en general favorable á la literatura. Los numerosos estados independientes, que se levantaron entre las ruinas del destrozado imperio, fueron otros tantos centros de actividad literaria y artística. Entre las pequeñas dinastías de Sevilla, Almería, Badajoz, Granada y Toledo reinaba una verdadera emulacion en punto á proteger las ciencias, y cada una procuraba sobrepasar á las otras en sus esfuerzos para lograr este fin (2). Multitud de escritores y de floridos ingenios se

---

(1) QUATREMERE, *Journ. asiatique*, 1838, II, 73, etc.

(2) MAKKARI, II, 129.

reunian en estas córtés, algunos disfrutando fuertes pensiones, otros recompensados con ricos presentes por las dedicatorias de sus obras. Otros sabios conservaban toda su independendencia, á fin de consagrarse al saber libres de todo lazo. En balde envió Mudschahid, rey de Denia, mil monedas de oro, un caballo y un vestido de honor al filólogo Abu-Galib, á fin de excitarle á que le dedicára una de sus obras. El orgulloso autor devolvió el presente, diciendo: «He escrito mi libro para ser útil á los hombres y para hacerme inmortal; ¿cómo he de ir ahora á poner en él un nombre extraño, para que se lleve la gloria? ¡Nunca lo haré!» Cuando el Rey supo ésta contestacion de Abu Galib, se admiró mucho de su magnanimidad, y le envió otro presente doble mayor (1). Todas las preocupaciones religiosas desaparecieron de estas pequeñas córtés. Reinaba una tolerancia como áun no se ha visto igual, en nuestro siglo, en ninguna parte de la Europa cristiana. Los filósofos podian, por lo tanto, entregarse á las más atrevidas especulaciones. Muchos príncipes procuraban ellos mismos sobresalir por sus trabajos literarios. Al-Mutsaffir, rey de Badajoz, escribió una grande

---

(1) MAKKARI, II, 129.

obra enciclopédica en cerca de cien volúmenes (1); Al-Moktadir, rey de Zaragoza, fué famoso por sus extraordinarios conocimientos en astronomía, geometría y filosofía (2); y las dinastías de los Abbadidas de Sevilla y de los Benu-Somadih de Almería produjeron poetas de primer orden.

El brillo de esta elevada cultura con que resplandecían todos aquellos pequeños estados, no puede deslumbrar hasta el extremo de que se desconozca la mala situación que había nacido de la desmembración del califato en tantos menudos trozos. Los celos de los príncipes entre sí engendraban innumerables discordias, y la falta de unidad en la dirección de las armas musulmicas ofrecía al enemigo sobrado atractivo y esperanza de buen éxito, para que no se aprovechara de ella. Pronto vacilaron todos los reinos musulmanes ante las incursiones victoriosas de los ejércitos cristianos, y los príncipes, llenos de susto, se volvieron, en busca de auxilio, hacia el poderoso Júsuf, emperador de los Almoravides, cuyo señorío se había dilatado, en breve tiempo, sobre casi toda el África septentrional.

---

(1) MAKKARI, II, 131.

(2) MAKKARI, II, 130.

Pero estos príncipes, ciegos, atrajeron sobre sí el mal que debía destruirlos. Se diría que habían vuelto los terribles primeros días del Islam, cuando el feroz Jusuf y sus hordas, venidas de los desiertos de Sahara, vencieron en una de las más grandes batallas que jamas se habia dado, cubriendo de cadáveres cristianos los vastos campos de Zalaca. Á todas las ciudades de sus dominios, hasta á la tierra de los negros, envió el vencedor mensajeros para que colocásen sobre las puertas las cabezas de los muertos. Sus troncos mutilados fueron apiñados en forma de alminar, y desde la cima de tan espantosa torre anunció el muezin á los cuatro ángulos de la tierra que no hay más Dios que Alah (1). Así se afirmó de nuevo el Islam en Andalucía; pero los que habían sido soberanos hasta entónces, fueron destronados ó encerrados en una cárcel, pagando tan caro el auxilio, y Jusuf hizo de España una parte de su gran imperio. Como él y cuantos le cercaban eran de stirpe berberisca, y ajenos á la elegancia y al saber de los árabes, harto se deja presumir que en adelante no se podia esperar nada parecido á la anterior cultura. Afor-

---

(1) *Scriptor. loci de abbadidis*, ed. Dozy, I, 399.—AL-KARTAS, ed. Tornberg, 96.

tunadamente la dominacion de los almoravides no duró lo bastante para que sus fanáticos santones y su grosera soldadesca acabasen de desarraigar la civilizacion tan firmemente plantada en el suelo español. Bajo los Muwahides, ó Almohades, renació el libre movimiento intelectual. Si bien esta dinastía habia subido al trono por una revolucion nacida del fanatismo religioso, hubo en ella muchos príncipes aficionados á las letras. En la corte de Abd-ul-Mumen vivieron altamente honrados los filósofos Averroes (Ibn-Roschd), Abenzoar (Ibn-Zohr) y Abu-Bacer (Ibn-Tofail), que despues se hicieron tan famosos en el resto de Europa. Mucho ántes de que floreciera en Occidente el estudio de las humanidades, estudiaron estos hombres los escritos de Aristóteles y divulgaron los conocimientos filosóficos; pero se debe advertir que no leian el texto original, sino sólo las traducciones siriacas, por medio de las cuales conocian ya los árabes, desde el siglo viii, los autores griegos. Si Córdoba sobresalia por su amor á la literatura, en Sevilla se estimaba y florecia principalmente la música. Como en cierta ocasion se discutiese sobre cuál de las dos ciudades, Córdoba ó Sevilla, se señalaba más por su cultura, Averroes dijo: «Cuando en Sevilla muere un sabio y se

trata de vender sus libros, los libros se envían á Córdoba, donde hay más seguro despacho; pero si en Córdoba muere un músico, sus instrumentos van á Sevilla á venderse.» El mismo escritor que refiere esta anécdota, añade que, entre todas las ciudades sujetas al Islam, Córdoba es aquella donde se hallan más libros. Jusuf, sucesor de Abd-ul-Mumen, fué el príncipe más instruido de su época, y reunió en su corte sabios de todos los países (1). Aunque los soberanos de esta misma dinastía, que reinaron después, no tenían las mismas inclinaciones, y aunque hácia el fin del siglo xii hubo una gran persecución contra la filosofía, no se puede dudar de la duración del movimiento intelectual en la España mahometana. Todavía en el siglo xiii había en las diversas ciudades de Andalucía sesenta bibliotecas abiertas al público (2).

Cuando los ejércitos cristianos fueron adelantándose hácia el Mediodía, y el rey S. Fernando colocó al fin la cruz, en 1236, sobre la mezquita de Córdoba, y poco después ganó á Sevilla, el mahometismo se vió reducido á muy estrechos límites en el sudeste de España; pero

---

(1) ABD-UL-WAHID, 174.---Renan, Averroes, 12.

(2) *Journal asiatique*, 1838, II, 73.



áun allí, en el reino de Granada, dió una última y hermosa luz aquella civilizacion, que en tiempo de los Omíadas, y en el siglo xi, habia resplandecido de un modo tan luminoso. Tratando de imitar el glorioso ejemplo de Haken II, Muhammed-Ibn-ul-Ahmar, fundador de aquel reino, y sus sucesores los Nazaritas, crearon muchos establecimientos científicos y literarios, escuelas y bibliotecas, y ofrecieron en sus estados un refugio á los sabios fugitivos. Así, más de dos siglos despues de la toma de Córdoba, fué cultivada en Granada la literatura arábica, y, ántes de que cayese este último baluarte del Islam, pasó á África, donde cada vez más fué desapareciendo y extinguiéndose, con toda la civilizacion del pueblo que la habia producido.

Durante toda la dominacion musulímica, hubo en España una viva luz intelectual, que brilló, ora más, ora ménos, segun las circunstancias, pero que no se extinguió nunca; ántes bien, cuando parecia que iba á apagarse, volvía á resplandecer de nuevo. Cuando en el resto de Europa, entre las densas tinieblas de la ignorancia, apénas se columbraban los primeros rayos del saber, en España se aprendía, se enseñaba y se investigaba por todas partes celosamente. Hasta bastante tiempo despues de haber en-

trado en competencia científica las naciones europeas, no se dejaron vencer los árabes. Y lo que es más de notar, no sólo se adelantaron á los pueblos cristianos en encender la antorcha del saber, sino que tambien mostraron ántes aquel espíritu de honor caballeresco y de galantería, que ennobleció los últimos siglos de la Edad Media. Mucho disto de poner en Oriente, como algunos hacen, el origen de la caballería; pero es un hecho que no pocas de las ideas fundamentales, que constituyen su sér, reinaban entre los árabes desde muy antiguo. La veneracion de las mujeres, y el empeño de ampararlas, el afan de buscar peligrosas aventuras y la proteccion de los débiles y de los oprimidos, constituian, despues del deber de la venganza, el círculo dentro del cual se encerraba la vida de los antiguos héroes del desierto; y quien lee la maravillosa novela de *Antar*, ve con asombro que los guerreros orientales se movian por el mismo impulso que los paladines de nuestra poesía caballeresca. Esta manera de pensar y sentir de los árabes se acrisoló y depuró bajo la influencia de la más elevada civilizacion á que llegaron en Occidente, y ya en el siglo ix encontramos versos de poetas andaluces, donde se muestran aquellos blandos sentimientos y aque-

lla veneracion casi religiosa que el caballero cristiano consagraba á la dama de su corazon (1). El influjo del mismo cielo, bajo el cual vivieron tan largo tiempo en la Península musulmanes y cristianos, y el trato frecuente que, á pesar del mutuo aborrecimiento religioso, no podia ménos de haber, desenvolvió cada vez más la concordancia de ambas naciones en el mismo espíritu caballeresco, que brotaba de lo íntimo del sér de cada una de ellas. Lo mismo los historiadores musulmanes que los cristianos, dan testimonio de cómo este espíritu se habia difundido entre los árabes. Cuando el Rey Alfonso VII sitiaba la fortaleza de Oreja, los árabes reunieron un grande ejército para impedir la rendicion de la plaza; pero, en vez de marchar directamente contra el campamento de Alfonso, se encaminaron hácia Toledo, cuyos campos talaron, á fin de obligar al enemigo á levantar el sitio y á volver en socorro de la capital. Entónces, cuenta la *Crónica*, la Reina de Castilla, que se habia quedado en Toledo, y que se vió cercada por los moros, les envió mensajeros que les dijesen de su parte: «¿No veis que no podréis ganar gloria alguna peleando contra mí, que soy mujer? Si

---

(1) Dozy, *Histoire*, II, 229.

quereis batalla, id á Oreja y trabadla con el Rey, que os aguarda con armas y bien apercebido.» Cuando los príncipes, los generales y todo el ejército de los moros oyeron esta embajada, alzaron los ojos y vieron en una alta torre del alcázar á la Reina, que estaba allí sentada con muy ricos y regios atavíos, y rodeada de una multitud de nobles damas, que cantaban al són de cítaras, laúdes, timbales y salterios. Luego que los príncipes, los generales y el ejército vieron á la Reina, se maravillaron y avergozaron mucho, y, despues de saludar respetuosamente, emprendieron la retirada (1). Los autores árabes cuentan muchos lances de la vida del guerrero Hariz, famoso por sus portentosas fuerzas, que bien podrian figurar en un libro de caballerías. El Rey de Castilla, refieren, ansiaba conocer á este hombre famoso, y le convidó á que viniese á su campamento á hacerle una visita. Hariz aceptó el convite, y despues de haber tomado cierto número de cristianos importantes como rehenes para su seguridad, pasó la frontera y entró en tierra de cristianos. Con la coraza y con todas las demás armas pasó Hariz por las calles de Calatrava, y el pueblo se agolpaba para verle,

---

(1) *Chronica Alfonsi VII*, 142.

y se quedaba pasmado de su corpulencia de gigante, de su porte majestuoso y del lujo y primor de su armadura, miéntras que se referían muchos de sus valerosos hechos. Así llegó Hariz al campamento del Rey, donde Alfonso y los más notables caballeros del ejército cristiano salieron á recibirle. Miéntras que Hariz se disponía á bajar de su caballo, hincó su lanza en el suelo, con una fuerza tal, que al Rey le pareció mayor que todo lo que la fama decía. Entre tanto los caballeros cristianos estaban impacientes de medir su fuerza con la de aquel jayan, y el más robusto de todos le provocó al combate. El mismo rey Alfonso se mostró deseoso de ver cómo el celebrado héroe árabe sostenía aquella prueba. Sin embargo, Hariz contestó: «El valiente sólo pelea con aquellos cuyas fuerzas son iguales á las suyas; veamos si álguien contradice lo que yo afirmo: yo afirmo que ninguno de los que aquí están arranca mi lanza del suelo, en donde la he hincado. Con quien la arranque estoy pronto á combatir, sea uno, sean diez.» Al punto se adelantaron los más forzudos caballeros cristianos, pero ninguno pudo mover la lanza del sitio en que estaba clavada. Después que se repitió muchas veces, y siempre en vano, la misma tentativa, pidió el Rey al propio Hariz que

él arrancase la lanza, y éste, llevando hácia allí su corcel, y echando sólo una mano, arrancó la lanza del suelo. Todos los caballeros se admiraron mucho de la pujanza del árabe, y el Rey se acercó á él y le hizo muchas distinciones (1). Otro caso, que atestigua tambien la cortesía caballeresca de los musulmanes, es como sigue: Alfonso XI tenía puesto cerco á Gibraltar, y la ciudad estaba ya próxima á rendirse, cuando el Rey murió de la peste. De resultas, el cerco se levantó, y los cristianos, temiendo que los enemigos los atacasen en la retirada, tomaron muchas precauciones. Pero dice la *Crónica*: «Despues que sopieron los moros que el Rey D. Alfonso era muerto, ordenaron entre sí que ninguno non fuese osado de facer ningun movimiento contra los cristianos, nin mover pelea contra ellos. Estidieron todos quedos, et dician entre ellos que aquel dia moriera un noble Rey et príncipe del mundo, por el cual non solamente los cristianos eran por él honrados, mas aún los caballeros moros por él habian ganado grandes honras, et eran preciados de sus reyes. Et el dia que los cristianos partieron de su real de Gibraltar con el cuerpo del Rey D. Alfonso,

---

(1) MAKKARÍ, II, 378.

todos los moros de la villa de Gibraltar salieron fuera de la villa, et estidieron muy quedos, et non consintieron que ninguno de ellos fuese á pelear, salvo que miraban cómo partian dende los cristianos» (1). En el sitio de Baza por los Reyes Católicos, el Marqués de Cádiz pidió al príncipe Cide-Yahya una breve suspension de hostilidades, á fin de que la reina doña Isabel pudiese dar un paseo hasta los muros de la ciudad y pasar revista á sus huestes. El deseo fué satisfecho, y Cide-Yahya, no sólo vió con enojo é hizo volver atras á algunos capitanes que tenían el propósito de atacar la régia comitiva, sino que resolvió tambien dar una muestra de la gentileza de los moros en los ejercicios de caballería. Así fué que, miéntras la reina doña Isabel y sus damas miraban los muros de Baza, y sus torres, tejados y azoteas, cubiertos de moros y moras curiosos, advirtieron que salian á deshora por las puertas de la ciudad espesas filas de caballeros árabes, con armas refulgentes y banderas desplegadas, al mando de Cide-Yahya. Algunos cristianos echaron mano á las espadas para defender á la Reina del imaginado peligro, pero los aquietó el Marqués de Cádiz, que cono-

---

(1) *Crónica del Rey D. Alfonso XI*, cap. cccxlii.

cia mejor á los moros. Éstos se adelantaron en bizarro escuadron, y caracoleando sobre sus hermosos caballos y blandiendo las lanzas, hicieron un lindo simulacro para recrear á la Reina, despues de lo cual, la saludaron con suma cortesía, así como á sus damas, que estaban gustosamente maravilladas de verlos, y entraron de nuevo en la ciudad (1). Rasgos de una verdadera índole caballeresca se imprimian profundamente en el ánimo de los españoles, y á pesar del ódio religioso que los animaba, les hacian confesar en los romances que aunque moros, eran caballeros. Hasta el fanático confesor de D. Fernando y doña Isabel conviene en esto, al referir, en su *Crónica de la guerra de Granada*, un caso por el estilo. Cuando los cristianos sitiaban á Málaga, uno de los defensores de esta ciudad, llamado Ibrahim-Zenete, aprisionó, en una salida que hizo, á siete ú ocho muchachos cristianos, y en vez de hacerles daño, les tocó suavemente con la lanza, diciéndoles: «Id, niños, id con vuestras madres.» Mientras los muchachos se fueron precipitadamente, otros moros echaron en cara á Ibrahim que no los hubiese

---

(1) ALONSO DE PALENCIA, *De bello granad.*, libro IX.



muerto. Ibrahim respondió que no tenían barbas. «Así mostró, añade el cronista, que, si bien era moro, tenía virtud para obrar como un buen hidalgo cristiano» (1).

En estas observaciones generales sobre la civilización de los árabes españoles, debemos aún citar algunos de los innumerables casos que traen los historiadores árabes, á fin de dar una noción más completa de las raras prendas de los andaluces. En prueba de su memoria portentosa cuentan, por ejemplo, que uno durante toda una noche estuvo recitando versos, eligiendo sólo aquellos que acababan con la letra *kaf*. En testimonio de su agudeza de ingenio, dicen que el médico Ibn-Firmas inventó un instrumento para medir el tiempo, y construyó una máquina, con la cual se levantaba por el aire á muy considerable altura (2). Otras anécdotas ponen de realce la viveza y despejo que hasta los niños manifestaban. Así la siguiente: El rey Al-Motasin entró una vez en casa de un súbdito suyo, y preguntó á su hijo pequeño Al-Fath: «¿Qué casa es más hermosa, la del príncipe de

---

(1) *Crónica* de Andres Bernaldez, cura de los Palacios. Granada, 1852, pág. 181.

(2) MAKKARI, II, 254.

los creyentes ó la de tu padre?» El muchacho contestó: «La casa de mi padre es más hermosa, ya que el príncipe de los creyentes está ahora en ella.» Maravillado el Rey de la presencia de espíritu del niño, quiso ponerla otra vez á prueba, y le preguntó: «Dime, Fath, ¿hay algo más hermoso que este anillo?», mostrando uno que llevaba en el dedo. «Sí, contestó Fath, la mano que le lleva.» También se refieren muchos casos en prueba de la innata disposición de los andaluces para la poesía: Un habitante de la ciudad de Silves, de la familia de los Ben-ul-Melah, salió una vez de paseo con su hijo pequeño, y habiendo llegado á un arroyo, oyó cantar las ranas. El padre dijo al muchacho: «Tú completarás los versos. ¿Oyes que en el agua cantan?» El chico respondió: «De ese modo el frío espantan.» El padre: «¿Qué alboroto están armando: esto es charlar por los codos?» El hijo: «Lo mismo sucede cuando en casa se juntan todos.» En esto enmudecieron las ranas, al sentir las pisadas de los paseantes. El padre añadió: «¿Habrán perdido la voz en la musical contienda?» Y replicó el muchacho: «Un hambre tienen atroz, y acuden á la merienda.» Y del mismo modo iba completando el chico de repente todos los versos. «Por cierto, añade el

escritor que cuenta la anécdota, que esta prontitud en improvisar hubiera sido cosa de maravilla en una persona ya granada, ¿cuánto más no debía serlo en un niño pequeñuelo?» (1).

La poesía era como el punto céntrico de toda la vida intelectual de los andaluces. Durante seis siglos, por lo ménos, fué cultivada con tal celo, y por una tan grande multitud de personas, que el mero catálogo de los poetas arábigo-hispanos llenaria tomos en fólío. Ya á mediados del siglo ix se había extendido tanto el gusto por la poesía, aún entre los cristianos que vivían bajo el dominio musulmán, que Alvaro de Córdoba se lamenta de que sus correligionarios descuidaban por completo la lengua latina, leían con afán en la arábica poesías y cuentos, y aún componían en esta última lengua versos más correctos y elegantes que los árabes mismos (2). Casi un siglo después compuso Ibn-Ferradsch su antología, *Los Jardines*, que contenía doscientos capítulos, y en cada capítulo cien dísticos, todos exclusivamente de autores andaluces (3).

---

(1) MAKKARI, II, 350.

(2) ALVARO, *Indic. lumin.*, *España sagrada*, XI, 273 y 274.

(3) MAKKARI, II, 118, y IBN-CHALIKAN, *art. Jusuf-ar-Remadi*.

Otras muchas colecciones selectas, de las cuales las de Ibn-Chakan y de Ibn-Bessam son las más celebradas, completaron la de Ibn-Ferradsch, y la continuaron en los siglos siguientes. Con todos los acontecimientos de la vida y con el sér mismo de la nación estaban íntimamente enlazada la poesía. Los grandes y los pequeños la cultivaban; y miéntras que, por ejemplo, en la comarca de Silves apénas habia campesino que no poseyese el dón de improvisar, y hasta el gañan que iba en pos del arado hacia versos sobre cualquier asunto (1), los califas y los príncipes más egregios nos han dejado algunas poesías en testimonio de su talento. Aún nos queda una obra, que sólo trata de los reyes y grandes de Andalucía que se distinguieron por sus dotes poéticas (2). Las mujeres, en el harem, entraban en competencia con los hombres por sus cantares: composiciones poéticas, formando primorosos y variados dibujos, constituian, en los palacios, un adorno capital de las columnas y paredes; y aún en las cancellerías hacia la poesía su papel. Ningun historiador ó cronista, por

---

(1) AL-CAZWINI *Cosmografía*, II, 364.

(2) IBN-UL-ABBAR, citado por AL-HOLAT, edit. Dozy.

árido que fuese, dejaba de amenizar las páginas de sus libros con fragmentos poéticos. Sujetos de la clase más baja se elevaban sólo por su talento poético á las más altas y honrosas posiciones, y obtenian el valimiento de los príncipes. La poesía daba la señal de los más sangrientos combates, y tambien desarmaba la cólera del vencedor; echaba su peso en la balanza, á fin de prestar más fuerza á las negociaciones diplomáticas; y una improvisacion feliz rompía á menudo las cadenas del cautivo ó salvaba la vida del condenado á muerte. Cuando dos ejércitos enemigos se encontraban, algunos guerreros salian de la línea de batalla y provocaban á la pelea á los contrarios con un par de versos improvisados, á los cuales se solia responder en el mismo metro y con la misma rima (1). Ejercicios de este orden, pero con un fin más pacífico, y sólo para que cada cual mostrase su habilidad en improvisar, eran muy usuales en la vida ordinaria; y la correspondencia epistolar entre amigos ó entre enamorados se seguia en verso con frecuencia. A menudo se empleaba tambien el alto estilo en prosa rimada, como le conocemos en las Makamas de Hariri. El saber expre-

---

(1) Dozy, *Recherches*, 419.

sarse en este estilo se tenía por una condicion esencial de la buena crianza. Se usaba en las obras científicas, en los documentos oficiales y diplomáticos, y hasta en los pasaportes (1).

La lengua arábiga, en boca de los andaluces y tan léjos de su país nativo, perdió pronto su pureza, y degeneró en un dialecto vulgar, que no se sujetaba á las severas reglas de una gramática tan delicada y escrupulosa. Un beduino hubiera hallado mucho que censurar en el habla hasta del español mejor educado (2). Para lo escrito, con todo, se siguió usando el arábigo puro. Toda persona que presumia de tener una educacion distinguida, procuraba, con el estudio del *Hamasa*, de las *Mualakat*, etc., manejar bien dicho idioma, y un jóven no pasaba por bien criado si no habia aprendido de memoria una multitud de trozos escogidos, en prosa y verso. Añádase á esto que todo musulman desde su primera juventud conocia y leia habitualmente el *Coran*, y se comprenderá cómo no podia desaparecer el conocimiento del legítimo idioma.

---

(1) Uno de estos pasaportes, en prosa rimada, fué el que el Rey de Granada dió á Ibn-Jaldun. *Journ. asiatique*, 1844, I, pág. 60.

(2) MAKKARI, I, 136 y 137.

Ademas, los niños estaban ya instruidos en la gramática y en la poética, como preparacion para la lectura de los poetas (1).

Desde el primer instante en que hubo en España una corte mahometana, el arte de la poesía arábica se encontró allí como en su patria. En el palacio de Abdurrahman, el primer Omiada, se celebraban reuniones, en las que asistia Hischam, el príncipe heredero, y donde se entretenian los convidados recitando versos, refiriendo leyendas ó sucesos históricos, y haciendo panegíricos de hombres distinguidos y de grandes acciones (2). Siguiendo el ejemplo que habia dado en Oriente su antepasado Jezid I, los Omiadas tuvieron á sueldo poetas de corte, y aún hubo grandes señores, como Ibrahim, que vivió en Sevilla en 912, bajo el reinado de Abdalah, y que alcanzó un poder y una riqueza casi regios, que se complacian en ser protectores muy liberales de los poetas (3). En tiempo de los primeros califas floreció y obtuvo grande estimacion el poeta Yahya, apellidado Al Gazal (la

---

(1) IBN-CHALDUN, *Prolegomena*, public. por Quatremére, III, 260, etc., y 319.

(2) AL-HOLA, 37.

(3) DOZY, *Histoire*, II, 315.

gacela), á causa de su hermosura. Fué enviado como embajador á muchas córtes, y por donde quiera se ganaba la voluntad de las gentes con su finura, buen trato y discreta conversacion. El Emperador de Constantinopla mostró deseos de que se quedase en aquella capital, pero él se disculpó diciendo que como le estaba prohibido beber vino, no podia hacerle buena compañía. En otra ocasion, estando Yahya sentado cerca del Emperador, entró la Emperatriz, que era en extremo hermosa. El poeta no podia apartar de ella los ojos, y se mostró tan distraido en la conversacion, que el Emperador, ofendido, le preguntó la causa por medio del intérprete. Yahya contestó que la hermosura de la Emperatriz le habia hecho una impresion tan invencible, que le habia quitado el discurso, y que no podia proseguir la plática. Despues se explayó en una maravillosa pintura de los encantos de la augusta señora. Cuando el intérprete tradujo todo aquello, creció de punto el favor de Yahya cerca del Emperador, y la misma Emperatriz quedó complacida de tan finas lisonjas. En otra mision cerca del rey de los normandos, alcanzó el poeta mucho favor con la reina Theuda por unos versos que improvisó, elogiándola de hermosa. Más tarde, desterrado de la corte de Abdurrahman II



por haber escrito cierta sátira, Yahya se fué á Bagdad, adonde llegó poco despues de la muerte del grande Abu-Nuwas, tan celebrado en Oriente, que se creia que ningun otro poeta ni muy remotamente podia compararse con él. Encontrándose Yahya en una tertulia de literatos, oyó hablar á casi todos los que allí estaban con gran desprecio de los poetas españoles. La conversacion recayó luégo sobre Abu-Nuwas, que habia muerto hacia poco. Yahya nada habia contestado ántes á las críticas contra los poetas españoles, pero entónces empezó á recitar una poesía, dándola como obra de Abu-Nuwas. La poesía fué aplaudida extraordinariamente. Cuando el entusiasmo del auditorio llegó al más alto grado, Yahya exclamó: «Moderad vuestra admiracion; los versos son mios!» Y como nadie, al principio, quisiese creer su aserto, Yahya recitó aquella *kasida* suya que empieza con estas palabras:

Mis pecados saqué de la bebida  
Y vergüenza y virtud allí se ahogaron.

Cuando hubo recitado esta poesía, la reunion se avergonzó y se separó (1).

---

(1) MAKKARI, I. 629.

En la corte de Abdurrahman III vivían los célebres poetas Ibn-Abd-Rebbihi y Mondhir-Ibn-Said. El último prestó un importante servicio al Califa en la recepción de una embajada de Bizancio. Todos los altos empleados del imperio estaban reunidos en la gran sala del trono, lujosamente adornada, y ya los embajadores habían presentado sus cartas en audiencia solemne, cuando Abdurrahman encomendó á los más distinguidos sabios de su séquito que elogiasen en un discurso, ante los circunstantes, la grandeza del Islam y del califato; pero todos ellos se desconcertaron y no dijeron nada. Entónces se levantó el poeta y pronunció un largo discurso en verso, que excitó la más profunda admiración de todo el auditorio, y por el cual le recompensó el Califa con un elevado empleo (1). También el poderoso Almansur se rodeaba de poetas, los reunía en su palacio para tener conversaciones literarias, y se hacía acompañar por ellos en sus expediciones militares (2). Ibn-Derradsch, llamado también el Castellano, y Jusuf-ar-Ramadi, eran los dos poetas que descollaban en su corte. Sin embargo, otro poeta, llamado Said, alcanzó más

---

(1) MAKKARI, I, 234.

(2) ABD-UL-WAHID, p. 24.

favor en palacio con el motivo siguiente. Mucho tiempo hacia que Almansur no deseaba nada más fervientemente que tener en su poder á García Fernandez, conde de Castilla, y no habia medio mejor de lisonjearle, que decirle que García iba á sucumbir pronto. Said discurrió una vez llevar de presente á Almansur un ciervo atado con una cuerda, y recitarle una composicion, en la cual habia los versos siguientes:

¡Oh refugio de los tristes!  
¡Oh talisman de los flacos!  
Tú, de los menesterosos  
Y desvalidos amparo,  
Del que te debe la dicha  
Recibe aqueste regalo:  
Ceñido de fuertes cuerdas  
Un ciervo hermoso te traigo;  
García tiene por nombre,  
Para que sea presagio  
De que pronto otro García  
Cacrá lo mismo en tus manos (1).

Por una extraña casualidad, García Fernandez cayó en efecto prisionero el mismo dia en que Said tuvo esta ocurrencia, y Almansur, desde el momento en que recibió la noticia, mostró

---

(1) ABD-UL-WAHID, 24, etc.

gran respeto al poeta, cuya prediccion tan felizmente se habia cumplido. Para conservar su valimiento y para lisonjear la vanidad de Almansur, acudia Said á todas las trazas imaginables. Una vez mandó hacer un traje para su esclavo Safur, que era de gigantesca estatura, con todos los talegos en que Almansur le habia enviado dinero. Cuando vió Almansur aquellos extraños atavíos, preguntó, admirado, por qué el criado de su poeta de corte llevaba un vestido tan haraposo. «Señor, respondió Said, tú me has hecho ya tantos presentes de dinero, que sólo con los talegos que le contenian he podido hacer un traje para este gigante.» Almansur sonrió, satisfecho con la lisonja que el poeta hacia á su liberalidad, y mandó en seguida que le enviasen nuevos regalos, y ademas un hermoso traje para Safur (1). La brillante posicion de que Said gozaba, despertó la envidia de otros muchos ingenios, y en palacio se formó en contra suya una verdadera conjuracion. No siempre mostró Almansur la debida entereza contra las maquinaciones de este partido. Una vez se dejó llevar hasta el extremo de hacer que echasen al rio una obra del poeta, contra la cual habia oido

---

(1) Dozy, *Histoire*, III, 250.

muchas censuras. Said compuso sobre el caso este epigrama:

Su lugar y destino conveniente  
Halló mi libro ahora;  
Porque el seno del agua transparente  
Las perlas atesora.

En otra ocasion regalaron á Almansur una rosa temprana, cuyo cáliz aún no estaba del todo abierto. Said, que se hallaba presente, improvisó lo que sigue:

El cáliz entreabierto de la rosa  
Olor suave en el ambiente inspira,  
Cual su encanto la vírgen pudorosa,  
Que oculta su beldad á quien la mira.

Este epigrama agradó mucho á Almansur; pero un rival de Said, que allí estaba, dijo que los versos no eran suyos, sino de un poeta de Bagdad, á quien los habia oido recitar en Egipto. «Yo los tengo, añadió, escritos de su mano, en el respaldo de un libro.—Muéstramelos», exclamó Almansur. Al punto se fué el acusador á casa de un poeta muy conocido por su talento para improvisar, le contó lo ocurrido, le hizo interpolar en otra composicion los versos de Said, y escribirla toda con tinta amarillenta é imitando

la escritura egipcia, en el respaldo de un libro, y despues se volvió á palacio. Cuando Alman-sur leyó la composicion, y se dió por convencido de que Said habia plagiado de ella los versos, fué grande su cólera, y dijo: «Mañana quiero ponerle á prueba, y si sale mal, le enviaré á un destierro.» A la mañana siguiente fué llamado Said á palacio, donde encontró á todos los cortesanos convocados por Alman-sur, y vió en una sala, ricamente adornada, una grande pila, y en torno de ella muchas flores que formaban como un banco, sobre el cual se sentaban figuras hechas de jazmines, que parecian muchachas, y el centro de la pila tenía la apariencia de un pequeño lago, cuyo fondo, en vez de contener menudas guijas, estaba cubierto de perlas, y una serpiente nadaba en él, y una doncella, hecha tambien de flores, vogaba sobre las ondas en una barquilla, cuyos remos eran de oro. Alman-sur exigió de Said que describiese en verso aquella pila y su contenido, á fin de probar así que no eran plagio sus poesías. De otra suerte, tenía que recelar mucho malo. Said correspondió al punto á la excitacion, é improvisó versos tan excelentes sobre la maravillosa pila, que Alman-sur, en vez de desterrarle, le regaló cien monedas de oro y cien vestidos, y le ase-

guró ademas una pension mensual de otras treinta monedas de oro (1).

Los músicos gozaban de igual favor en la corte y entre el pueblo. Abdurrahman II convidó al cantor Zirjab para que viniese de Bagdad á Córdoba, y le recibió muy afectuosamente y con mil honrosas muestras de estimacion, señalándole una lujosa vivienda en su propio palacio, y diciéndole las condiciones bajo las cuales queria tenerle cerca de sí. Éstas eran en extremo brillantes; Zirjab debia recibir doscientas monedas de oro cada mes, y ademas de muchas ricas adetalas, otras dos mil monedas de oro como presente anual; y por último, debia gozar del usufructo de varias casas, campos y jardines, que constituian un capital de catorce mil monedas de oro. Despues de haber hecho estos espléndidos ofrecimientos, pidió Abdurrahman al cantor que se dejase oír, y cuando hubo cantado, quedó el Califa tan prendado de su habilidad, que en adelante no quiso oír cantar á otro alguno. Pronto escogió á Zirjab para que fuese de los que más íntimamente le trataban, y se complacia en hablar con él de poesía, de historia, de artes y de ciencias. El cantor tenía

---

(1) MAKKARI, II, 54.

muy extensas nociones de todo; prescindiendo de que sabia de memoria la melodía y la letra de diez mil cantares, habia estudiado astronomía é historia, y no habia nada más instructivo que oírle hablar sobre los diversos países y las costumbres de sus habitantes. Pero aún más que su gran saber, eran admirados su ingenio y su buen gusto. Su canto era tan encantador, que se divulgó la creencia de que por las noches venian los genios á visitarle y á enseñarle sus melodías. Vivía Zirjab con un boato de príncipe, y siempre que aparecia en las calles le circundaban cien esclavos (1). Del celo con que se estudiaba entónces la música vocal é instrumental, dan testimonio, no sólo las obras teóricas que se escribieron sobre este arte, sino tambien un gran libro de los cantares andaluces, compuesto para competir con la coleccion que hizo Alí de Ispaham de los cantares de Oriente (2).

El *Cancionero* de Alonso de Baena, donde se habla de una juglaresa morisca, y la poesía del Arcipreste de Hita, que menciona los bailes y canciones en medio de las calles de las moriscas

---

(1) MAKKARI, II, 25.

(2) MAKKARI, II, 83.—DOZY, *Histoire*, II, 91, etc.



cantadoras, favorecen la opinion de que el modo de ser de los músicos entre los árabes era muy parecido al de los castellanos y provenzales. Tambien en el siglo xi, despues de la caida de los Omíadas, la vida de los poetas árabes presenta mucha analogía con la de los trovadores. Todas las pequeñas córtés que habia entóncees en España hubieran parecido desiertas á sus soberanos, si no las hubiese hermoseado la poesía. Semejante á sus hermanos de la Provenza, peregrinando de lugar en lugar, y trocando por ricas alabanzas recompensas no ménos ricas, bullian los poetas como un enjambre, en los alcázares de los príncipes y en las casas de los grandes señores. Si uno de los pequeños soberanos era celebrado en una *kasida* sobresaliente, al punto se suscitaba entre los otros una verdadera emulacion. No tenian ambicion mayor, como asegura un árabe, sino la de que se pudiese decir: tal ó tal sabio se halla en la córte de tal ó tal rey; este ó aquel poeta es el valido de este ó aquel rey (1). Basta aquí un ejemplo para dar idea de la liberalidad de estos soberanos cuando querian mostrarse agradecidos á los buenos versos hechos en su elogio. Ibn-Scharaf, que tenía

---

(1) MAKKARÍ, II, 128.

en feudo una aldea, tuvo una vez una disputa con un recaudador de tributos, porque éste le exigía que pagase demasiado. Ibn-Scharaf fué á ver á Motasim, rey de Almería, para pedirle justicia, y le trajo una composicion poética, que contenia lo que sigue:

Desde que tú gobiernas,  
No esgrime su puñal el asesino,  
Sólo vírgenes tiernas  
La muerte dan con su mirar divino.

El Rey gustó mucho de estos versos, que son dos solamente en el original, y preguntó al poeta cuántas casas (en árabe *beit*) contenia su aldea; y como el poeta dijese que contenia cincuenta, el príncipe añadió: «Está bien; en premio de este dístico (en árabe *beit* tambien), quiero dártelas todas en plena propiedad, y así ningun recaudador podrá en lo sucesivo exigirte tributos (1).

Aunque es indudable que el deseo de ganar dinero y nombre llevaba á muchos poetas á las córtés, y hasta se cuenta de uno que no hacia una composicion encomiástica por ménos de cien

---

(1) Dozy, *Recherches*.

monedas de oro (1), todavía no se puede afirmar que la avaricia fuese en general su único móvil. Se disfrutaba en aquella corte de una vida alegre y deleitosa, y en ella se encontraban los ingenios más á propósito para un agradable trato y comercio de ideas, y para certámenes sobre las bellas artes. En las hermosas noches del verano de Andalucía, descansaban recostados sobre blandos cojines en uno de los encantadores y floridos patios del alcázar, contaban cuentos, y ejercitaban y mostraban la habilidad con animadas y agudas pláticas y versos improvisados, miéntras que murmuraban las fuentes, y el aura mansa difundía el aroma de las flores. El Príncipe se mezclaba con toda confianza entre sus huéspedes, hacia que circularan las buenas bebidas, y aún se aventuraba á entrar en competencia con los maestros del canto. A veces se solían celebrar certámenes poéticos en ciertas grandes festividades, como, por ejemplo, el que estableció el Rey de Granada para el natalicio del Profeta (2).

---

(1) MAKKARI, II, 128.

(2) Autobiografía de Ibn-Chaldun, en el *Journ. asiat.*, 1844.—Ibn-Chaldun, á la verdad, dice sólo que los poetas trajeron versos para una fiesta de palacio en el natalicio de Mahoma;

Aunque por lo comun era reconocido y estimado en mucho el mérito de los poetas andaluces, no faltaron sabios españoles que los mirasen con cierto menosprecio, y que afirmasen que el Oriente solo era la verdadera patria de la poesía. Un escritor del siglo xii zahiere esta injusticia con palabras punzantes, y dice que los historiadores españoles de la literatura sólo vuelven los ojos hácia los autores de Oriente. «Cuando allí grazna un cuervo, añade, cuando en la más remota comarca de la Siria ó del Irac zumba un mosquito, caen de rodillas como delante de un ídolo, miéntras que aprecian en poco más que en nada todo verso y toda prosa que ve la luz pública en Andalucía; y sin embargo, España,

---

pero se puede presumir que era un certámen poético, como estaba en uso entre los príncipes del Norte de África. Leon Africano refiere: «Los poetas en Fez componian anualmente versos en alabanzas de Mahoma y para su natalicio. Todos acudian desde la mañana temprano al sitio donde vivia el principal de los empleados, y recitaban sus panegíricos segun llegaban á ocupar un puesto elevado que habia para el caso. Multitud de pueblo estaba presente, y aquel cuya composicion parecia más elegante y conmovedora era aclamado, para aquel año, príncipe de los poetas. Miéntras que dominaron los Beni-Merines,

aunque apartada de las otras regiones del Islam, han producido varones distinguidísimos y elocuentes, así en prosa elegante como en verso; y Andalucía, si bien ha sido la última de las conquistas musulmicas, y si bien está cercada por el mar y por los godos y los francos, puede jactarse de un sinnúmero de poetas, cuyas obras compiten en resplandor con el sol y con la luna» (1). Aunque, cegados por la manía de admirar lo extranjero, desconociesen muchos españoles el talento y el valor de los autores nacionales, no dejaban los poetas andaluces de gozar de gran fama en Oriente, ni de ser colocados á la misma altura que mejores poetas orientales. Así obtuvo Ibn-Zeidun el dictado del Bothori de

---

convocaba anualmente el soberano reinante á cuantos sabios y poetas habia en la ciudad, los recibia en su palacio con extraordinaria pompa, y en su presencia hacia recitar á cada uno su poesía en elogio de Mahoma, desde un lugar elevado. El que salia vencedor del certámen, despues de un juicio imparcial, era recompensado por el Rey con un corcel magnífico, una esclava, cien monedas de oro, y el traje que el Rey mismo habia llevado durante la ceremonia.» (*Leonis Africani*, África. Lugd. Batav., 1632, pág. 332.)

(1) *LocI DE ABBADIDIS*, ed. Dozy, III, 58.

Occidente (1), así cada uno de los tres poetas Ibn-Jani, Jusuf-ar-Ramadi y Ibn-Derradsch fué designado con el título del Motenebbi occidental (2), y el propio Motenebbi, al oír recitar una poesía española, no pudo ménos de exclamar, entusiasmado: «¡Este pueblo posee en alto grado las facultades poéticas!» (3). Abu-Nuwas, el gran cantor del vino y de los suaves goces de la vida, en tiempo de Harun-ar-Raschid, pidió á un español que fué á Bagdad, que le recitase versos de poetas andaluces (4), y un habitante del Remoto Corasan expresó su admiracion en las reuniones literarias del famoso sevillano Ibn-Zohr, aplicando á los poetas andaluces estas palabras de Motenebbi:

Al ver salir el sol por Occidente,  
Dije: ¡Grande es Alah! (5).

Lo más interesante de estas anécdotas es que nos hacen concebir la inmensa extension de los países en que florecia la literatura arábica.

---

(1) *Catalogus Bibl. Lug.*, ed. Dozy, I, 243.

(2) IBN-CHALIKAN, en los tres artículos.

(3) Dozy, en *Abbad.*, I, pág. VIII.

(4) MAKKARI, II, 151.

(5) MAKKARI, II, 150.

Desde el Ganges hasta la desembocadura del Tajo, y desde el Jaxartes hasta el Níger, se poetizaba en dicho idioma, y el activo tráfico y las continuas comunicaciones entre tantas y tan remotas comarcas hacían que cada nueva aparición literaria algo importante fuese pronto un bien común de todos los pueblos que habían adoptado la lengua del Corán y el Islamismo. Por medio de las caravanas que anualmente iban á la ciudad donde nació el Profeta, desde los últimos confines del mundo musulmán, la Meca era como un gran mercado, en el cual los más apartados habitantes de la tierra trocaban sus producciones literarias; de suerte que una obra compuesta al pié de Sierra Morena podía con facilidad y en breve tiempo abrirse camino hasta los valles del Cáucaso indiano.

---





---

### III.

#### Observaciones generales sobre la poesía arábigo-hispana.

¿Quién no ha de tener la curiosidad de conocer los cantares que resonaron en los encantadores salones de los alcázares andaluces, en las galerías de columnas afilegranadas de arabescos, y en los pensiles de Az-Zahra; cuyo eco se mezcló con el murmurar de las fuentes y con el gorjeo de los ruiseñores del Generalife? Así como los árabes, donde quiera que pusieron el pié en el suelo español, hicieron brotar fertilidad y abundancia de aguas, entretejieron en frondoso laberinto los sicomoros y los granados, los plátanos y las cañas de azúcar, y hasta lograron que floreciesen las piedras en variados colores,

así tambien puede creerse que su poesía compitió en aroma y delicado esmalte con los bosquecillos umbrosos de la huerta de Valencia, y en rico esplendor con los arcos alicatados de prolijas labores y con las esbeltas columnatas de la Alhambra. Crece más aún el deseo de conocer esta poesía por la conjetura de que la penetra un espíritu caballeresco, que imprime en la vida de los mahometanos de España un sello peculiar y característico; porque el cielo de Occidente puso sobre las prendas de la poesía arábigo, sobre su riqueza y pompa oriental, mayor precision y un estilo más claro, acercándola mucho á nuestro modo de sentir.

Esta esperanza no será del todo defraudada. Entre las producciones de la poesía arábigo-hispana se encuentran muchas que manifiestan sentimientos extraordinariamente parecidos á los nuestros, y que contienen ideas que no podian nacer en la antigua Arabia, sino bajo el más dilatado horizonte del Occidente. Sin embargo, la mencionada esperanza no debe engrandecerse mucho. En todas las épocas y en las más distantes regiones del mundo, adonde sus conquistas los llevaron, los árabes guardaban vivos en el alma los recuerdos de la patria primera. Aunque la península del Sinaí volvió á caer en la

barbarie, la miraron siempre como la cuna de su civilizacion, desde los brillantes centros de la cultura que habian creado, así en el extremo Oriente como á orillas del Atlántico. La historia de sus antepasados les era familiar desde la infancia, y la peregrinacion á los lugares santos de su creencia, que casi todos emprendian, no dejaba que jamas se entibiasen en ellos el sentimiento de amor y dependencia del país de donde salieron. Por esto sus poesías están llenas de alusiones á las leyendas, héroes y localidades de la antigua Arabia, de imágenes de la vida nómada y de descripciones del desierto. Consideraban además las *Mualakat* y el *Hamasa* como modelos insuperables, y bastantes creían que el medio más seguro de llegar á ser clásicos era imitar mucho su estilo. La admiracion inmensa que estas poesías excitaban entre los andaluces, y el diluvio de imitaciones que producian, ocasionaron la burla y la sátira del antólogo Ibn-Bessam, aburrido y harto de la repeticion de lo ya dicho tantas veces. «Mueve á tedio, exclama, el oír cantar perpetuamente sobre las ruinas de la casa de Chaula»; el «parad aquí, amigos, para que lloremos», debiera ya desecharse; cuando se lee aquello de «¿es ésta la huella de Umm-Aufa?» bien se puede tener por

cierto que la huella de una persona, que se fué tanto tiempo há, está ya borrada. Muchos hermosos pensamientos fueron ajenos de aquellos antiguos poetas, por lo cual han dejado no poco que decir á los posteriores, pues no se debe tener sólo y absolutamente por bueno al que ya murió (1). Si la poesía arábigo-hispana contiene, á causa de las formas prestadas de la poesía ante-islámica, muchas ideas é imágenes que nos son extrañas, esta extrañeza crece más aún por la grande importancia que se daba á la parte técnica y al primor del lenguaje. Los habitantes de la península ibérica presumían mucho de sus conocimientos filológicos, y hacían un estudio especial de todas las sutilezas de la lengua arábigo escrita; así es que sus poetas debían ser, ántes de todo, hábiles y sutiles gramáticos, y el mérito de sus obras solía ponderarse, más que por el contenido de ellas, por la perfección del estilo y por el arte con que el autor sabía dominar la infinita riqueza del vocabulario arábigo. De aquí dimana el que muchos antólogos y críticos alaben á menudo, como incomparables, versos que nos parecen de poquísimo valer, y que aseguren que estaba en la boca de todos,

---

(1) *LOCUS DE ABBADIDIS*, ed. Dozy, III, 58.

sin que nosotros acertemos á comprender esta fama. La explicacion de esto sólo debe buscarse en el dichoso acierto de la expresion y en lo primoroso de la forma; porque, no tanto lo energía poética cuanto el artificio métrico y filológico despertaba á veces el entusiasmo (1). Estas bellezas artificiales de la poesía, que valen más para el oído que para el alma, sólo son gustadas y bien estimadas por el pueblo para quien se crearon. Por esta razon, una parte de las más encomiadas obras maestras que encantan á los árabes son letra muerta para nosotros. El prurito de lucir la maestría en el manejo de la lengua y las sutilezas gramaticales, ha dictado versos á los poetas arábigos de Oriente y de Occidente, cuyo único valer consiste en la dificultad vencida, y donde en balde se buscará un contenido poético, pues sólo hay una sonora aglomeracion de sílabas, un extraño laberinto de giros y de voces, incomprensibles sin comentario. Añádase á esto el afán, en más ó ménos grado sentido por todos los poetas, de emplear metáforas y comparaciones traídas de muy léjos, antítesis extravagantes y expresiones hiperbólicas. Esta inclinacion parece innata en los árabes. Es un

---

(1) IBN-CHALDUN, *Prolegomena*, III, 319.

error el encomiar á los poetas anti-islámicos por su estilo sencillo y exento de imágenes rebuscadas, y el censurar á los posteriores por la afectación y el mal gusto que introdujeron. Ya Amr-ul-Kais, en su *mualaka*, escrita por lo ménos cincuenta años ántes del nacimiento de Mahoma, raya en extravagante cuando compara, por ejemplo, el pecho de su querida con un bruñido espejo ó con un huevo de avestruz, y su mano con los ramos de una palma, y cuando dice que su caballo se mueve como un trompo con que juega un niño. Verdad es que en los tiempos posteriores se aumentó este defecto. Los mismos asuntos habian sido ya tratados tantas veces, que tenian poco interes en sí, y para pres-társeles nuevo se buscaban inusitadas maneras de tratarlos. No creo, con todo, que deba desecharse como de mal gusto cuanto á primera vista nos parece raro en los poetas árabes; por ser muy diferente de lo que los poetas europeos dicen. Así, verbi gracia, el usar, como imagen de la magnanimidad y liberalidad, las nubes y la lluvia que de ellas se desprende, es una comparación bien escogida, porque la humedad restauradora que la lluvia difunde, es mirada como el mayor beneficio por los orientales y andaluces, abrumados con los ardores del sol. Ni es del

todo censurable, por muy extravagante que nos parezca, el decir que los dientes de la querida, por su humedad y blancura, son como granizos, su cándida tez como alcanfor, y su nariz como el pico saliente de una montaña. Cada idioma tiene sus idiotismos y convenciones, y tal vez no sean más impertinentes estas imágenes que muchas de las comunes entre nosotros lo serian para los árabes; pero, de todos modos, dan á la poesía en que se hallan un carácter harto peregrino. Es singular, porque no se descubre la semejanza que pueda haber entre una cosa y otra, que se comparen los cabellos negros con enramadas de mirto, y las trenzas con escorpiones. Y no es ménos singular el modo de bendecir una casa exclamando: «¡Oh querida casa, ojalá que te riegue con abundancia la lluvia de las nubes!»; porque, si bien una lluvia abundante es muy provechosa para los hombres y los campos sedientos, no hay clima alguno donde no sea perjudicial para los edificios. Por último, el servirse como metáfora de la palabra *narcisos* en vez de ojos, porque los menudos tallos de los narcisos, al inclinarse lánguidamente, hacen pensar en la languidez de los ojos, y el asemejar los bucles entrelazados con letras del alfabeto, y los lunares de las mejillas con hormigas que

van corriendo hácia la miel de la boca, son imágenes, en parte falsas, porque no es bastante el punto de comparacion, y en parte de pérfido gusto.

En lo tocante á la composicion artística, no se impusieron los árabes españoles reglas más severas que sus antepasados orientales. Sólo pueden celebrarse de tener completa unidad algunos pequeños cantos, donde el fuerte impulso del sentimiento lo ha creado de un modo inconsciente. En más extensas composiciones, pocas veces la idea capital predomina entre los pormenores con la energía que se requiere para producir un conjunto armónico. De aquí proviene que estas composiciones sean á menudo, más que un todo, una serie de pensamientos y de imágenes; por manera que los antólogos suelen citar una parte, no como fragmento, sino como obra entera, y en otras ocasiones, una misma composicion, citada por escritores diferentes, se encuentra que varía ó en el número ó en el orden de los versos, sin que tales cambios ó faltas perturben esencialmente el conjunto. Esta carencia de enlace en la composicion depende de una propiedad profundamente arraigada en el espíritu de los árabes, que los lleva á considerar, más que nada, las cosas particulares, perdiendo de vista lo general; el lazo que



forma el todo. Su condicion natural les hacia dificil el elevarse á una más extensa comprension de los asuntos; entre los modelos de la propia literatura, no poseian uno sólo de más ordenada y artística composicion, y tampoco aprendieron nunca á estimar, con el estudio de las literaturas extranjeras, la hermosura y el mérito que se hallan en el enérgico desenvolvimiento de un plan grande. En todas las épocas y por donde quiera les fué completamente desconocida la literatura de los otros pueblos; ninguno de sus autores deja traslucir que la conoce, y es lícito afirmar que hasta el escritor arábigo más discreto é instruido, Ibn-Jaldun, habla sólo de oídas cuando da principio al capítulo sobre la poesía de los árabes, observando que tambien en otras naciones, á saber, entre los persas y los griegos, ha florecido la poesía, por lo cual Homero es nombrado y celebrado en los escritos de Aristóteles (1). El decantado cultivo de la literatura griega por los árabes españoles se limitó á obras de filosofía y de ciencias exactas, que vertieron en su lengua de la siríaca, y que despues comentaron; pero sobre todo aquello que no pertenecia á esta parte de las ciencias, como por ejem-

---

(1) IBN-CHALDUN, *Prolegomena*, III, 359.

plo, sobre la historia y la mitología de los pueblos antiguos, se quedaron siempre en la mayor ignorancia. Sus historiadores refieren que en Itálica se halló en una excavacion un grupo de mármol de portentosa hermosura, que representaba una jóven y un niño perseguido por una serpiente, y sus poetas celebran este grupo en sus versos, pero ninguno sabe que aquellas figuras eran indudablemente Vénus y Cupido (1). El geógrafo Al-Bekri, tan bien enterado en todo lo relativo á las tierras musulmicas, no sabe distinguir si un epitafio hallado en las ruinas de Cartago es latino, púnico ó de otra lengua, y llama á Anníbal rey de África (2). Por último, el gran filósofo Ibn-Roschd ó Averroes, en su paráfrasis de la *Poética* de Aristóteles, cita á los Antara, Amr-Kais y Motenebbis, en vez de citar á los poetas griegos, y tiene tan pocas nociones de la griega literatura, que define la tragedia el arte de elogiar, y la comedia el arte de censurar, y, de acuerdo con esta teoría, halla que las composiciones satíricas y encomiásticas de los árabes son comedias y tragedias (3).

---

(1) MAKKARI, I, 99 y 350.

(2) AL-BEKRI, pub. por Slane, 45 y 42.

(3) RENAN, *Averroes, et l'averroïsme*, pág. 36.

Aunque, según lo expuesto, la poesía de los árabes en España tenía muchos rasgos iguales á la de su hermana oriental, todavía no dejó de sentir el influjo del suelo de Andalucía. Los poetas, á pesar de toda su admiración del *Hamasa* y de las *Mualakat*, y á pesar del prurito de imitarlos, no pudieron desechar los nuevos asuntos que se ofrecían para sus canciones. Ya no podían cantar las enemistades entre tribu y tribu, ni las discordias por causa de los pastos, sino la gran contienda del Islam contra las huestes reunidas del Occidente; en vez de convocar á los compañeros de tienda para la sangrienta venganza de un pariente asesinado, debían inflamar á todo un pueblo para que defendiese la hermosa Andalucía, de donde los enemigos de la fe amenazaban lanzarlos. A par de las peregrinaciones por el desierto y de la vivienda abandonada del dueño querido, lo cual, por convención, había de tener siempre lugar en una *kasida*, había entónces que describir risueños jardines impregnados con el aroma del azahar, arroyos cristalinos con las orillas ceñidas de laureles, blandas y reposadas siestas bajo las umbrosas bóvedas de los bosquecillos de granados, y nocturnos y deleitosos paseos en barca por el Guadalquivir. Inevitablemente tuvieron

los poetas, al tratar estos nuevos asuntos, que adoptar imagenes desconocidas á sus antepasados, y el estado de la civilizacion, enteramente distinto, hubo tambien de imprimirse en sus versos. Andaluces que habian llegado á un alto punto de cultura social y científica, cortesanos elegantes é instruidos, que habian estado en la escuela filosófica de Aristóteles, no podian sentir y pensar ya como los rudos pastores del desierto. Aunque muchas de sus *kasidas* se parezcan, no sólo en la forma y en la expresion, sino tambien en las ideas y sentimientos, á las de los árabes antiguos, esto es sólo porque los autores creian poder competir mejor con los modelos ciegamente reverenciados de un Antara ó un Lebid, cuando más se apartaban y substraian del influjo de su época y de cuanto los rodeaba. Por fortuna, estas tentativas desgraciadas de copiar el estilo y el espíritu de épocas anteriores, renegando de lo presente, no es lo único que nos queda de la literatura de los árabes españoles. Aún cuando los poetas tienen delante de los ojos la poesía ante-islámica, y cuentan el remedarla como mérito, introducen, sin notarlo, en la antigua forma, nuevos modos de ver y de sentir; y en otras composiciones obedecen, sin volver la vista atras, lo que les dictan el corazon

y la mente, y en vez de beber la inspiracion en los libros, pintan lo que ellos mismos han sentido y experimentado. Estas últimas composiciones merecen principalmente nuestra atencion, y en ellas, como todos aquellos rasgos que distinguen la poesía occidental de la oriental, se nos muestran los árabes como europeos. Cuando oimos, con voces semíticas y con el peregrino acento del Oriente, el elogio de las verdes praderas y de los corrientes arroyos de Andalucía, y la expresion de sentimientos amorosos, más tiernos que los que los trovadores expresaban, imaginamos oír tambien entre el susurro de la palma oriental, los suspiros del aura de Occidente, que agita y orea las enramadas del jardín de las Hespérides.

A semejanza de su lengua, que no posee las ricas y gráficas combinaciones de las indo-germánicas, sino que íntimamente forma sus vocablos por la adición de una sola letra á la radical, ó por el cambio de las vocales y acentos, toda la actividad creadora de los árabes tiene un carácter subjetivo. Pinta con preferencia la vida del alma, hace entrar en ella los objetos del mundo exterior, y se muestra poco inclinada á ver claro la realidad, á representar la naturaleza con rasgos y contornos firmes y bien determinados,

y á penetrar en el seno de otros individuos para describir los sucesos de la vida y retratar á los hombres. Por esto aquellas formas de poesía que requieren la observacion de las cosas exteriores y una gran fuerza para representarlas, no son conocidas entre los árabes. Ensayos dramáticos, ni aún de la clase inferior, como los han tenido otros pueblos mahometanos, no se han producido por los árabes en el suelo español, ó al ménos no dan indicio de ellos los escritores que se han consultado hasta el día (1). La poesía narrativa, segun verémos despues, no

---

(1) La *Comoedia de equo vendito*, citada por el vacilante Casiri, y existente en el Esecorial, es de origen egipcio, segun lo declara el excelente orientalista José Müller, que examinó el manuscrito. Parece ser, más que una produccion de carácter literario, un ensayo para un teatro de muñecos, ó más bien para las sombras chinecas que en Egipto se usaban. Verdaderamente hay tres representaciones en el manuscrito. Se trata sólo en la primera de la historia de un ridículo oficial de mamelucos, que, al volver á las orillas del Nilo, de un viaje por Asia, averigua con dolor que ha habido un gran cambio en las cosas: la policía se ha vuelto más severa, y sobre todo, es rigurosísima la observancia del precepto de no beber vino. Despues de muchas lamentaciones en prosa y verso, y de referir su

fué extraña del todo á los árabes españoles; pero no han producido ninguna epopeya propia. En la poesía lírica fué donde aunaron todas sus fuerzas, y en ella vertieron cuantas penas y cuantos deleites movian sus corazones. Por este cauce corrió el torrente de la poesía, en el suelo andaluz, con una inmensa abundancia.

Las producciones líricas de los poetas arábigo-hispanos se distinguen en general por la dición rica y sonora y por el brillo y atrevimiento de las imágenes. En vez de prestar ex-

---

vida vagabunda en una conversacion con una especie de pulchinela y con otras personas, se decide el oficial de mamelucos á entrar en el estado de casado y á abandonar su vida pecadora. Una excelente amiga de los primeros tiempos se encarga de buscarle mujer; la casamentera desempeña su comision, y despues de cumplidas todas las formalidades, el oficial levanta el velo á la novia y descubre, angustiado, que es un fenómeno de fealdad. Vuelto del desmayo que aquella vision le produce, determina hacer una piadosa peregrinacion á la Meca, de donde probablemente vuelve tan pecador como ántes, ya que no más vicioso. El error de Casiri en suponer que la comedia trata en su mayor parte *de equo vendito*, se funda en que, entre las extravagancias del mameluco, se menciona que un caballo, que por compasion le regaló

presion á los pensamientos y de dejar hablar al corazon, nos agobian á menudo con un diluvio de palabras pomposas y de imágenes esplendentes. Como si no les bastase conmovernos, propenden á eegarnos, y sus versos se asemejan, por el abigarrado colorido y movimiento deslumbrador de las metáforas, á un fuego de artificio que luce y se desvanece en las tinieblas, que hechiza momentáneamente los ojos con sus primores, pero que no deja en pos de sí una impresion duradera. El empeño de sobrepujar

---

el Visir, fué desechado por él de un modo desdefioso.

«En el catálogo de Casiri, prosigue J. Müller, se cita ademas otra obra en diálogo, de cuarenta interlocutores. Aunque tengo fundado motivo para no considerar esta pieza como española, la hubiera examinado con gusto. Pero ya no existe en el Escorial, así como otros muchos manuscritos, de los cuales esperaba yo con razon sacar algun provecho. Nada ménos que veinte números he pedido en balde; no hay ya ni rastro de ellos. Desde el reinado de Felipe II habrán habitado en el Escorial unos mil cuatrocientos frailes, pero á ninguno de ellos se le ha ocurrido nunca aprovecharse de la ocasion que se le presentaba de ser el primero en trabajar algo en un tan rico tesoro de manuscritos orientales. Lo que han hecho los frailes, ha sido perder y tirar sin conciencia este tesoro.»



á otros rivales populares y famosos ha echado á perder de esta suerte muchas de sus composiciones. Y, por el contrario, el éxito de sus composiciones para con nosotros es tanto mayor cuanto ménos ellos le buscan, olvidados de su ambicion, y haciendo la poderosa inspiracion de un instante, dado que expresen un sentimiento verdadero en no estudiadas frases.

Los asuntos sobre los cuales escriben, son de várias clases. Cantan las alegrías del amor bien correspondido, y el dolor del amor desgraciado; pintan con los más suaves colores la felicidad de una tierna cita, y lamentan con acento apasionado el pesar de una separacion. La bella naturaleza de Andalucía los mueve á ensalzar sus bosques, rios y fértiles campos, ó los induce á la contemplacion del tramontar resplandeciente del sol ó de las claras noches ricas de estrellas. Entónces acude de nuevo á su memoria el país nativo de su raza, donde sus antepasados vagaban sobre llanuras de candente arena. Expresiones de un extraño fanatismo salen á veces de sus labios como el ardiente huracan del desierto, y otras de sus poesías religiosas exhalan blanda piedad y están llenas de aspiraciones hácia lo infinito. Ora convocan á la guerra santa, con fervorosas palabras, á los

reyes y á los pueblos; ora aclaman al vencedor; ora cantan el himno fúnebre de los que han muerto en la batalla, ó se lamentan de las ciudades conquistadas por el enemigo, de las mezquitas trasformadas en iglesias, y de la suerte infeliz de los prisioneros, que en balde suspiran por las floridas riberas del Genil desde la ruda tierra de los cristianos. Elogian la magnanimidad y el poder de los príncipes, la gala de sus palacios y la belleza de sus jardines; y van con ellos á la guerra, y describen el relampaguear de los aceros, las lanzas bañadas en sangre y los corceles rápidos como el viento. Los vasos llenos de vino que circulan en los convites, y los paseos nocturnos por el agua á la luz de las antorchas, son tambien celebrados en sus canciones. En ellas describen la variedad de las estaciones del año, las fuentes sonoras, las ramas de los árboles que se doblegan al impulso del viento, las gotas de rocío en las flores, los rayos de la luna que rielan sobre las ondas, el mar, el cielo, las pléyadas, las rosas, los narcisos, el azahar y la flor del granado. Tienen tambien epigramas en elogio de todos aquellos objetos con que un lujo refinado ornaba la mansion de los magnates, como estatuas de bronce ó de ámbar, vasos magníficos, fuentes y baños de mármol, y leones

que vierten agua. Sus poesías morales ó filosóficas discurren sobre lo fugitivo de la existencia terrenal y lo voluble de la fortuna, sobre el destino, á que hombre ninguno puede sustraerse, y sobre la vanidad de los bienes de este mundo, y el valor real de la virtud y de la ciencia. Con predileccion procuran que duren en sus versos ciertos momentos agradables de la vida, describiendo una cita nocturna, un rato alegre pasado en compañía de lindas cantadoras, una muchacha que coge fruta de un árbol, un jóven copero que escancia el vino, y otras cosas por este órden. Las diversas ciudades y comarcas de España, con sus mezquitas, puentes, acueductos, quintas y demás edificios suntuosos, son encomiadas por ellos. Por último, la mayor parte de estas poesías están enlazadas con la vida del autor; nacen de la emocion del momento; son, en suma, improvisaciones, de acuerdo con la más antigua forma de la poesía semítica.

---



---

## IV.

### Cantos de amor.

La situacion de las mujeres en España era más libre que entre los otros pueblos mahometanos. En toda la cultura intelectual de su tiempo tomaban parte las mujeres, y no es corto el número de aquéllas que alcanzaron fama por sus trabajos científicos ó disputando á los hombres la palma de la poesía. Tan alta civilizacion fué causa de que se les tributase en España una estimacion que jamas el Oriente musulman les habia tributado. Miéntras que allí, con raras excepciones, el amor se funda sólo en la sensualidad, aquí arranca de una más profunda inclinacion de las almas, y ennoblece las relaciones entre ambos sexos. A menudo el ingenio y el

saber de una dama tenían tan poderoso atractivo para sus adoradores, como sus prendas y hechizos corporales; y una inclinacion comun á la poesía ó á la música solia formar el lazo que ligaba dos corazones entre sí (1).

En testimonio de lo dicho, los cantos de amor de los árabes españoles manifiestan, en parte, una pasmosa profundidad de sentimientos. Algunos respiran una veneracion fervorosa de la mujer, á la cual era extraña la Europa cristiana de entónces. En los movimientos y voces del alma de estos cantares se halla una mezcla de blandos arrobos y de violentas pasiones, que recuerdan la moderna poesía por el melancólico amor á la soledad, y por la extática y soñadora contemplacion de la naturaleza.

Con todo, un extraordinario esplendor de colorido y otras muchas calidades nos hacen pensar en el origen oriental de estos cantos. Trasportémonos por un momento, á fin de conocerlos mejor en su esencia y propiedades, bajo el hermoso cielo de Andalucía, donde nacieron. Anochece; la voz del muecin se ha oido convocando para la oracion; los fieles entran en las mezquitas; el silencio reina sobre el cerro á

---

(1) MAKKARI, II, 626, etc.

orillas del río; su peñascosa cima está coronada por las almenadas torres y chapiteles de un alcázar; con los últimos resplandores del sol, brillan los dorados alminares de la ciudad; las sombras de los cipreses se proyectan con más extension; por los arcos de herradura de los ajimeces se percibe movimiento; por entre las rejas se ven vagar blancos velos; y, murmurando y alzándose por cima de las copas de los granados, se oye subir del valle el sonido de un laud. Una voz canta:

Por la inmensidad del cielo  
Con afan mis ojos giran,  
En las estrellas buscando  
La luz de tu faz querida.  
En pos del rastro oloroso  
Que tu beldad comunica,  
Voy por todos los senderos  
Y detengo al que camina.  
Parar los vientos ansío,  
Por si en sus alas envías  
Un eco de tus palabras,  
Una nueva de tu vida.  
Por si pronuncian tu nombre,  
Mi oído anhelante espía,  
Y en todo rostro encubierto  
Mi mente el tuyo imagina (1).

---

(1) MAKKARI, I, 517. De At-Tortuschi.

Otra voz canta:

Di á mi amada, mensajero,  
Que me da muerte su amor,  
Y que la muerte prefiero  
A tan acerbo dolor.  
Desdeñosa ó enojada,  
Sólo á morir me convida,  
Mas con su dulce mirada  
Puede volverme la vida (1).

Otra tercera voz dice:

Desde que me dejaste,  
Y á los brazos de otro te anudaste,  
Es mi vida tan negra y tan amarga  
Como la noche larga.  
Dime, infiel; di, gacela fugitiva,  
¿No recuerdas las noches deliciosas  
En que gocé de tu beldad, cautiva  
En cadenas y tálamo de rosas?  
¿Así olvidas el lazo que formamos,  
De un collar perlas y de un tronco ramos?  
El mismo manto entónces nos ceñía,  
Era tu forma una con la mia,  
Y de dorada luz un limpio velo  
Nos echaban los astros desde el cielo (2).

---

(1) AL-HOLAT, 157. De Ferhun-Ben-Abdalah.

(2) AL-HOLAT, 113. De Abdalah-Ben-Abd-ul-Aziz.



Para comprender de cuánta ternura de sentimientos eran capaces las almas más nobles y delicadas de los árabes españoles, se debe leer la descripción del amor juvenil de uno de los más importantes escritores del siglo xi, tal como él mismo nos la ha dejado escrita.

«En el palacio de mi padre, dice Ibn-Hazm (1), vivía una jóven, que recibía allí su educación. Tenía diez y seis años, y ninguna otra mujer se le podía comparar en beldad, entendimiento, modestia, discreción y dulzura. Las pláticas amorosas, el burlar y el reír no eran de su gusto, por lo cual hablaba poco.

»Nadie osaba levantar hasta ella sus pensamientos, y sin embargo, su hermosura conquistaba todos los corazones, pues, aunque orgullosa y reservada en dar muestras de su favor, era más seductora que las que conocen á fondo el arte de encadenar á los hombres. Su modo de pensar era muy severo y no mostraba inclinación alguna por los vanos deleites, pero tocaba el laud de un modo admirable. Yo era entonces muy mozo, y sólo pensaba en ella. A veces la oía hablar, pero siempre en presencia de otros, y en balde busqué durante dos años una ocasión

---

(1) Dozy, *Histoire*, III, 344, etc.

de hablarle sin testigos. Ocurrió en esto que se dió en nuestra casa una de aquellas fiestas que se acostumbran en los palacios de los grandes, á la cual asistieron las mujeres de nuestra casa y las de la de mi hermano, y donde, por último, estuvieron convidadas tambien las mujeres de nuestros clientes y más distinguidos servidores. Despues de pasar una parte del dia en el palacio, fueron éstas á un pabellon, desde donde se gozaba de una magnífica vista de Córdoba, y tomaron asiento en un sitio desde el cual los árboles de nuestro jardin no estorbaban la vista. Yo fuí con ellas, y me acerqué al hueco de la ventana donde se encontraba la jóven; mas apenas me vió á su lado, cuando con graciosa ligereza se huyó hácia otra parte del pabellon. Yo la seguí, y se me escapó de nuevo. Mis sentimientos le eran ya harto conocidos, porque las mujeres poseen un sentido más perspicaz para descubrir las huellas del amor que se les profesa, que el de los beduinos para reconocer la vereda trillada en sus excursiones nocturnas por el desierto. Por dicha, ninguna de las otras mujeres advirtió nada de lo ocurrido, porque estaban todas muy embelesadas con la vista, y no prestaban atencion.

»Cuando más tarde bajaron todas al jardin,

las que tenían mayor influjo por su posición ó por su edad, rogaron á la dama de mis pensamientos que entonase un cantar, y yo uní mi ruego á los de ellas. Así rogaba, empezó, con una timidez que á mis ojos realzaba más sus encantos, á pulsar el laud, y cantó los siguientes versos de Abbás, hijo de Ahnaf:

»En mí sol pienso sólo,  
En mí muchacha linda.  
¡Ay, que perdí su huella  
Tras de pared sombría!  
¿Es de estirpe de hombres,  
Ó de los genios hija?  
Ejerce de los genios  
El poder con que hechiza;  
De ellos tiene el encanto,  
Pero no la malicia.  
Es su cara de perlas,  
Su talle palma erguida,  
Blando aroma su aliento,  
Ella gloria y poesía.  
Sér de la luz creado,  
Graciosamente agita  
La veste vaporosa,  
Y ligera camina;  
Su pié no quiebra el tallo  
De flores ni de espigas.

»Mientras que cantaba, no fueron las cuerdas de su laud, sino mi corazón, lo que hería

con el plectro. Jamas se ha borrado de mi memoria aquel dichoso dia, y aún en el lecho de muerte he de acordarme de él. Pero desde entónçes, nunca más volví á oir su dulce voz, ni volví á verla en mucho tiempo.

»No la culpes, decia yo en mis versos, si es esquivia y huye. No merece por esto tus quejas. Hermosa es como la gacela y como la luna, pero la gacela es tímida, y la luna inasequible á los hombres.

»Me robas la dicha de oir tu dulce voz, decia yo además, y no quieres deleitar mis ojos con la contemplacion de tu hermosura. Sumida del todo en tus piadosas meditaciones, entregada á Dios por completo, no piensas más en los mortales. ¡Cuán dichoso Abbás, cuyos versos cantaste! Y sin embargo, si aquel gran poeta te hubiese oido, se hubiera llenado de tristeza, te hubiera envidiado como á su vencedora, porque, miéntras que cantabas sus versos, ponias en ellos un sentimiento de que el poeta carecia, ó que no supo expresar.

»Entre tanto sucedió que, tres dias despues que Mahdi subió al trono de los califas, abandonamos nuestro nuevo palacio, que estaba en la parte de Oriente de Córdoba, en el arrabal de Zahira, y nos fuimos á vivir á nuestra antigua

morada, hácia el Occidente, en Balat-Mogith; pero, por razones que es inútil exponer aquí, la jóven no se vino con nosotros. Cuando Hischam II subió otra vez al trono, caímos en desgracia con los nuevos dominadores; nos sacaron enormes sumas de dinero, nos encerraron en una cárcel, y cuando recobramos la libertad, tuvimos que escondernos. Entónces vino la guerra civil; todos tuvieron mucho que padecer, y nuestra familia más que todos. Entre tanto murió mi padre el 21 de Junio de 1012, y nuestra suerte no se mejoró en nada. Cierta dia, asistiendo yo á las exequias de un pariente, reconocí á la jóven en medio de las mujeres que componian el duelo. Muchos motivos tenía yo entónces para estar melancólico; se diria que venian sobre mí todos los infortunios, y sin embargo, no bien la volví á ver, me pareció que lo presente, con todas sus penas, desaparecia como por encanto. Ella evocó y trajo de nuevo á mi memoria mi vida pasada, aquellos dias hermosos de mi amor juvenil, y por un momento volví á ser jóven y feliz, como ya lo habia sido. Pero ¡ay, este momento fué muy corto! Pronto volví á sentir la triste y sombría realidad, y mi dolor, acrecentado con las angustias de un amor sin esperanza, se hizo más devorador y violento.

»Ella llora por un muerto que todos estimaban y honraban, decia yo en unos versos que en aquella época compuse; pero el que vive aún tiene más derecho á sus lágrimas. Es extraordinario que compadezca á quien ha muerto de muerte natural y tranquila, y que no tenga compasion alguna de aquel á quien deja morir desesperado.

»Poco tiempo despues, cuando el ejército de los berberiscos se apoderó de la capital, fuimos desterrados, y yo tuve que abandonar á Córdoba en el verano de 1013. Cinco años se pasaron entónces, durante los cuales no vi á la jóven. Por último, cuando en el año de 1018 volví á Córdoba, fuí á vivir á casa de uno de mis parientes, donde la encontré de nuevo; pero estaba tan cambiada, que apenas la reconocí, y tuvieron que decirme quién era. Aquella flor, que habia sido el encanto de cuantos la miraban, y que todos hubieran tomado para sí, á no impedirlo el respeto, estaba ya marchita; apenas le quedaban algunas señales de que habia sido hermosa. En aquellos infelices tiempos, la que habia sido criada entre la abundancia y el lujo de nuestra casa, se vió de pronto en la necesidad de acudir á su subsistencia por medio de un trabajo excesivo, no cuidando de sí misma ni de su

hermosura. ¡Ay, las mujeres son flores delicadas; cuando no se cuidan, se marchitan! La beldad de ellas no resiste, como la de los hombres, á los ardores del sol, á los vientos, á las inclemencias del cielo y á la falta de cuidado. Sin embargo, tal como ella estaba, áun hubiera podido hacerme el más dichoso de los mortales si me hubiese dirigido una sola palabra cariñosa; pero permaneció indiferente y fria, como siempre habia estado conmigo. Esta frialdad fué poco á poco apartándome de ella. La pérdida de su hermosura hizo lo restante.

»Nunca dirigí contra ella la menor queja. Hoy mismo no tengo nada que echarle en cara. No me habia dado derecho alguno para estar quejoso. ¿De qué la podia yo censurar? Yo hubiera podido quejarme si ella me hubiese halagado con esperanzas engañadoras; pero nunca me dió la menor esperanza; nunca me prometió cosa alguna.»

Hasta aquí lo que refiere Ibn-Hazm de los amores de su juventud. Si examinamos ahora algunos cantos de amor de diversos autores, verémos qué variedad de tonos hay en ellos. El siguiente expresa el alborozo de un alma embriagada de felicidad al ver cumplidos todos sus deseos:

¡Alah permite que triunfe,  
Y al fin la puerta me abre,  
Por donde en noche sombría  
El alba espléndida sale!  
Alba (1) su amor me concede;  
Amigos, felicitadme,  
Que á durar más su desden,  
Muriera yo de pesares.  
¡Oh alcores! ¡oh verdes ramos,  
Florida gala del valle!  
¡Y tú, gacela, Alba mia,  
Que mi noche iluminaste!  
Pronto despierta cualquiera  
De la embriaguez en que cae;  
Mas la que tú me infundiste  
Jamás podrá disiparse.  
No hay censor que me la quite,  
Aunque me reprenda grave;  
El mal llegó á tal extremo,  
Que no me le cura nadie (2).

El mismo júbilo inspira esta otra composición:

No bien el sol se hundiera entre celajes de oro,  
Y mostrase la luna su claro resplandor,  
Me prometió la dama gentil á quien adoro  
Venir á mi morada en alas del amor.

---

(1) Subh, el alba, la luz de la mañana, nombre árabe de mujer.

(2) MAKKARI, I, 662.



Y vino, como viene la luz de la mañana,  
Cuando nace en Oriente, y dora y besa el mar,  
Aérea deslizándose, y eual rosa temprana,  
El ambiente llenando de aromas al pasar.  
Como en cada capítulo del Alcoran severo  
Besa todas las letras el piadoso lector,  
Do estampaba la huella su breve pié ligero,  
Besaba yo la tierra con amante fervor.  
Iluminó mi estancia, eual la luna radiante;  
Mientras todos dormían, velábamos allí;  
Y yo no me cansaba de besar su semblante  
Y de estrecharla al seno con dulce frenesí.  
Al fin á separarnos nos obligó la aurora.  
¡Noche Al-Kadir! (1) ¡oh noche bendita por Alah!  
Más goces y misterios y dichas atesora  
La noche que á su lado bendito pasé ya (2).

No son ménos apasionados los versos en que  
la princesa Umm-ul-Kiram celebra á su querido  
Sammar:

¿Quién extraña el amor que me domina?  
Él solo le mantiene,  
Rayo de luna que á la tierra viene,

---

(1) La noche en que el Coran increado fué  
traído, por orden de Alah, desde el sétimo cielo  
al cielo de la luna, desde donde el arcángel San  
Gabriel se le llevó al Profeta. Los mahometanos  
creen que esta noche, llena de misterios, se re-  
nueva cada año.

(2) MAKKARI, II, 134.

Y con su amor mis noches ilumina.  
Él es todo mi bien, toda mi gloria;  
Cuando de mí se aleja,  
Ansioso el corazon, nunca le deja,  
Y le guarda presente la memoria (1).

Cualquiera pensaria, al leer la siguiente composicion de Said-Ibn-Dschudi, que es obra de un *minnesanger* ó de un trovador. Y sin embargo, el poeta autor de los versos vivió mucho ántes, en el siglo ix:

Desde que su voz oí,  
Paz y juicio perdí;  
Y su dulce cantilena  
Me dejó tan sólo pena  
Y ansiedad en pos de sí.  
Jamás á verla llegué,  
Y en ella pensando vivo;  
De su voz me enamoré,  
Y mi corazon cautivo  
Por su cantar le dejé.  
Quien por tí, Dschejana, llora,  
Tu nombre, escrito en el seno,  
Pronuncia, y piedad implora,  
Cual un monje nazareno  
De aquella imágen que adora (2).

---

(1) MAKKARI, II, 538.

(2) AL-HOLAT, 86.—DOZY, *Histoire*, II, 228.

Esta otra breve cancion parece un suspiro arrancado de lo íntimo del pecho por el dolor de la ausencia:

Léjos de tí, hermosa,  
La pena me causas  
Que un pájaro siente  
Si quiebran sus alas.  
Sobre el mar anhelo  
Volar do te hallas,  
Ántes que la ausencia  
La muerte me traiga (1).

Muchos de los cantares cortos recuerdan de una manera pasmosa las seguidillas improvisadas, que todas las noches se cantan, al són de la guitarra, bajo los balcones de Andalucía. Así las que siguen:

En el cielo la luna  
Radiante luce,  
Pero pronto se vela  
De negras nubes;  
Que, al ver tu cara,  
Envidiosa se esconde  
Y avergonzada (2).

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Abul-Fadhl-Iyad*.

(2) MAKKARI, I, 386.

Una eternidad dura  
La noche triste  
Para el enamorado  
Que llora y gime;  
Mientras él vela,  
Ni querida ni amigos  
Oyen sus quejas (1).

La desdicha me tiene  
De tí muy léjos,  
Mas á tu lado vive  
Mi pensamiento:  
Tu dulce imágen,  
Vagando ante mis ojos,  
Llorar me hace (2).

Una idea que se repite á menudo es la de que dos amantes se ven mutuamente en sueños durante la ausencia, y de esta suerte hallan algun consuelo en su afliccion. Ibn-Chafadche canta:

Envuelta en el denso velo  
De la tenebrosa noche,  
Vino en sueños á buscarme  
La gacela de los bosques.  
Vi el rubor que en sus mejillas  
Celeste púrpura pone,  
Besé sus negros cabellos,

---

(1) IBN-CHALIKAN, en el art. *Al-Husri*.

(2) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-Hazm*.

Que por la espalda descoge,  
Y el vino aromoso y puro  
De nuestros dulces amores,  
Como en limpio, intacto cáliz,  
Bebí en sus labios entónces.  
La sombra, rápida huyendo,  
En el Occidente hundióse,  
Y con túnica flotante,  
Cercada de resplandores,  
Salió la risueña aurora  
A dar gozo y luz al orbe.  
En perlas vertió el rocío,  
Que de las sedientas flores  
El lindo seno entreabierto  
Ansiosamente recoge:  
Rosas y jazmines daban  
En pago ricos olores.  
Mas para tí y para mí,  
¡Oh gacela de los montes!  
¿Qué más rocío que el llanto  
Que de nuestros ojos corre? (1).

Ibn-Derradsch expresa el mismo pensamiento más sencillamente:

Si en los jardines que habita  
Me impiden ver á mi dueño,  
En los jardines del sueño  
Nos daremos una cita (2).

---

(1) MAKKARI, I, 458.

(2) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-Derradsch*.

En la cancion que sigue reproduce la misma idea el príncipe heredero Abdurrahman:

¡Oh desdeñosa gacela mia!  
Tu dulce boca nunca me envia  
Palabra alguna que dé consuelo.  
¡Qué mal respondes á tanto anhelo!  
¡Qué mal me pagas tanto amor!  
Como con flechas enherboladas  
Hieres mi alma con tus miradas,  
Y ni das bálsamo para la herida,  
Ni esa tu hermosa forma querida  
Mandas en sueños al amador (1).

Estos otros versos respiran una pasion tierna y profunda:

¿No tendrá fin esta noche?  
¿No dará jamas alivio  
El alba á quien vela y gime  
De tu hermosura cautivo?  
El dolor me oprime el seno,  
Y del corazon herido  
Arranea violentamente  
Apasionados suspiros.  
En la cama me revuelvo,  
Sin quedar nunca tranquilo,  
Cual si estuviese erizada  
De mil puñales buidos.

---

(1) AL-HOLAT, 166.

Enamorado me quejo,  
Y á tí mis ayes dirijo;  
Sé piadosa, oh muy amada,  
Sé ménos dura conmigo.  
Mas sólo quien de amor sabe  
Comprenderá mi martirio,  
Cuánto queman las heridas  
Que amor en mi pecho hizo;  
Tú no, que en vez de sanarlas,  
Las renuevas con ahinco,  
Y al fin me hieres de muerte,  
Del alma en el centro mismo (1).

En esta otra composicion hay un sentimiento más blando:

Pon en tu pecho brío,  
¡Oh mi querida Selma!  
Á fin de que resistas  
El dolor de la ausencia.  
Al apartarme ahora  
De tu sin par belleza,  
Soy como condenado  
Que aguarda la sentencia;  
Pues nunca manda el cielo  
Más espantosa pena  
Que la de separarse  
Dos almas que se quieran.  
Separacion y muerte  
Igual dolor encierran,

---

(1) GRANGERET, *Antologie arabe*, Núm. 44.

Aunque al muerto acompañen  
Con llantos á la huesa.  
De nuestro amor se rompe  
La florida cadena,  
El nudo de mi pecho  
Y tu pecho se quiebra.  
Ramos del mismo troneo  
Son esta angustia acerba  
Y el placer que tuvimos  
En comunión estrecha.  
Siempre el mayor deleite  
Mayor pesar engendra,  
Y la más dulce vida  
Más amarga tristeza (1).

Por último, muchas de las poesías eróticas de los árabes españoles son, como acontece á menudo con los versos de los pueblos meridionales, más bien que la expresión inmediata del sentimiento, un ingenioso juego de palabras, y una multitud de imágenes acumuladas por la fantasía y el entendimiento reflexivo. A esta clase pertenecen las composiciones que voy á citar.

De IBN-CHAFADSCHE:

Cuántas noches contigo, deliciosas,  
Vino en el mismo cáliz yo bebía,  
Y nuestro hablar suave parecía  
El susurro del céfiro en las rosas.

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *As-Subaidi*.



Perfume dulce el cáliz exhalaba;  
Pero más nuestros juegos; más las flores  
Que de tu seno y ojos seductores  
Y de tus frescos labios yo robaba.  
Sueño, embriaguez, un lánguido quebranto  
Rindió tu cuerpo hermoso,  
Que entre mis brazos á posarse vino;  
Pero la sed, en tanto,  
Apagar quiso el corazon ansioso,  
De tu boca en el centro purpurino.  
Fué entónces limpia y rutilante espada  
Y fué bruñido acero tu figura,  
Al desnudar la rica vestidura  
Tan primorosamente recamada.  
Y yo estreché con lazo cariñoso  
Tu esbelto talle y delicado seno,  
Y besé tu sereno  
Rostro, que sol hermoso  
Para mi bien lucia,  
Dando sér á mi alma y alegría.  
Toqué con ambas manos  
Toda la perfeccion de tu hermosura,  
Anchas caderas y cintura breve,  
Y dos alcores cándidos, lozanos,  
Que separa de un valle la angostura  
Y que están hechos de carmin y nieve (1).

---

(1) MAKKARI, I, 458.—En la primera edicion de esta obra no me atreví á traducir los últimos versos de esta composicion, donde el poeta no se puede negar que entra en pormenores nada platónicos; pero, no sin vacilar, me he decidido á traducirlo todo en esta segunda edicion, por-

De IBN-BAKI:

Cuando el manto de la noche  
Se extiende sobre la tierra,  
Del más oloroso vino  
Brindo una copa á mi bella.  
Como talabarte cae  
Sobre mí su cabellera,  
Y como el guerrero toma  
La limpia espada en la diestra,  
Enlazo yo su garganta,  
Que á la del cisne asemeja.  
Pero al ver que ya reclina,  
Fatigada, la cabeza,  
Súavemente separo  
El brazo con que me estrecha,  
Y pongo sobre mi pecho  
Su sien, para que allí duerma.  
¡Ay! el corazon dichoso  
Me late con mucha fuerza.  
¡Cuán intranquila almohada!  
No podrá dormir en ella (1).

De IBN-SARA:

Con su gracia y sus hechizos  
Enciende en mi corazon

---

que así queda mi trabajo completo, y al fin, los lectores castos y timoratos pronto pasarán el disgusto, y me lo perdonarán, considerando que soy traductor fiel, y que es un mahometano quien se desliza.

(1) MAKKARI, II, 141.

Una vehemente pasión  
La niña de negros rizos.  
No da sombra á su mejilla,  
Sobre los claveles rojos,  
El cabello, porque brilla  
Cual sus, negrísimos ojos (1).

De ABD-ALAH-BEN-ABD-UL-AZIZ:

Danos ventura, mostrándote,  
¡Oh luna de las mujeres!  
¿Habrá más dulce ventura  
Que la ventura de verte?  
Todos dicen á una voz,  
Donde quiera que apareces:  
¡Ya ilumina nuestra noche  
La luna resplandeciente!  
Pero yo al punto replico  
Que la luna sólo tiene  
Una noche luz cumplida,  
Y tú la difundes siempre.  
Por Alah juro, señora,  
Que hasta el sol, cuando amanece,  
No sale á dar luz al mundo  
Mientras tú no se lo ordenes;  
Porque ¿cómo podrá el sol  
Teñir de grana el Oriente,  
Sin que tus frescas mejillas  
Vivo rosicler le presten? (2).

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-Sara*.

(2) AL-HOLAT, p. 112.

De AR-RUSAFI.—*A una tejedora.*

Olvida tus amores,  
Me dicen los amigos;  
No es digna la muchacha  
De todo tu cariño. ,  
Yo siempre les respondo:  
Vuestro consejo admito;  
Mas seguirle no puede  
Mi corazon cautivo.  
De su dulce mirada  
Me retiene el hechizo,  
Y el olor que en sus labios  
Entre perlas respiro.  
Si echa la lanzadera,  
Brincan todos los hilos,  
Y mi corazon brinca,  
Y versos la dedico.  
Si en el telar sentada,  
Forma un bello tejido,  
Me parece que urde.  
Y trama mi destino.  
Mas si entre las madejas  
Trabajando la miro,  
Me parece una corza  
Que en la red ha caido (1).

De IBN-AL-ABBAR.—*La cita nocturna.*

Recatándose medrosa  
De la gente que la espía,

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Ar-Rusafi*.

Con andar tácito y ágil  
Llegó mi prenda querida.  
Su hermosura por adorno,  
En vez de joyas, lucia.  
Al ofrecerle yo un vaso  
Y darle la bienvenida,  
El vino en su fresca boca  
Se puso rojo de envidia.  
Con el beber y el reir  
Cayó en mi poder rendida. .  
Por almohada amorosa  
Le presenté mi mejilla.  
Y ella me dijo: en tus brazos  
Dormir anhelo tranquila.  
Durante su dulce sueño  
A robar mil besos iba;  
Mas ¿quién sacia el apetito  
Robando su propia finea?  
Mientras esta bella luna  
Sobre mi seno yacia,  
Se oscureció la otra luna,  
Que los cielos ilumina.  
Pasmada dijo la noche:  
¿Quién su resplandor me quita?  
¡Ignoraba que en mis brazos  
La luna estaba dormida! (1).

De OMAÏA-IBN-ABBI-SALT.—*1 una bella escanciadora.*

Más que el vino que escancia,  
Vierte rica fragancia

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-al-Abbar*.

La bella escanciadora,  
Y más que el vino brilla  
En su tersa mejilla  
El carmin del aurora.  
Pica, es dulce y agrada  
Más que el vino su beso,  
Y el vino y su mirada  
Hacen perder el seso (1).

Estos delicados versos son del príncipe Izz-ul-Daula:

Lleno de afan y tristeza,  
Este billete te escribo,  
Y el corazon, si es posible,  
En el billete te envío.  
Piensa al leerle, señora,  
Que hasta tí vengo yo mismo;  
Que sus letras son mis ojos  
Y te dicen mi cariño.  
De besos cubro el billete,  
Porque pronto tus pulidos  
Blancos dedos romperán  
El sello del sobreescrito (2).

El poeta Abn-Aamir dirigió á la hermosa Hinda, tan célebre por su talento en música y poesía, la siguiente invitacion para que viniese á su casa con el laud:

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Omayya-Ibn-Abi-Salt*.

(2) Dozy, *Recherches*, 111.

Vén á mi casa; ansía tu presencia  
Un círculo de amigos escogido;  
Escrúpulo no tengas de conciencia,  
Que no se beberá nada prohibido.  
Vén, Hinda; que agua clara  
Sólo como refresco se prepara.  
De ruiseñores un amante coro  
En mi jardín oímos;  
Mas todos preferimos  
Tu voz suave y tu laud sonoro.

Apénas hubo leído estas líneas, escribió  
Hinda en el respaldo de la carta:

Señor, en quien la nobleza  
Y la elevacion se unen,  
Que allá en los siglos remotos  
Hubo en los hombres ilustres,  
Hinda cède á tu deseo,  
Y al punto á tu casa acude;  
Ántes que tu mensajero,  
Quizás ella te salude (1).

Abdurrahman II amaba con pasion á la hermosa Tarub, la cual se aprovechaba á menudo interesadamente de esta inclinacion. Una vez se mostró tan enojada y zahareña, que se encerró en su estancia, donde el Califa no logró penetrar en largo tiempo. Para hacérsela propicia y

---

(1) MAKKARI, II, 634.

atraerla de nuevo á sus brazos, mandó entónces poner muchos sacos de oro á la puerta. A esto ya no pudo resistir la hermosa Tarub; abrió la puerta y se arrojó en los brazos de su régio y espléndido amante, miéntras que las monedas de oro rodaban á sus piés por el suelo. En otra ocasion regaló Abdurrahman á esta muchacha un collar que valia diez mil doblas de oro. Uno de los visires se maravilló del alto precio del presente, y el Califa respondió: «Por cierto que la que ha de llevar este adorno es aún más preciosa que él: su cara resplandece sobre todas las joyas.» De esta suerte se extendió más aún alabando la hermosura de su Tarub, y pidió al poeta Abdalah-ben-usch-Schamr que dijese algo en verso sobre aquel asunto. El poeta dijo:

Para Tarub son las joyas;  
Dios las formó para ella.  
Vence á su luna y al sol  
El brillo de la belleza.  
Al dar la voz creadora  
Sér al cielo y á la tierra,  
Cifró en Tarub el dechado  
De todas sus excelencias.  
Ríndale, pues, un tributo  
Cuanto el universo encierra;  
Los diamantes en las minas,  
Y en el hondo mar las perlas.



Abdurrahman halló muy de su gusto estos versos, y tambien él improvisó los que siguen:

Excede á toda poesía  
La poesía de tus versos.  
¿Quién no te admira, si tiene  
Corazon y entendimiento?  
Tus cantares se deslizan  
En lo profundo del pecho,  
Pasando por los oídos  
Con un mágico embeleso.  
De cuanto formó el Criador  
Para ornar el universo,  
Es esta linda muchacha  
Cifra, dechado y modelo.  
Sobre jazmines las rosas  
En sus mejillas contemplo;  
Es como jardín florido,  
Es mi deleite y mi cielo.  
¿Qué vale el collar de perlas  
Que rendido le presento?  
Mi corazon y mis ojos  
Lleva colgados al cuello (1).

---

(1) AL-BAYAN, II, 95.—Conde traduce esta composicion y la anterior, así como una de las que escribió Abdurrahman I á la Palma y los terribles versos del festin de Damasco. Las traducciones de Conde me parecen ménos concisas, enérgicas y claras que las de Schack, pero no diferentes en el sentido ni faltas de mérito. (*N. del T.*)

Hafsa, célebre poetisa granadina, no ménos encomiada por su hermosura que por su extraordinario talento, tenía relaciones amorosas con el poeta Abu-Dschafer. El Gobernador de Granada puso en ella los ojos, y como celoso, empezó á tender lazos contra su rival. Hafsa se vió obligada á obrar con mucho recato, y estuvo dos meses sin contestar á un billete que su amante le habia escrito pidiéndole una cita. Abu-Dschafer le volvió á escribir entónces:

Tú, á quien escribí el billete,  
A nombrarte no me atrevo,  
Di, ¿por qué no satisfaces  
Mi enamorado deseo?  
Tu tardanza me asesina;  
De afan impaciente muero.  
¡Cuántas noches he pasado  
Dando mil quejas al viento  
Cuando las mismas palomas  
No perturban el silencio!  
¡Infelices los amantes  
Que del adorado dueño  
Ni una respuesta consiguen,  
Ni esperanza ni consuelo!  
Si es que no quieres matarme  
De dolor, responde presto.

Abu-Dschafer envió á su querida este segundo billete con su esclavo Asam, y ella con-

testó al punto en el mismo metro y con la misma rima:

Tú, que presumes de arder  
En más encendido afecto,  
Sabe que me desagradan  
Tu billete y tus lamentos.  
Jamás fué tan quejumbroso  
El amor que es verdadero,  
Porque confía y desecha  
Los apocados recelos.  
Contigo está la victoria:  
No imagines vencimientos.  
Siempre las nubes esconden  
Fecunda lluvia en el seno,  
Y siempre ofrece *la Palma*  
Fresca sombra y blando lecho.  
No te quejes; que hartó sabes  
La causa de mi silencio.

Hafsa entregó esta contestación al mismo esclavo que le había traído el billete de Abu-Dschafer, y al despedirle, prorumpió en invectivas contra él y contra su amo. «Mal haya, dijo, el mensajero, y mal haya quien le envía. Ambos son para poco y no quiero tratar con ellos.» El esclavo volvió muy afligido adonde estaba Abu-Dschafer, y mientras éste leía la respuesta, no cesó de quejarse de la crueldad de Hafsa. Cuando Abu-Dschafer hubo leído, le interrumpió.

pió, exclamando: «Necio, ¿qué locura es ésa? Hafsa me promete una cita en el kiosko de mi jardín que se llama *la Palma*.» En efecto, se apresuró á ir allí, y Hafsa no se hizo esperar mucho tiempo. Abu-Dschafer quiso darla nuevas quejas, pero la poetisa dijo:

Ya basta; juntos estamos;  
Cuanto ha pasado olvidemos (1).

El grande Almansur estaba sentado una vez, en compañía del visir Ab-ul-Mogira, en los jardines de su magnífico palacio de Zahara. Mientras que ambos se deleitaban bebiendo vino, una hermosa cantadora, de quien Almansur estaba enamorado, pero que amaba al Visir, entonó esta canción:

Ya el sol en el horizonte  
Con majestad se sepulta,  
Y con sus últimos rayos  
Tiñe el ocaso de púrpura.  
Como bozo en las mejillas,  
Se extiende la noche oscura  
Por el cielo, donde luce,  
Dorada joya, la luna.

---

(1) MAKKARI, II, 140.

En la copa cristalina  
Que como hielo deslumbra,  
Del vino los bebedores  
El fuego líquido apuran.  
Entre tanto, confiada,  
He incurrido en grave culpa;  
Pero su dulce mirar  
El corazon me subyuga.  
Le vi, y al punto le amé;  
Él huye de mi ternura,  
Y con estar á mi lado  
La está haciendo más profunda.  
A caer entre sus brazos  
Enamorada me impulsa,  
Y á suspenderme á su cuello  
En deleitosa coyunda.

Ab-ul-Mogira fué tan poco circunspecto, que  
contestó á la cancion de esta manera:

Para llegar hasta tí  
Abrir camino pretendo,  
Y una muralla le cierra  
De amenazantes aceros;  
Mas por lograr tu hermosura  
Perdiera la vida en ellos,  
Si supiese que me amas  
Con un amor verdadero;  
Pues el que noble nació  
Y se propone un objeto,  
Ni ante el peligro se pára,  
Ni retrocede por miedo.

Almansur se levantó furioso, sacó su espada, y gritó con voz de trueno á la cantarina: «Confiesa la verdad; tu cancion iba dirigida al Visir.— Una mentira aún pudiera salvarme acaso, contestó ella; pero no quiero mentir. Sí; su mirada ha penetrado en mi corazon; el amor me ha obligado á declarar lo que debí callar. Puedes castigarme, señor; pero eres magnánimo y te complaces en perdonar á los que confiesan su delito.» En seguida añadió, vertiendo lágrimas:

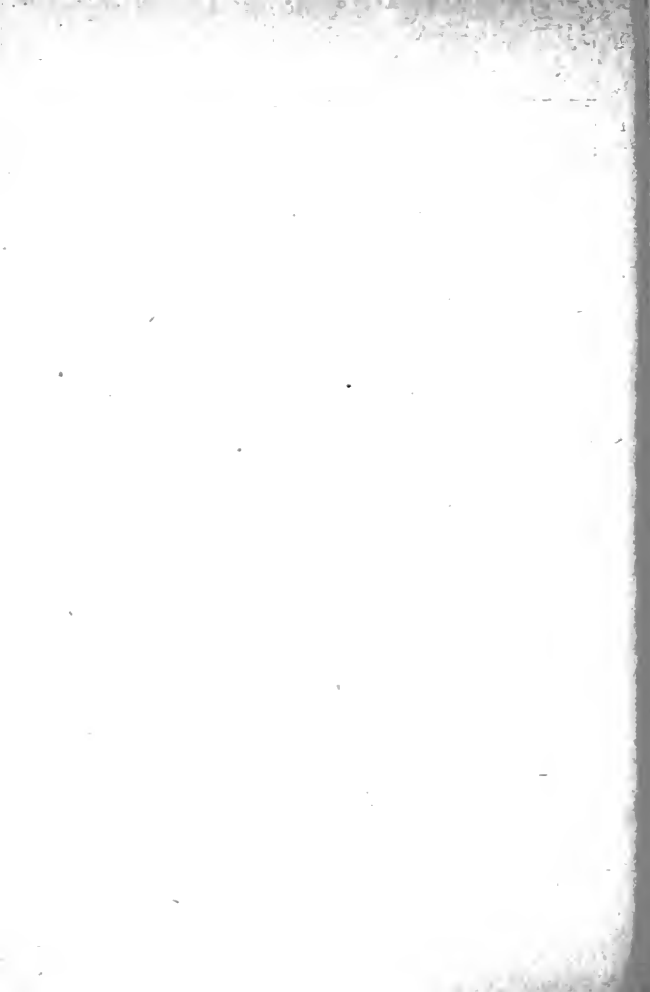
No pretendo sincerarme;  
Mi falta no tiene excusa,  
A lo que el cielo decrete  
Me resigno con dulzura.  
Pero tu poder supremo  
En la clemencia se ilustra:  
Muéstrate, señor, clemente,  
Y perdona nuestra culpa.

Poco á poco fué Almansur calmándose y suavizándose con ella; pero su cólera se volvió contra el Visir, á quien abrumó de reproches. El Visir dejó primero que cayesen sobre él las quejas, y al cabo dijo: «Señor, confieso que he faltado gravemente; pero no podia ser otra cosa. Cada uno es esclavo de su destino y debe someterse á él con calma. Mi destino ha querido que

yo ame á una hermosa á quien nunca debí amar.» Almansur calló al principio, pero respondió finalmente: «Está bien; os perdono á los dos: Ab-ul-Mogira, la muchacha es tuya; yo te la doy» (1).

---

(1) MAKKARÍ, I, 407.





---

---

## V.

### Cantos de guerra.

Desde el momento, dice Ibn-Jaldun, en que España fué conquistada por los mahometanos, esta tierra, como límite de su imperio, se hizo perpétuo teatro de sus santos combates, campo de sus mártires, y puerta de entrada á la eterna bienaventuranza de sus guerreros. Los deliciosos lugares que habitaban los musulimes en esta tierra estaban como fundados sobre fuego devorador, y como entre las garras y los dientes de los leones, porque á los creyentes de España los cercaban pueblos enemigos é infieles, y sus demas correligionarios vivian separados de ellos por el mar» (1).

Sabido es cómo aquel puñado de valientes godos que en el octavo siglo, acaudillados por

---

(1) IBN-CHALDUN, *Historia de los Berberiscos*, I, 273.

Pelayo, conservaron sólo su independencia de los musulmes, defendiéndose en un principio de la cueva de Covadonga, fueron creciendo en número y poder, emprendieron la guerra ofensiva, y volvieron á llevar la bandera de la cruz por toda la Península. Más de siete siglos duró la guerra entre cristianos y moros, en un principio con notable superioridad de los últimos; despues de la caida de los Omiadas, con frecuente y brillante éxito para los primeros. Si todavía, hácia el fin del siglo x, el poderoso Almanсур penetró hasta el corazon de Galicia, arrasó el venerado santuario de Santiago, é hizo traer á Córdoba, sobre los hombros de los prisioneros cristianos, las campanas de las iglesias destruidas, ya en el siglo siguiente Alfonso VI hace tributarios á algunos príncipes mahometanos y conquista á Toledo. Pero más terrible que nunca ardía entónces la pelea. El Islam parecia amenazar á toda Europa. Fervorosas huestes, llenas de religioso fanatismo, se precipitaban de nuevo, y con frecuencia, desde África en la Península, á fin de lanzarse contra los ejércitos cristianos, los cuales, reforzados por caballeros de otros países, y singularmente de Provenza, sólo reconocian la mar por límite de sus atrevidas cruzadas. No hay un palmo de

tierra en todo el territorio español, que no esté regado con la sangre de estos combates de la fe. Cien millares de hombres caian por ambos lados en las espantosas batallas de Zalaca, Alarcos y las Navas de Tolosa, confiados firmemente, los unos en que por tomar parte en el triunfo de la santa cruz alcanzarían el perdón de sus pecados y se harían merecedores del cielo; los otros, en que entrarían como mártires en el paraíso de Mahoma. «A media noche (así describe Rodrigo, arzobispo de Toledo, los preparativos para una gran batalla) resonó en el campamento de los cristianos la voz del heraldo, que los excitaba á todos á que se armasen para la santa guerra. Despues de haberse celebrado los divinos misterios de la pasion, se confesaron y comulgaron todos los guerreros, y se apresuraron armados á salir á la batalla. Las filas estaban en buen orden, y levantando las manos al cielo, dirigiendo á Dios los ojos, y sintiendo en el fondo del corazon el deseo del martirio, se arrojaron todos á los peligros de la batalla, siguiendo las banderas de la cruz é invocando el nombre del Altísimo» (1). Un escritor

---

(1) *Rerum hispan. Scriptores*. Francfort, 1573, pág. 273.

árabe dice: «El poeta Ibn-al-Faradi estaba una vez como peregrino en la Meca, y abrazándose al velo de la Caaba, pidió á Dios Todopoderoso la gracia de morir como mártir. Posteriormente, sin embargo, se presentaron á su imaginacion con tal viveza los horrores de aquella violenta muerte, que se arrepintió de su deseo y estuvo á punto de volver y de rogar á Dios que tuviese por no hecha su súplica; pero la vergüenza le retuvo. Más tarde alcanzó de Dios lo que le habia pedido. Murió como mártir en la toma de Córdoba, y se cuenta que uno que le encontró tendido entre un monton de cadáveres, le oyó murmurar, durante la agonía, y con voz apagada, las palabras siguientes de la santa tradicion: «Todo el que es herido en los combates de la fe (y bien sabe Dios reconocer las heridas que se han recibido por su causa) aparecerá en el dia de la resurreccion con las heridas sangrientas; su color será como sangre, pero su aroma como almizcle.» Apénas hubo dicho estas palabras espiró(1).

Apariciones maravillosas inflamaban por ámbos lados el celo de la religion. Un historiador arábigo refiere: «Abu-Jusuf, príncipe de los creyentes, se pasó en oracion toda la noche que

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-al-Faradi*.

precedió á la batalla de Alarcos, suplicando fervorosamente á Dios que diese á los musulimes la victoria sobre los infieles. Por último, á la hora del alba, el sueño se apoderó de él por breve rato. Pero pronto despertó lleno de alegría; llamó á los jeques y á los santos varones y les dijo: Os he mandado llamar para que os alegréis con la noticia de que Dios nos concede su auxilio. En esta bendita hora acabo de ser favorecido por la revelacion. Sabed que miéntras que estaba yo arrodillado, me sorprendió el sueño por un instante, y al punto ví que en el cielo se abría una puerta y que salía por ella y descendía hácia mi un caballero sobre un caballo blanco. Era de soberana hermosura y difundía dulce aroma. En la mano llevaba una bandera verde, la cual desplegada, parecia cubrir el cielo. Luégo que me saludó, le pregunté: ¿Quién eres? ¡Dios te bendiga! Y él me contestó: Soy un ángel del séptimo cielo, y vengo para anunciarte, en nombre de Alah, la victoria á tí y los guerreros, que siguen tus estandartes, sedientos del martirio y de las celestiales recompensas» (1).

Así como á los árabes se les aparecian los ángeles del séptimo cielo ó el Profeta, los cris-

---

(1) AL-KARTAS, ed. Tornberg, pág. 147.

tianos veían á Santiago, no sólo anunciando la victoria, sino tambien como campeon contra los infieles. Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, cuenta de la batalla de Clavijo: «Los sarracenos avanzaron entónces en portentosa muchedumbre, y las huestes del rey D. Ramiro retrocedieron á un lugar llamado Clavijo. Durante la noche el Rey estaba en duda sobre si aventuraria la batalla. Entónces se le apareció el bendito Santiago y le dió ánimo, asegurándole que al siguiente dia alcanzaria una victoria sobre los moros. El Rey se levantó muy de mañana, y participó á los obispos y á los grandes la vision que habia tenido. Todos dieron por ella gracias á Dios, y llenos de fe en la promesa del Apóstol, se apercibieron á la pelea. Por la otra parte, los sarracenos salieron tambien á combatir, confiados en su mayor número. De este modo se trabó la batalla; pero pronto se desordenaron los moros y se pusieron en fuga. Setenta mil de ellos quedaron muertos en el campo. En esta batalla se apareció el bendito Santiago sobre un caballo blanco y con una bandera en la mano» (1). El cronista general de Galicia dice:

---

(1) RODER. TOLET. *De rebus hispanicis*, lib. IV, cap. XIII.

«Treinta y ocho apariciones visibles de Santiago en otras tantas batallas, en las cuales el Apóstol dió auxilio á los españoles, son enumeradas por el erudito D. Miguel Erce Jimenez; pero yo tengo por cierto que sus apariciones han sido muchas más, y que en cada victoria alcanzada por los españoles, este gran capitán suyo ha venido á auxiliarlos» (1). «Santiago, dice otro escritor español, es en España nuestro amparo y defensa en la guerra; poderoso como el trueno y el relámpago, llena de espanto á los mayores ejércitos de los moros, los desbarata y los pone en fuga» (2).

Aquella grande y secular pelea, que conmovia todos los corazones, halló tambien eco en la poesía. Entre el estruendo de las batallas, el resonar de las armas, los gritos invocando á Aláh y el tañido de las campanas, su voz llega á nuestro oído. Oigámosla, ora excitando al guerrero de la cruz, ora al campeón del Profeta, ya prorumpiendo en cánticos de victoria, ya entonando himnos fúnebres.

---

(1) *Armas y triunfos del reino de Galicia*, pág. 648.

(2) MORALES, *Crónica general de España*, libro IX, cap. VII, seccion 4.<sup>a</sup>

Cuando los cristianos, en el año de 1238, estrechaban fuertemente á Valencia, Ibn-Mardeniseli, que mandaba en la ciudad, enargó al poeta Ibn-ul-Abbar que fuese á África, á la corte del poderoso Abu-Zekería, príncipe de los Hafsidas, á pedirle socorro. Llegado allí, el embajador recitó en presencia de toda la corte la siguiente *kasida*, é hizo tal impresion, que Abu-Zekería concedió al punto el socorro demandado, y envió una flota bien armada á las costas de España.

Abierto está el camino; á tus guerreros guía,  
¡Oh de los oprimidos constante valedor!  
Auxilio te demanda la bella Andalucía;  
La libertad espera de tu heroico valor.  
De penas abrumada, herida ya de muerte,  
Un cáliz de amargura el destino le da;  
Se marchitó su gloria, y sin duda la suerte  
A sus hijos por víctimas ha designado ya.  
Aliento á tus contrarios infunde desde el cielo,  
Y á tí pesar, ¡oh patria! del alba el arrebol;  
Tu gozo cambia en llanto, tu esperanza en recelo  
Cuando á ocultarse baja en Occidente el sol.  
¡Oh vergüenza y oprobio! juraron los cristianos  
Robarte tu amoroso y máspreciado bien,  
Y repartir por suerte á sus besos profanos  
Las mujeres veladas, tesoro del harem.  
La desdicha de Córdoba los corazones parte;  
Valencia aguarda, en tanto, más negro porvenir;  
En mil ciudades flota de Cristo el estandarte;



Espantado el creyente, no puede resistir.  
Los cristianos, por mofa, nos cambian las mezquitas  
En conventos, llevando doquier la destruccion,  
Y doquiera suceden las campanas malditas  
A la voz del almuédano, que llama á la oracion.  
¿Cuándo volverá España á su beldad primera?  
Aljamas suntuosas do se leyó el Corán,  
Huertos en que sus galas vertió la primavera,  
Y prados y jardines arrasados están.  
Las florestas umbrosas, que alegraban la vista,  
Ya pierden su frescura, su pompa y su verdor;  
El suelo se despuebla despues de la conquista;  
Hasta los extranjeros le miran con dolor.  
Cual nube de langostas, cual hambrientos leones,  
Destruyen los cristianos nuestro rico vergel;  
De Valencia los límites traspasan sus pendones,  
Y talan nuestros campos con deleite cruel.  
Los frutos deliciosos que nuestro afan cultiva,  
El tirano destroza y consume al pasar;  
Incendia los palacios, las mujeres cautiva;  
Ni reposa, ni duerme, ni sabe perdonar.  
Ya nadie se le opone; ya extiende hácia Valencia  
La mano para el robo que há tiempo meditó;  
El error de tres dioses difunde su insolencia;  
Por él en todas partes á sangre y fuego entró.  
Mas huirá cuando mire al aire desplegado  
El pendon del Dios único, ¡oh príncipe! por tí;  
Salva de España, salva, el bajel destrozado;  
No permitas que todos perezcamos allí.  
Por tí renazca España de entre tanta ruina,  
Cual renacer hiciste la verdadera fe;  
Ella, como una antorcha, tus noches ilumina,  
En pro de Dios tu acero terrible siempre fué.

Eres como la nube que envia la abundancia;  
La tiniebla disipas como rayo de sol;  
De los almoravides la herética ignorancia  
Ante tu noble esfuerzo amedrentada huyó.  
De tí los angustiados aguardan todavía  
Que les abras camino de paz y de salud;  
Valencia, por mi medio, estas cartas te envia;  
Socorro te demanda; espera en tu virtud.  
Llegamos á tu puerto en nave bien guiada,  
Y escollos y bajos pudimos evitar;  
Por los furiosos vientos la nave contrastada,  
Temí que nos tragasen los abismos del mar.  
Cual por tocar la meta, reconcentra su brío  
Y hace el último esfuerzo fatigado corcel,  
Luchó con las tormentas y con el mar bravío,  
Y en puerto tuyo, al cabo, se refugió el bajel.  
El trono á besar vengo do santo resplandece  
El noble Abu-Zekería, hijo de Abdul-Wahid;  
Mil reinos este príncipe magnánimo merece;  
El manto de su gracia los sabe bien cubrir.  
Su mano besan todos con respeto profundo;  
De él espera el cuitado el fin de su dolor;  
Sus órdenes alcanzan al límite del mundo  
Y á los remotos astros su dardo volador.  
Al alba sus mejillas dan color purpurino;  
Su frente presta al día despejo y claridad;  
Siempre lleva en la mano su estandarte el Destino;  
Aterra á los contrarios su inmensa potestad.  
Entre lanzas fulgura como luna entre estrellas;  
Resplandores de gloria coronan su dosel,  
Y es rey de todo el mundo, y por besar sus huellas,  
Se humillan las montañas y postran ante él.  
¡Oh rey, más que las pléyadas benéfico y sublime!

De España en el Oriente, con brillo y majestad,  
Álzate como un astro, y castiga y reprime  
Del infiel la pujanza y bárbara maldad.  
Lava con sangre el rastro de su invasion profana;  
Harta con sangre ¡oh príncipe! de los campos la sed;  
Riégalos y fecúndalos con la sangre cristiana;  
Venga á España tu ejército esta sangre á verter.  
Las huestes enemigas intrépido destruye;  
Caiga mordiendo el polvo el cristiano en la lid;  
A tus siervos la dicha y la paz restituye;  
Impacientes te aguardan como noble adalid.  
Fuerza será que al punto á defendernos vueles;  
España con tu auxilio valor recobrará.  
Y con lucientes armas y rápidos corceles,  
Al combate á sus hijos heroicos mandará.  
Dinos cuándo tu ejército libertador envias;  
Esto, señor, tan sólo anhelamos saber,  
Del cristiano enemigo para contar los días,  
Y su total derrota y pérdida prever (1).

A esta composicion, que no carece de empuje, brillo y fogosa elocuencia, puede contra-ponerse esta otra en antiguo provenzal, donde el trovador Gavaudan convoca á los cristianos para una cruzada contra el *muwahide* Jacob-Almansur:

«¡Ah, señores! por nuestros pecados crece la arrogancia de los sarracenos. Saladino tomó á Jerusalem y áun la conserva. El Rey de Marrue-

---

(1) IBN-CHALDUN, I, 391.

ecs, con sus árabes insolentes y sus huestes de andaluces, mueve guerra á los príncipes cristianos para extirpar nuestra fe.

»Llama á las tribus guerreras de África, á los moros berberiscos y masamudes, todos juntos, y vienen ardiendo en furia. No cae la lluvia más espesa que ellos, cuando se precipitan sobre el mar. Para pasto de buitres los lleva su rey, como corderos que van á la pradera á destruir vástagos y raíces.

»Y se jactan, llenos de orgullo, de que el mundo entero les pertenece; y se acampan con mofa, amontonados sobre nuestros campos, y dicen: Francos, idos de aquí, porque todo es nuestro hasta Puy, Tolosa y Provenza. ¿Hubo nadie jamás tan atrevido como estos perros sin fe?

»Oye, emperador; oid, reyes de Francia y de Inglaterra; oye, conde de Poitiers; tended una mano protectora á los reyes de España; nunca tendréis mejor ocasion de servir á Dios. ¡Oidme, oidme! Dios os dará victoria sobre los paganos y los renegados, á quienes eiega Mahoma.

»Se nos abre un camino para hacer penitencia de los pecados que Adán echó sobre nosotros. ¡Confíad en la gracia de Jesucristo! Sabed que Jesucristo, de quien dimana la ver-

dadera salud, ha prometido darnos la bienaventuranza y ser nuestro amparo y defensa contra esa canalla feroz.

»Nosotros, que conocemos la verdadera fe, no debemos vender esta promesa á esos perros negros, que se aproximan furiosos desde el otro lado del mar. ¡Sús, pues! apresuraos, ántes que la desgracia caiga sobre nosotros. Por largo tiempo hemos dejado ya solos á Castilla, Aragon, Portugal y Galicia, para que caigan entre sus garras.

»No bien las huestes de Alemaniá, adornadas de la cruz, y las de Francia, Inglaterra, Anjou y Bearn, con nosotros los provenzales, estemos unidos en un poderoso ejército, derrotarémos al de los infieles, cortarémos sus cabezas y sus manos, hasta que no quede nada de ellos, y nos repartirémos el botín.

»Gavaudan el vidente os lo anuncia; los perros serán pasados á cuchillo; y donde Mahoma impera, será adorado Dios en lo futuro» (1).

Pero la prediccion del trovador no se cumplió, porque la batalla de Alarcos puso término

---

(1) RAYNOUARD, IV, 85.

á la cruzada, que él habia convocado, con una terrible derrota de las huestes cristianas (1).

El mismo escritor árabe, de quien hemos copiado la historia de la aparicion que anunció

---

(1) Esto lo decimos de acuerdo con Diez, que supone que la composicion se escribió para la cruzada de 1195. Pero, segun Fauriel (*Histoire de la poesie provençale*, II, 156), la composicion se escribió en 1212, y entónces el poeta profetizó bien, porque la cruzada de aquel año fué coronada, en las Navas de Tolosa, por una brillante victoria de los cristianos.

Soy enemigo de mostrar un celo patriótico intransigente, pero aquí no me es lícito pasar en silencio que tampoco el trovador profetizó bien, áun suponiendo que sus versos se escribieron para la cruzada que hubo ántes de las Navas de Tolosa. Los extranjeros cruzados no hicieron más que regalar-se en Toledo, donde levantaron ademas un alboroto para robar y matar á los judíos; lo que hicieran si, como dice Mariana, no resistiesen los nobles á la canalla, y amparasen con las armas y autoridad á aquella miserable gente. Asimismo estuvieron los extranjeros en la toma de Calatrava, que se entregó casi sin resistencia; despues de lo cual, faltando á lo pactado, querian degollar á todos los rendidos; y apénas, añade el ya citado historiador, se pudo alcanzar que se amansasen por intercesion de los nuestros, que decian cuán justo era y razonable se guardase la fe y segu-

al rey mahometano la victoria durante la noche que precedió á la batalla, refiere la batalla de esta manera: «El maldito Alfonso, enemigo de Dios, se adelantó con todo su ejército para ata-

ridad dada á aquella gente, bien que infiel. Por último, satisfechos ya los extranjeros del botín que se les repartió en Calatrava, y pretextando que hacia mucho calor, se volvieron todos á sus tierras, salvo el Obispo de Narbona y Raimundo de Poitiers con sus compañías, dejando la empresa y la gloria de la gran batalla de las Navas á sólo los españoles. Conformes están en esto todas las historias fidedignas.

Eran tan populares el sentimiento y la idea de que España se habia creado ella misma, de que su sér era independiente y *autónomo*, de que poco ó nada debia á los extranjeros en el glorioso trabajo de la reconquista, que hasta los antiguos romances le expresan enérgicamente, como, por ejemplo, aquel en que el Cid dice al Rey de Castilla que no debe reconocer, aunque el Papa lo mande, la supremacía del Imperio.

Enviad vuestro mensaje  
Al Papa y á su valía,  
Y á todos desafiad  
De vuestra parte y la mia;  
Pues Castilla se ganó  
Por los reyes que ende habia,  
Ninguno les ayudó  
De moros á la conquista.

car á los musulimes. Entónces oyó á la derecha el redoblar de los atambores, que estremecía la tierra, y el sonido de las trompas, que llenaba los valles y los collados, y mirando á lo léjos,

Otro aserto, que suena algo como censura contra nosotros en el libro de Schack, y que está en una nota que no me atreví á traducir en el lugar que debía, es el de que los moros eran más humanos que nosotros en la guerra, y más apacibles en todo. Dozy (*Histoire*, III, 31) dice que los cristianos no perdonaban, por lo comun, en la guerra, á niños ni á mujeres, y que los moros sí. Schack añade que Leon de Rosimital, en su *Viaje de España por los años de 1465 á 1467*, afirma que los paganos le trataron con gran distincion y cortesía, y que estaba más seguro entre ellos que en tierra de cristianos. «Por último, prosigue, volvimos de la tierra de los moros á la del viejo Rey y sus malos cristianos.» Aunque creamos que los moros eran entónces más suaves de condicion y más civilizados que nosotros, todavía hemos de creer tambien que esto no redunda en exclusiva mengua de los españoles cristianos de aquella época. Fácil sería probar, con otros muchos casos como el ya citado de los cruzados que vinieron á España en 1212, que si los mahometanos españoles valian más moralmente que los cristianos españoles por su civilizacion durante la Edad Media, los cristianos españoles valian más, á su vez, que los cristianos de allende los Pirineos.—(N. del T.)



columbró los estandartes de los *muwahides*, que se acercaban ondeando, y el primero de todos era una blanca bandera victoriosa, con esta inscripción:—¡No hay más Dios que Aláh; Mahoma es su profeta; sólo Dios es vencedor!—Al ver despues á los héroes musulmanes que hacía él venian con sus huestes, ardiendo en sed de pelear, y al oir que en altas voces proclamaban la verdadera fe, preguntó quiénes eran, y obtuvo esta respuesta: «¡Oh maldito! quien se adelanta es el Príncipe de los creyentes; todos aquellos con quienes hasta aquí has peleado eran sólo exploradores y avanzadas de su ejército. De esta suerte, Dios Todopoderoso llenó de espanto el corazon de los infieles, y volvieron las espaldas y procuraron huir; pero los valientes caballeros musulimes los persiguieron, los estrecharon por todos lados, los alancearon y acuchillaron, y, hartando sus aceros de sangre, hicieron gustar á los enemigos la amarga bebida de la muerte. Los musulimes cercaron en seguida la fortaleza de Alarcos, creyendo que Alfonso queria defenderse allí; pero aquel enemigo de Dios entró por una puerta y se escapó por la otra. Luégo que las puertas de la fortaleza, tomada por asalto, fueron quemadas, todo lo que habia allí y en el campamento de los cristianos cayó, como botin,

en poder de los musulmes; oro, armas, municiones, granos, acémilas, mujeres y niños. En aquel día perecieron tantos millares de infieles, que nadie puede decir su número; sólo Dios le sabe. A veinte y cuatro mil caballeros de las más nobles familias cristianas, que en la fortaleza quedaron cautivos, mostró su piedad el Príncipe de los creyentes, dejándolos ir libres. Así ganó alta fama de magnánimo; pero todos los musulmes, que reconocen la unidad de Dios, censuraron esto como la mayor falta en que puede incurrir un rey» (1).

Oigamos ahora un cántico triunfal de los árabes, en el cual se celebra, no esta victoria de las armas musulmicas, sino otra casi tan brillante. Cuando Abu-Jusuf, después de la batalla de Écija, entró en Algeciras, recibió del príncipe de Málaga, Ibn-Aschkilula, la siguiente *kasida*, felicitándole:

Los vientos, los cuatro vientos,  
Traen nuevas de la victoria;  
Tu dicha anuncian los astros  
Cuando en el Oriente asoman.  
De los ángeles lucharon  
En tu pro las huestes todas,

---

(1) AL-KARTAS, I, 150.

Y era su número inmenso  
La inmensa llanura angosta.  
Las esferas celestiales,  
Que giran majestuosas,  
Hoy, con su eterna armonía,  
Tus alabanzas entonan.  
En tus propósitos siempre  
Aláh te guía y te apoya;  
Tu vida, por quien la suya  
Diera el pueblo que te adora,  
Del Altísimo, del Único,  
Has consagrado á la gloria.  
A sostener fuiste al campo  
La santa ley de Mahoma,  
En tu valor confiado  
Y en tu espada cortadora;  
Y el éxito más brillante  
La noble empresa corona,  
Dando fruto tus afanes  
De ilustres y grandes obras.  
De incontrastable pujanza  
Dios á tu ejército dota;  
Sólo se salva el contrario  
Que tu compasion implora.  
Sin recelar tus guerreros  
Ni peligros ni derrota,  
A la lid fueron alegres,  
Apénas nació la aurora.  
Magnífica de tu ejército  
Era la bélica pompa,  
Entre el furor del combate,  
Teñido de sangre roja,  
Y el correr de los caballos,

Y las armas que se chocan.  
Aláh tiene fija en tí  
Su mirada protectora;  
Como luchas por su causa,  
Él con el triunfo te honra.  
Y tú con lauro perenne  
Nuestra fe de nuevo adornas,  
Y con hazañas que nunca  
Los siglos, al pasar, borran.  
Justo es que Aláh, que te ama  
Y virtudes galardona,  
La eterna dicha en el cielo  
Para tus siervos disponga.  
Aláh, que premia y ensalza  
Y que castiga y despoja,  
En el libro de la vida  
Grabada tiene tu historia.  
Todos, si pregunta álguien,  
¿Quién los enemigos doma?  
¿Quién es el mejor califa?  
Te señalan ó te nombran.  
No sucumbirá tu imperio;  
Deja que los tiempos corran,  
Y que el destino se cumpla  
En la señalada hora.  
Álcese, en tanto, en el sólio  
Con majestad tu persona,  
Y ante su brillo se eclipsen  
Las estrellas envidiosas.  
Pues eres de los musulimes  
Defensa, amparo y custodia,  
Y su religion salvaste  
Con la espada vencedora.

Que Aláh te guíe y conserve,  
Y haga tu vida dichosa,  
Y de todo mal te libre,  
Y sobre tu frente ponga  
El resplandor de su gracia  
Y sus bendiciones todas,  
Para que siglos de siglos  
Se perpetúe tu gloria (1).

La siguiente composicion contiene otro llamamiento á la guerra santa, cuando ya los cristianos se habían enseñoreado en la mayor parte de la Península. La escribió, por encargo de Ibn-ul-Ahmar, rey de Granada, su secretario Abu-Omar, á fin de avivar más el celo de combatir contra los enemigos de la fe en el corazon del sultan Abu-Jusuf, de la dinastía de los Beni-Merines, á quien entregaron los versos en Algeciras, en el año de 1275.

Camino de salud os abre el cielo.  
¿Quién no entrará por él, de cuantos vivan  
En España ó en África, si teme  
La gehenna inflamada, y si codicia  
El eterno placer del Paraíso,  
Sus sombras y sus fuentes cristalinas?  
Quien anhele vencer á los cristianos,  
La voz interna que le llama siga;

---

(1) AL-KARTAS, I, 215.

Llénese de esperanza y fortaleza,  
E irá con él la bendicion divina.  
Mas ¡ay de tí! si exclamas: «¿Por qué ahora  
Ha de volverse á Dios el alma mia?  
Será mañana.» ¿Y quién hasta mañana  
Te puede asegurar que tendrás vida?  
Pronto viene la muerte, y tus pecados  
La penitencia sólo borra y limpia.  
Mañana morirás, si hoy no murieres;  
La jornada terrible se aproxima,  
De la que nadie torna; para ella  
Provision de obras buenas necesitas.  
La obra mejor es ir á la pelea;  
Ármate, pues, y vén á Andalucía;  
No pierdas un instante; Dios bendice  
A todo aquel que por su fe milita.  
Con las infames manchas del pecado  
Llevas toda la faz ennegrecida;  
Lávate la con lágrimas, primero  
Que á la presencia del Señor asistas,  
O siguiendo el ejemplo del Profeta,  
Arroja del pecado la ignominia,  
Y, por la fe lidiando, en las batallas  
El alma con sangre purifica.  
¿Qué paz has de tener con los cristianos,  
Que niegan al Señor, y te abominan,  
Porque, mientras adoran á tres dioses,  
Que no hay más Dios que Aláh constante afirmas?  
¿Qué afrenta no sufrimos? En iglesias  
Por doquiera se cambian las mezquitas.  
¿Quién, al mirarlo, de dolor no muere?  
Hoy de los alminares suspendidas  
Las campanas están, y el sacerdote

De Cristo el sacro pavimento pisa,  
Y en la casa de Dios se harta de vino.  
Ya en ella no se postran de rodillas  
Los fieles, ni se escuchan sus plegarias.  
Pecadores sin fe la contaminan.  
¡Cuántos de nuestro pueblo en las mazmorras  
Encerrados están, y en vano ansian  
La dulce libertad! ¡Cuántas mujeres  
Entre infieles tambien lloran cautivas!  
¡Cuántas vírgenes hay que, por librarse  
Del rudo oprobio, por morir suspiran;  
Y cuántos niños cuyos tristes padres  
De haberlos engendrado se horrorizan!  
Los varones piadosos, que en cadenas  
Yacen entre las manos enemigas,  
No lamentan el largo cautiverio,  
Lamentan la vileza y cobardía  
De los que á darles libertad no vuelan;  
Y los mártires todos, cuya vida  
Cortó la espada, y cuyos santos cuerpos,  
Llenos de sangre y bárbaras heridas,  
Cubren los vastos campos de batalla,  
Venganza de nosotros solicitan.  
Un torrente de lágrimas derraman  
Desde el cielo los ángeles, que miran  
Tanta desolacion, miéntras del hombre  
Las entrañas de piedra no se agitan.  
¿Por qué, hermanos, no arden vuestras almas  
De indignacion y de piadosa ira,  
Al saber cómo triunfan los infieles,  
Cómo la muerte aclara nuestras filas?  
¿Olvidados teneis los amistosos  
Lazos que antiguamente nos unian?

¿Nuestro deudo olvidado? ¿Son tan viles  
Los que adoran á Cristo, que no esgriman  
El acero en defensa del hermano  
Y por vengar la injuria recibida?  
Se extinguió el vivo ardor de vuestros pechos;  
La gloria del Islam está marchita;  
Gloria que en otra edad os impulsaba,  
Mientras que ahora el miedo os paraliza.  
¿Cómo ha de herir la espada, si desnuda  
En una diestra varonil no brilla?  
Mas los Beni-Merines, que más cerca  
De nosotros están, ya nos auxilian;  
La guerra santa es el deber supremo,  
Y en cumplir el deber no se descuidan.  
Venid, pues; la pelea con laureles  
O con la palma del martirio os brinda.  
Si moris peleando, eterno premio  
El Señor de los cielos os destina;  
Os servirán licores deliciosos,  
Del Paraíso en la floresta umbría,  
Las hermosas huríes oji-negras,  
Que anhelando están ya vuestra venida.  
¿Quién, pues, cobarde, á combatir no acude?  
¿Quién su sangre no da por tanta dicha?  
Aláh promete el triunfo á los creyentes,  
Y su promesa se verá cumplida.  
Venid á que se cumpla. Nuestra tierra  
Clama contra los fuertes que la olvidan,  
Cual clama en su afliccion el pordiosero  
Contra el que el oro en crápulas disipa.  
¿Por qué están los musulmes divididos,  
Y los contrarios en estrecha liga?  
Liguémonos tambien, y pronto acaso



De todo el mundo harémos la conquista.  
¿Qué ejército más fuerte que el de aquellos  
A quienes el Altísimo acaudilla?  
¿Cómo, en vez de suspiros y de quejas,  
Por nuestra santa fe no dais la vida?  
Delante del Profeta, ¿con qué excusa  
Lograréis disculpar vuestra desidia?  
Mudos os quedaréis cuando os pregunte:  
«¿Por qué contra las huestes enemigas,  
Que á mi pueblo maltratan, no luchasteis?»  
Y estas palabras de su boca misma,  
Duro castigo, si teneis vergüenza,  
Serán para vosotros; y en el día  
De la resurreccion, que no interceda  
Justo será por vuestras almas míseras.  
A fin de que interceda, á Dios roguemos  
Que al gran Profeta y á su ley bendiga;  
Y por su ley valientes combatamos,  
A fin de que las fuentes dulces, limpias,  
Que riegan el eterno Paraíso,  
Nos den hartura en la region empírea (1).

En contraposicion de estos versos, citarémos aquí otro llamamiento poético á la cruzada. Parece que el trovador Marcabrun le escribió, cuando Alfonso VII preparaba una expedicion contra los moros andaluces, y que se cantó en España, en cuya parte de Oriente la lengua provenzal era entendida:

---

(1) IBN-CHÂLDUN, II, 288.

«*Pax in nomine Domini*. Marcabrun ha compuesto este canto, música y letra; escuchad lo que dice: El Señor, el Rey del cielo, lleno de misericordia, nos ha preparado cerca de nosotros una *piscina* que jamas la hubo tal, excepto en ultramar, allá hácia el valle de Josafat; y con ésta de acá nos conforta.

»Lavarnos mañana y tarde deberíamos segun razon, yo os lo afirmo. Quien quiera tener ocasion de lavarse miéntras se halla sano y salvo, deberá acercarse á la *piscina*, que nos es medicina verdadera, pues si ántes llegamos á la muerte, de lo alto caerémos en una baja morada.

»Pero la avaricia y la falta de fe no quieren acompañarse con los méritos propios de la juventud. ¡Ay! cuán lamentable es que los más vuelan allá donde se gana el infierno. Si no corremos á la *piscina* ántes de que se nos cierren la boca y los ojos, ninguno hay tan henchido de orgullo, que al morir no se halle con un poder superior.

»El Señor, que sabe todo cuanto es y cuanto será y cuanto fué, ha prometido el honor y nombre de emperador.... ¿y sabeis cuál será la belleza de los que irán á la *piscina*? más que la de la estrella guia-naves, con tal de que venguen á

Dios de la ofensa que le hacen aquí, y allá hácia Damasco.

»Cundió aquí tanto el linaje de Caín, del primer hombre traidor, que ninguno honra á Dios; pero verémos cuál le será amigo de corazon, pues con la virtud de la *piscina* se nos hará Jesus amigo, y serán rechazados los miserables que creen en agüero y en suerte.

»Los lujuriosos, los *consume-vino*, *apresura-comida* y *sopla-tizon* quedarán hundidos en medio del camino y exhalarán fetidez. Dios quiere probar en su *piscina* á los esforzados y sanos. Los otros guardarán su morada, y hallarán un fuerte poder que de ella los arroje, con oprobio suyo.

»En España, y acá el Marqués (Raimundo Berenguer IV) y los del templo de Salomon sufren el peso y la carga del orgullo de los paganos, por lo cual la juventud coge menguada alabanza; y caerá la infamia, á causa de esta *piscina*, sobre los más poderosos caudillos, quebrantados, degenerados, cansados de proezas, que no aman júbilo ni deporte.

»Desnaturalizados son los franceses si se niegan á tomar parte en la causa de Dios, pues bien sabe Antioquía cuál es su valor y cuál su prez. Aquí lloran Guiena y Poitú, Señor Dios,

junto á tu *piscina*. Da paz al alma del Conde y guarda á Poitú y á Niort el Señor que resucitó del sepulcro» (1).

Mientras que la poesía provenzal podia competir así con la arábica en brío y raptó lírico,

---

(1) FAURIEL, II, 145.—En vez de traducir esta extraña composicion de la traduccion alemana de Schack, me ha parecido mejor copiar aquí la traduccion, más escrupulosa, que hace de ella el Sr. D. Manuel Milá y Fontanals, en su excelente libro *De los trovadores en España*, páginas 74 y 75. La obra del Sr. Milá, que ilustra de una manera extraordinaria la historia de nuestra literatura en la Edad Media, no era, sin duda, conocida del Sr. Schack, pues, á conocerla, se hubiera valido de ella y la hubiera citado al citar, tanto la cancion de Marcabré, cuanto la de Gavaudan. Schack, si hubiera leído al Sr. Milá, no se hubiera limitado á decir que la lengua provenzal, esto es, que el dialecto literario de los trovadores era conocido y entendido en toda la parte oriental de España; Schack hubiera dicho que este dialecto era tan propio y tan cultivado en España como en el mediodía de Francia, con quien compartimos la gloria de haber producido aquella literatura, tal vez la primera de la Europa cristiana y de las lenguas modernas en el orden cronológico.

Ya por los años de 1076 á 1096, reinando Ramon Berenguer II y Berenguer Ramon II, se

para animar á la guerra santa, la castellana, que ya desde el siglo xii se habia atrevido á dejar oír su tímida voz, no podia aún entrar en competencia. Pero, no bien esta poesía encontró un órgano adecuado en la lengua que poco á poco

---

menciona al poeta catalan Ricolf. En tiempo del gran conde de Barcelona, D. Ramon Berenguer IV, á quien celebra Marcabré, se cultivaba la poesía en su corte, y Alfonso II, que reunió bajo su cetro á Aragon y Cataluña, fué un trovador excelente. Milá trae en su libro noticias y poesías (texto original y traduccion) de dicho rey D. Alfonso II, y de otros treinta y un trovadores españoles, como son: Guirardo de Cabrera, Guillermo de Berdagan, Hugo de Mataplana, Ramon Vidal de Bezaudun, Pedro II, Guillermo de Tudela, Arnaldo el Catalan, Guillermo de Cervera, Serverí de Gerona, Fadrique I de Sicilia, Ponce Barba, etc.

Por lo demas, Marcabré halló sordos á su llamamiento á los potentados transpirenaicos á quienes convocaba á la cruzada, y la cruzada y la guerra contra los moros se hizo sin su auxilio. El emperador Alfonso VII, rey de Castilla y de Leon, ganó, sin embargo, á Almería de los almoravides. Parece que en esta expedicion se halló, entre otros pocos extranjeros, el mismo trovador Marcabré, tan entusiasmado por el Emperador y por la empresa, como disgustado de los príncipes franceses, cuya desercion atri-

iba formándose de la latina, tomó también por asunto de su canto las expediciones guerreras contra los enemigos de Cristo. Estos comienzos, aunque briosos, todavía rudos y poco hábiles, de una poesía que estaba en la infancia, no se

---

buye á envidia y á molicie en otro canto que dirigió á los pueblos de España, y que también publica el Sr. Milá.

Casi lo mismo ocurrió con Gavaudan, el autor del famoso canto de cruzada, escrito, según Milá, para la batalla de las Navas de Tolosa. El trovador Gavaudan fué de los pocos extranjeros auxiliares, que con el Arzobispo de Narbona se quedaron en España y tomaron parte en la expedición después que se retiraron los demás extranjeros, como dice el Sr. Milá, «por los calores de nuestra tierra, ó porque les disgustasen los hábitos más humanos de sus moradores.» (*De los trov.*, etc., pág. 126.) Los reyes de Castilla, de Aragon y de Navarra, D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, y todos los caballeros españoles que lograron aquella gran victoria, fueron altamente celebrados por los poetas provenzales.

Estos poetas á menudo se complacían más en España que en Francia, siendo muy bien acogidos y honrados en las cortes de nuestros reyes. Pedro Vidal celebra á España y al emperador Alfonso VIII, el de las Navas, diciendo:

podían comparar con el arte de los árabes, llegado ya á su madurez; su torpe tartamudear se ahogaba entre el sonido de las trompas de los poetas mahometanos; los severos contornos de su dibujo palidecían ante el brillo del colorido

---

Mout es bona terra Espanha  
E'l rey que senhor en so  
Dous e car e franc e bo  
E de corteza companha, etc.

«Muy buena tierra es España, y los reyes sus señores son agradables, francos, buenos y de cortés compañía; hay además otros varones muy simpáticos y de pro, dotados de buen juicio y de conocimiento, de buenos hechos y de buen parecer, y por esto me gusta permanecer entre ellos en la region imperial, ya que sin contienda alguna me detiene gentilmente y me domina el rey emperador Alfonso, por quien la juventud se alegra, y cuyo valor vence á todos los del mundo.»

Reis Emperaires Amfós  
Per cui jovens es joiós;  
Que-z el mon non a valensa  
Que sa valor no la vensa.

(Muá, *De los trovadores*, etc., pág. 131.)—  
(*N. del T.*)

deslumbrador de la poesía oriental (1). Sin embargo, éste es el lugar de presentar en el espejo de las noticias arábicas al héroe que ensalza el canto más antiguo escrito en lengua castellana,

(1) Aunque no soy tan entusiasta del *Poema del Cid* como Southey, que decía que «podía asegurarse, sin temer la refutación, que de cuantos poemas se han escrito después de la *Iliada*, éste es el más homérico por su espíritu»; aunque tal vez no vaya yo tan lejos como Wolf en mis alabanzas de aquel primer monumento poético de nuestra lengua (*Studien zur Geschichte der Spanischen und Portugiesischen National literatur*); ni como Ticknor (*History of spanish literature*), que compara é iguala algunos trozos de dicho *Poema* á otros de los más bellos de Chaucer y de Shakspeare; y aunque reconozca lo rudo del lenguaje en que dicho *Poema* se escribió, todavía no soy como Capmani, que asegura que nada tiene de épico y que casi pudiera disputársele el título de poema, ni como Bouterwek y otros, que le tienen en poco. El *Poema del Cid*, como lo demuestra Wolf en la obra citada, analizándole admirablemente, está lleno de bellezas, y debería ser estimado aunque no tuviera otra que la de haber trazado con firmeza el tipo ideal del caballero español, haciéndose como el cimiento de nuestra mejor poesía. No puedo, pues, convenir con Schack cuando llama *torpe tartamudear* á los comienzos de una literatura que con tal poema comienza.—(N. del T.)



tanto más cuanto que el cuadro de estas noticias encierra algunas poesías que iluminan á dicho héroe con una luz completa. Nadie se admire de que el famoso Cid Rui Diaz el Campeador, á quien la tradicion nos pinta como un modelo ejemplar de piedad, de lealtad y de todas las virtudes del caballero, aparezca de un modo ménos brillante en las descripciones de sus enemigos. Si aquélla le retrata como un varon excelente, fiel á su injusto rey, aunque hablándole con severa franqueza, éstas nos le hacen ver como un cruel tirano, quebrantador de la palabra dada, y que no pelea por defender á su rey y á su religion, sino para servir á pequeños príncipes mahometanos (1). La narracion arábica nos coloca en el momento en que el príncipe de

---

(1) Desde el personaje perfecto, intachable, que han pintado y encomiado nuestros grandes poetas, á quienes han imitado ó traducido los más egregios de otras naciones, como Corneille y Herder, hasta el Cid verdadero é histórico y despojado de todas las fábulas y de todas las virtudes con que la poesía le ha adornado, hay, sin duda, enorme distancia. Es evidente que el Cid, tal como fué, no merecia la canonizacion que para él se dice que pidió Felipe II al Papa. Sin embargo, la idea más alta de nuestra nacionalidad, los más nobles sentimientos que cons-

los almoravides, Jusuf-Ibn-Faschin, ha invadido á Andalucía con sus hordas africanas, y amenaza derrocar los tronos de los príncipes mahometanos españoles. «No bien, dice, Ajmed-Ben-Jusuf-ben-Hud, el que en estos mismos momentos se agita en la frontera de Zaragoza, se cercioró de que los soldados del Emir-al-Moslemín salían de todos los desfiladeros, y se subían por todas partes á los puntos elevados, excitó á un cierto perro de los perros gallegos, llamado Rodrigo y apellidado el Campeador. Era éste un hombre muy sagaz, amigo de hacer

---

tituyen el sér de los españoles, se personificaron en el Cid por medio de los cantos populares y de la tradicion, y para que esto suceda, menester es que el personaje á quien la tradicion y la fantasía poética galardonan y revisten de este modo, haya tenido un gran valer real, á pesar de los feos lunares y enormes defectos que se le descubren á la luz de la historia crítica, y que deben atenuarse algo, cuando no borrarse, en consideracion á la época y á las circunstancias. El Cid, reducido á las proporciones que le da la *Crónica general*, sacada en parte de historias arábicas, cuyo estilo remeda, es muy grande todavía, y á pesar de la crueldad y de la mala fe que le atribuyen los escritores árabes contemporáneos, crueldad y mala fe muy comunes en su tiempo, es todavía una admirable figura.

prisioneros y muy molesto. Dió muchas batallas en la Península, y causó infinitos daños de todas especies á las thaifas que la habitaban, y las venció y las sojuzgó. Los Beni-Hud, en tiempos anteriores, fueron los que le hicieron salir de su oscuridad. Le pidieron su apoyo para sus grandes violencias, para sus proyectos viles y despreciables. Le habian entregado en señorío ciertas comarcas de la Península, y puso su planta en los confines de sus cinco mejores regiones, y plantó su bandera en la parte más escogida de ellas, hasta el punto de robustecer

---

Léjos de creer yo que resta poco en la historia, del Cid ideal, me admiro de que tanto quede, aún tomando la historia de los documentos escritos por sus más encarnizados enemigos. El que dijera el Cid que un Rodrigo habia perdido á España y que otro la iba á ganar, demuestra su ánimo heroico y generoso y lo elevado de sus pensamientos. No invalida estas cosas el que sirviese el Cid á príncipes mahometanos, sobre todo cuando eran españoles y los servia contra los almoravides, contra bárbaros y extranjeros. Más fué aliarse los cristianos de España con los musulmes contra las huestes de Carlo-Magno, que eran cristianas también, y el favorecer los aragoneses católicos á los herejes albigenses contra el poder de Francia y de los cruzados. Esto sólo deja ver

su imperio; y semejante á un buitre, depredó las provincias cercanas y las más apartadas. Entre tanto, Ajmed, temiendo la caída de su reino y notando que iban mal sus asuntos, trató de poner al Campeador entre él y la vanguardia del ejército del Emir-al-Moslemin, y le facilitó el paso para las comarcas de Valencia, y le proporcionó dinero, y le mandó despues hombres. El Campeador sitió entónces la ciudad, en la cual habia grandes discordias, y el cadí Abu-Dschahaf se habia apoderado del mando. Miéntras que las parcialidades ardian en lo interior,

---

que el amor de la patria se ha sobrepuesto entre nosotros, en las grandes ocasiones, al odio y al fanatismo religioso.

El Sr. Malo de Molina, en su interesantísimo libro *Rodrigo el Campeador*, traduce literalmente los textos árabes como documentos justificativos. Los párrafos en prosa que cita Schack, no los traducimos del aleman, sino que directamente los tomamos de la traduccion del señor Malo de Molina. Los versos los traducirémos en verso de la traduccion alemana, pero pondrémos en nota la traduccion en prosa que trae la *Crónica general* de la lamentacion que hizo el moro de Valencia desde lo alto de la torre, y la traduccion, en prosa tambien, del Sr. Malo de Molina, de los versos de Ibn-Chafadscha.—  
(N. del T.)

Rodrigo continuó el sitio con vivo celo, persiguiendo su objeto como se persigue á un deudor, y estimándole con la estimacion que dan los amantes á los vestigios de sus amores. Cortó los víveres, mató á los defensores, puso en juego toda clase de tentativas, y se presentó sobre la ciudad de todas maneras. ¡Cuántos soberbios y elevados lugares, cuya posesion habia sido envidiada por tantas gentes, y con quienes no podian competir ni la luna ni el sol, cayeron en poder de este tirano, que profanó sus misterios! ¡Cuántas jóvenes, cuyos rostros daban envidia á los corales y á las perlas, amanecieron en las puntas de las lanzas, como hojas marchitas por las pisadas de sus viles soldados!

»El hambre y la miseria obligaron á los habitantes de la ciudad á comer animales inmundos, y Abu-Ajmed no sabía qué partido tomar, y no tenía dominio sobre sí y se culpaba de todo. Imploró el auxilio del Emir-al-Moslemin y de los vecinos que rodeaban sus cercanías, mas como aquél estaba léjos, demoró su venida, unas veces porque no oyó sus quejas, otras porque le impidió venir algun inconveniente. Sin embargo, en el corazon del Emir-al-Moslemin habia piedad, y se condolia de sus males prestándoles oido, mas fué tardo en dar socorro, porque se

encontraba muy distante de la ciudad y sin poder para otra cosa. Cuando Dios dispone un suceso, abre las puertas y allana los obstáculos! (1).

»Mientras que Valencia estaba en el mayor apuro, se dice que un árabe subió á la torre más alta de los muros de la ciudad. Este árabe era muy sabio y entendido, é hizo el siguiente razonamiento (2):

¡Valencia, Valencia mia,  
Cuán terrible es tu desgracia,  
Muy cerca estás de perderte;  
Sólo un milagro te salva.  
Dios prodigó mil bellezas  
Y bienes á tu comarca;  
Toda alegría y deleite  
Dentro de tí se guardaban.

---

(1) Dozy, *Recherches*, segunda edicion, II, Apéndice 1, 10 y 17.—Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, Apéndices, pág. 120.

(2) «Estonce disen que subyó un moro en la más alta torre del muro de la villa: este moro era muy sabyo é mucho entendido, é fizo unas razones en arauigo que disen assi:

»Valencia, Valencia. Vinieron sobre tí muchos quebrantos é estás en hora de te perder; pues si tu ventura fuere que tú escapes desto, será grand maravilla á quienquier que lo viere.

»E si Dios fizo merced á algund logar, tovo

Si el Señor tiene del todo  
Tu ruina decretada,  
Por tus enormes pecados  
Y tu soberbia te mata.  
A fin de llorar tus enitas,  
Ya por juntarse se afanan  
Las piedras fundamentales  
En que tu mole descansa;  
Y los muros, que en las piedras  
Con majestad se levantan,  
Se cuarteán y vacilan,

---

por byen de la facer á tí que fuese siempre nobleza e alegría e solar en que todos los moros folgaban e auyian placer.

»E si Dios quysiere que de todo en todo te hayas de perder desta vez, será por los tus grandes pecados e por los grandes atrevimientos que obyste con tu soberuya.

»Las primeras quatro pyedras cabdales sobre que tu fuese fundada e firmada, quierense ajustar por facer gran duelo por tí e non pueden.

»En tu muy noble muro, que sobre estas quatro piedras fué levantado, ya se estremece todo e quiere caer, ca perdió la fuerza que auya.

»Las tus muy altas torres e muy famosas que de lueñe parecían e confortaban los corazones del tu pueblo, poco á poco se van cayendo.

»Las tus muy blancas almenas, que de léjos muy bien relumbraban, perdido han su fermosura con que bien parecían al rayo del sol.

»El tu muy noble rio cabdal Guadalayar con todas las otras aguas de que te tú bien seruías, salido es de madre y va do non deuya.

Porque el cimiento les falta.  
A pedazos se derrumban  
Tus torres muy elevadas,  
Que alegrando el corazon,  
A lo léjos relumbraban.  
Ya no brillan como ántes,  
Por el sol iluminadas,  
Tus almenas relucientes  
Más que la cándida plata.  
Al noble Guadalaviar  
Y á todas las otras agnas

---

»Las tus acequias claras, de que mucho aprovechabas, se tornaron turbias, e con la mengua del alimpiamiento llenas van de cieno.

»Las tus nobles e viciosas huertas, que en derredor de tí son, el lobo rauioso las cabó las rayces e non pueden dar flor.

»Los tus muy nobles prados en que muy fermosas flores e muchas auya, do tomaba el tu pueblo muy grande alegría, todos son ya secos.

»El tu muy noble puerto de mar, de que tú tomabas muy grand honra, ya menguado es de las noblezas que te solian venir á menudo.

»El tu muy grand término, de que te llamabas señora antigua, los fuegos lo han quemado, e á tí llegan ya los grandes fumos.

»E la tu grande enfermedad non le pueden fallar melecina e los phisicos son ya desesperados de nunca te poder sanar.

»Valencia, Valencia, todas estas cosas que he dichas de tí con muy grande quebranto que yo tengo en el mi corazon las dixe e razoné.



Del útil y antiguo cauce  
Los enemigos separan;  
Y sin esmero y limpieza,  
Se turban y se encenagan  
Las acequias con sus ondas  
Tan cristalinas y claras.  
Ya en tus fértiles jardines  
Ni flor ni fruto se halla,  
Porque los lobos rabiosos  
Todo de cuajo lo arrancan.  
Ya se agostan las praderas,  
Do el pueblo se deleitaba  
Con el canto y el aroma  
De las aves y de las plantas.  
Tu puerto, que era tu orgullo,  
Con las naves no se ufana,  
Que riquezas te traian  
De mil regiones extrañas.  
El vasto y ameno término  
En que tu trono se alza,  
En humo denso te envuelve,  
Devorado por las llamas.  
Grande dolencia te aflije;  
Perdiste toda esperanza;  
Ya para tí no hay remedio;  
Los médicos te desahucian.  
¡Valencia mia, Valencia!  
Al decir estas palabras,  
El dolor me las inspira  
Y el dolor me parte el alma (1).

---

(1) *Crónica general*, fól. 329.—Dozy, *Recherches*, pág. 173.—MALO DE MOLINA, Apéndice, 150.

»El tirano Rodrigo logró, al fin, sus vituperables designios con su entrada en Valencia, en el año de 487, hecha con engaño, segun su costumbre, y despues de la humillacion del Cadí, que se tenía por invencible á causa de su impetuosidad y soberbia. El Cadí se sometió á Rodrigo, y reconoció la dignidad que le daba la posesion de la ciudad, y contrató con él pactos, que, en su concepto, debian guardarse, pero que no tuvieron larga duracion. Ibn-Dschahaf permaneció con el Campeador corto tiempo, y como á éste le disgustaba su compañía, buscó un medio de deshacerse de él, hasta que pudo lograrlo, dícese que á causa de un tesoro considerable de los que habian pertenecido á Ben-Dzin-Nun (1).

»Sucedió que Rodrigo en los primeros dias de su conquista preguntó al Cadí por el tal tesoro, y le tomó juramento, en presencia de varias gentes de las dos religiones, acerca de que no le tenía. Respondió el Cadí, jurando por Dios y sin cuidarse de los males que debia temer de su ligereza. Le exigió Rodrigo, además, que se extendiese un contrato, con anuencia de los dos

---

(1) Rey de Toledo, que despues de la conquista de esta ciudad por los cristianos, vino á vivir á Valencia.

partidos, y firmado por los más influyentes de las dos religiones, en el cual se convino en que si Rodrigo averiguaba el paradero del tesoro, retiraría su proteccion al Cadí y á su familia, y podria derramar su sangre.

»Rodrigo no cesó de trabajar para descubrir el tesoro, valiéndose de diferentes medios. Al fin llegó á conseguirlo, poniendo al Cadí y á su familia en el colmo de la desesperacion. Despues hizo encender una hoguera, donde el Cadí fué quemado vivo.

»Me contó una persona que le vió en este sitio, que se cavó en tierra un hoyo, y se le metió hasta la cintura para que pudiese elevar sus manos al cielo, que se encendió la hoguera á su alrededor, y que él se aproximaba los tizones con el fin de acelerar su muerte y abreviar su suplicio. ¡Quiera Dios escribir estos padecimientos en la hoja de sus buenas acciones, y olvide por ellos sus pecados, y nos libre de semejantes males, por él merecidos, y nos impulse hácia lo que se aproxima á su gracia!

»Tambien pensó Rodrigo, á quien Dios maldiga, en quemar á la mujer y á las hijas del Cadí; pero le habló por ellas uno de sus parciales, y despues de algunos reparos, no desoyó su consejo y las libró de las manos de su fatal destino.

»La noticia de esta gran desgracia cayó como un rayo sobre todas las regiones de la Península, y entristeció y cubrió de vergüenza á todas las clases de la sociedad.

»El poder de este tirano creció hasta el punto de ser gravoso á los lugares más elevados y á los más cercanos al mar, y de llenar de miedo á los pecheros y á los nobles. Y me contó uno haberle oído decir, cuando se exaltaba su imaginacion y se excitaba su codicia:—En el reinado de un Rodrigo se perdió esta Península, y otro Rodrigo la libertará;—palabras que llenaron de espanto los corazones, y que infundieron en ellos la certeza de que se acercaban los sucesos que tanto habian temido. Con todo, esta calamidad de su época, por su amor de la gloria, por la prudente firmeza de su carácter y por su heroico ánimo, era uno de los milagros de Dios. Murió á poco, de muerte natural, en la ciudad de Valencia.

»La victoria, maldígale Dios, siguió constante su bandera, y él triunfó de las thaifas de bárbaros, y tuvo varios encuentros con sus caudillos, como con García el de la boca torcida y con el príncipe de los francos. Desbarató los ejércitos de Ben-Radmir, y con pequeño número de los suyos mató gran copia de los contrarios.

Cuéntase que en su presencia se estudiaban los libros y se leían las memorias heroicas de los árabes, y que, cuando llegó á las hazañas de Mojlab, se exaltó su ánimo y se llenó por él de admiracion.»

En aquel tiempo, Ibn-Chafadscha dijo sobre Valencia lo que sigue (1):

«¡Cómo ardian los aceros  
En los patios de tu alcázar!  
¡Cuánta hermosura y riqueza  
Han devorado las llamas!  
Profundamente medita  
Quien á mirarte se pára,  
¡Oh Valencia! y sobre tí  
Vierte un torrente de lágrimas.  
Juguete son del destino  
Los que en tu seno moraban;

---

(1) Las puntas de las espadas se han esgrimido en tus patios, ¡oh palacio! y han destruido tus preciosidades la miseria y el fuego. Cuando viene uno á mirar tus contornos, largo rato reflexiona y llora sobre tí, ¡oh (pueblo) tierra! Tus habitantes han sido el juguete de los desastres, y tus turbas se han agitado por la fatalidad. La mano de la desgracia ha escrito sobre tus atrios: «Tú no eres tú, y tus casas no son casas.» (*Traduccion del Sr. Malo.*)

¿Qué mal, qué horror, qué miseria  
No traspasó tus murallas?  
La mano del infortunio  
Hoy sobre tus puertas graba:  
«Valencia, tú no eres tú,  
Y tus casas no son casas» (1).

---

(1) Dozy, *Recherches*, apéndice 14.—MALO DE  
MOLINA, Apéndices, 127.

---

---

---

## VI.

### Cantares báquicos.—Descripciones.

Sin música no hay fiesta. «¡Oh reina de la hermosura! Beber sin cantar no es estar alegres», dice, en la perla de las *Mil y una noches*, en el cuento de Nurreddin y de la bella Persiana, el viejo jardinero que hospeda secretamente á los fugitivos en el pabellon del Califa. Esta sentencia tenía no ménos valor en España que en Oriente. Grande es, pues, el número de los cantares que celebran el vino y los festines en todos los dias y estaciones del año. Desde la mañana temprano, durante la primavera, solian circular los vasos en los aromáticos jardines, segun lo atestiguan estos versos:

Ya el alba ahuyenta las sombras,  
Y ya los vasos circulan  
En el huerto, que el rocío  
Cubrió de perlas menudas.  
No con lánguidas miradas  
Nos deleita la hermosura,  
Sino el vino, que orla el vaso  
De blanca y brillante espuma.  
No creo que las estrellas  
En el ocaso se hundan;  
Más bien descienden al huerto  
Y entre nosotros fulgaron (1).

Burlándose de los preceptos religiosos que ordenan á los creyentes la oracion de la mañana en las mezquitas, Al-Motadid de Sevilla fingió otro precepto que prescribe á los fieles beber á la misma hora:

¡Mirad cómo los jazmines  
En el huerto resplandecen!  
Olvida todas sus penas  
Quien por la mañana bebe.  
Que beba por la mañana  
Está mandado al creyente;  
El tiempo es húmedo y frio,  
Y calentarse conviene (2).

---

(1) MAKKARI, II, 135.

(2) *Hist. Abbad.*, I, 246.



Por el mismo estilo es este otro cantar:

Vén al huerto, muchacha;  
Ya difunde alegría  
La refulgente aurora,  
Y á beber nos convida,  
Antes que de las flores  
Besando las mejillas,  
Puro rocío beba  
El aura matutina (1).

Ibn-Hazmun se burla así de la hipocresía de los anacoretas y derviches:

No es un crimen beber vino;  
Poco el precepto me asusta;  
Hasta los mismos derviches  
Le beben, y disimulan.  
La garganta se les seca  
Con tanta oracion nocturna,  
Y á fin de que se refresque,  
Vino en abundancia apuran.  
Mi casa es cual sus ermitas;  
Lindas muchachas figuran  
Los mucines, y los vasos,  
No las lámparas, me alumbran (2).

Hasta el famoso sabio Al-Bekri incurre y se deleita en estos deportes:

---

(1) Dozy, *Recherches*, 112.

(2) ABDUL-WAHID, 218.

Casi no puedo aguardar  
Que el vaso brille en mi diestra,  
Beber ansiando el perfume  
De rosas y de violetas.  
Resuenen, pues, los cantares;  
Empiece, amigos, la fiesta;  
Y de oculto á nuestros goces  
Libre dejando la rienda,  
Evitemos las miradas  
De la censura severa.  
Para retardar la orgía  
Ningun pretexto nos queda,  
Porque ya viene la luna  
De ayunos y penitencias,  
Y cometen gran pecado  
Cuantas entónces se alegran (1).

Abul-Hasan-Al-Merini refiere: «Estando yo una vez con algunos amigos bebiendo alegremente en frente de la Ruzafa, se llegó á nosotros un hombre mal vestido y se sentó á nuestro lado. Nosotros le preguntamos por qué venía á sentarse sin conocernos de antemano. Él sólo contestó:—No os enojeis desde luégo contra mí.—Un momento despues levantó la cabeza y dijo:

«Miéntras que junto al alcázar  
De Ruzafa estais borrachos,  
Poneos á meditar

---

(1) Dozy, *Recherches*, 289.

Cómo cayó el califato,  
Y cómo el mundo está siempre  
En un incesante cambio.  
Cuando sobre esto medita  
El espíritu del sabio,  
Ve que la gloria, el poder  
Y el señorío son vanos;  
Pronto el tiempo los destruye,  
Y los borra el desengaño.  
Nada son y nada valen  
Todos los seres creados;  
Sólo el vino y el amor  
Importan y valen algo.»

»Apénas acabó de hablar así, le besé la frente y le pregunté quién era. Entónces dijo su nombre, y añadió que la gente le tenía por loco.—Por cierto, repliqué yo, que los versos que has dicho no son de un loco; sabios hay que no los hacen mejores. Quédate, por Aláh, en nuestra compañía, y recítanos más versos sentenciosos, á fin de que nuestro placer sea completo.—Efectivamente, él se quedó entre nosotros y dijo otras composiciones, que nos regocijaron mucho. Por último, le dejamos sosteniéndose contra las paredes para no venir al suelo, y gritando: ¡Aláh, perdóname!» (1).

El príncipe Rafi-ud-Daula dice:

---

(1) MAKKARI, I, 306.

Las copas, Abul-Alá,  
Están de vino colmadas,  
A los huéspedes alegran  
Y de mano en mano pasan.  
Besa el céfiro y agita  
Levemente la enramada;  
Su olor despiden las flores,  
Y los pajarillos cantan,  
Mientras las tórtolas gimen,  
Columpiándose en las ramas.  
Vén á beber con nosotros  
Aquí á la orilla del agua.  
La copa hasta el fondo apura,  
En ella no dejes nada.  
El rojo vino encendido,  
Que te sirve esta muchacha,  
Se diría que ha brotado  
De sus mejillas de grana (1).

---

(1) Dozy, *Recherches*, 111.—Si yo tradujese directamente del árabe y con una exactitud y una fidelidad escrupulosas, como suele traducirse un clásico griego ó latino, no me permitiría hacer ciertos cambios; pero, no siendo mi traduccion, ni directa, ni de una escrupulosidad grande, me he atrevido á convertir al copero de esta composicion en una muchacha. Lo mismo haré en otras composiciones, poquísimas afortunadamente, entre las que Schack traduce, donde se manifiesta aquella fea aficion en que coinciden los pueblos de Oriente con la antigüedad greco-romana, y que ahora repugna en extremo y no es para poetizada.—(N. del T.)

Said-Ibn-Dschudi encomia así los goces de la vida:

Cuando entre alegres amigos  
Los vasos circulan llenos,  
Y miran á las muchachas  
Amorosos los mancebos,  
El mayor bien de la tierra  
Es ceñir el talle esbelto  
De nuestra amada, y reñir,  
Para hacer las paces luégo.  
Por la senda del deleite,  
Como caballo sin freno,  
Me arrojo, salvando montes,  
Hasta alcanzar mi deseo.  
Nunca temblé en las batallas,  
La voz de la muerte oyendo;  
Pero á la voz del amor,  
Todo me turbo y conmuevo (1).

Ibn-Said compuso lo que sigue, estando una tarde con varios amigos, al ponerse el sol, en el huerto de la Sultanijah, cerca de Sevilla:

La tarde va pasando;  
Traednos pronto vino.  
Hasta que el alba ría,  
Bebed, bebed, amigos.  
El sol hácia el ocaso  
Prosigue su camino,  
Y junto al horizonte

---

(1) AL-HOLLAT, 86.

Se dilata su disco,  
Que ardiente se refleja  
En las ondas del río.  
Gocemos, miéntras dura,  
Del fulgor vespertino.  
Suene el laud, empiece  
El canto y regocijo,  
Y fijemos los ojos  
En el jardín florido  
Que nos rodea, ántes  
Que nos robe su hechizo  
La noche, al envolverle  
En su manto sombrío (1).

En elogio de estos festines de por la tarde,  
Ibn-Chafadsche dice:

Por la tarde á menudo  
Con los amigos bebo,  
Y al cabo, sobre el césped,  
Me tumbo como muerto.  
Bajo un árbol frondoso,  
Cuyas ramas el viento  
Apacible columpia,  
Y donde arrullos tiernos  
Las palomas exhalan,  
Gratamente me duermo.  
Suele correr á veces  
Un airecillo fresco,  
Suele llegar la noche

---

(1) MAKKARI, I, 643.

Y retumbar el trueno,  
Mas, como no me llamen,  
Yo nunca me despierto (1).

Despues de estos dias amenos, la noche azul-  
profunda se levanta con sus lucientes estrellas  
y trae nuevos placeres. En una ligera barquilla  
va el poeta, en compañía de gente jóven, sobre  
las mansas ondas del Guadalquivir:

El mágico embeleso  
De la noche me admira  
Cuando sobre las aguas  
La barca se desliza,  
Resplandece en la barca  
Una muchacha linda.  
Sus formas elegantes  
Y su estatura erguida  
Son cual esbelta palma  
Cuando el aura la agita.  
Lleva en la blanca mano  
Una antorcha encendida.  
Entre Orion y el Águila  
La luna llena brilla,  
Pero más su semblante,  
Que la antorcha ilumina.  
El rio, como espejo,

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-Chafadsche*.

Su hermosura duplica,  
Y parece que arden  
Las ondas cristalinas (1).

Frecuentemente la musa de los árabes españoles se entrega á la contemplacion de la naturaleza de su hermosa patria, y presta alma á flores, estrellas, bosquecillos y fuentes. Los seres animados é inanimados la saludan con amor cuando entra en los encantados jardines de Andalucía:

Teje la primavera  
Con seda de colores  
La túnica de flores,  
Adorno del vergel;  
Y la fuente sonora  
Al aura mansa atrae,  
Que en un desmayo cae,  
Enamorado de él.  
Perlas prende el rocío,  
De la rosa en el seno,  
Y en el jardín ameno  
Al ir á penetrar,  
Que extiende el claro arroyo  
Los brazos me parece,  
Y que un ramo me ofrece  
De anémonas y azahar.

---

(1) MAKKARI, I, 435.



Los pajarillos cantan  
En la fresca espesura,  
Que forma de verdura  
Un rico pabellon;  
Y lirios y violetas  
Saludan mi llegada,  
Dando al aura templada  
Fragante emanacion (1).

La musa arábigo-hispana elogia así los naranjales de Sevilla:

Entre ramos de esmeraldas,  
Como globos de rubíes,  
Parece que las naranjas  
Ya maduras se derriten,  
Y vino puro y dorado  
Del fresco seno despiden,  
Mientras que suavemente  
Las mece el aura apacible.  
¿Quién, como en puras mejillas,  
En ellas besos no imprime?  
¿A quién no encanta su olor  
Más que el olor del almizcle? (2).

La rosa es saludada así, como nuncio de la perenne hermosura de la primavera:

¿Más rico olor por perlas  
Al alba quién envía?

---

(1) HUMBERT, *Anthologie*, 74.

(2) CIRESTOMAT. ARAB., ed. Kosegarten, 175.

¿Quién hay que en hermosura  
Con la rosa compita?  
Acepta el homenaje  
Con modestia sencilla,  
Cuando las otras flores  
Al mirarla se inclinan,  
Su beldad adorando,  
O muriendo de envidia.  
Salud, ¡oh primavera!  
Cada rosa que brilla,  
Al abrir su capullo,  
Anuncia tu venida.  
No eres cual otros nuncios,  
¡Oh rosa purpurina!  
Con mayor gloria el cielo  
Te adorna y califica.  
Las nuevas que tú traes  
Son clara profecía.  
Si tu tallo perece,  
Y si tú te marchitas,  
Eterna es la que anuncias  
Primavera florida (1).

Las descripciones de paseos por el agua se repiten con frecuencia:

Ya vogamos por el río,  
Que fulgura como el éter:  
Las ampollitas del agua  
Son como estrellas lucientes.

---

(1) MAKKARI, I, 193.

Su negro manto la noche  
Sobre las ondas se extiende;  
Manto que el sol con sus rayos  
Bordó primorosamente (1).

El recuerdo hechicero de tales paseos por el Guadalquivir es también el punto céntrico de un cuadro en que pinta el español Ibn-Said, durante su permanencia en Egipto, los placeres de su antigua vida en la patria andaluza:

Éste es Egipto; pero ¿dó está la patria mia?  
Lágrimas su recuerdo me arranca sin cesar:  
Locura fué dejarte, ¡oh bella Andalucía!  
Tu bien, perdido ahora, acierto á ponderar.  
¿Dónde está mi Sevilla? Desde el tiempo dichoso  
Que yo moraba en ella, lo que es gozar no sé.  
¿Qué apacible deleite cuando, al són melodioso  
Del laud, por su río, cantando navegué!  
Gemían las palomas en el bosque, á la orilla;  
Músicas resonaban en el vecino alcor.....  
Cuando pienso en la vida alegre de Sevilla,  
Lo demas de mi vida me parece dolor.  
¡Y aquellas gratas horas en el prado florido!  
¡Y aquella en los placeres suave libertad!  
Recordando mi dulce paraíso perdido,  
Cuanto en torno me cerca es yermo y soledad.  
Hasta el eco monótono de la movible rueda  
Que el agua de la fuente obligaba á subir,  
Cual si cerca estuviese, en mis oídos queda;

---

(1) MAKKARI, I, 431.

Toda impresion de entónces en mí suele vivir.  
No eran por la censura mis goces perturbados;  
La ciudad es tan linda, que se allana el Señor  
A perdonar en ella los mayores pecados;  
Allí hasta el fin del mundo puedes ser pecador.  
La soberana pompa del caudaloso Nilo  
Se eclipsa ante la gloria del gran Guadalquivir.  
¡Cuántas ligeras barcas en su espejo tranquilo  
Se ven, al són de músicas alegres, discurrir!  
Y los oídos gozan, y gozan más los ojos  
Con las bellas muchachas que en las barquillas van,  
Y cuya tersa frente y cuyos labios rojos  
El fulgor de la luna avergonzando están.  
Con su sonar los vasos, las flores con su aroma,  
Dicha en el alma infunden y lánguido placer:  
En noches de verano, hasta que el alba asoma,  
Es grato las orillas en barca recorrer.  
En pos deja la barca su luminosa estela,  
Suelos hilos de perlas sobre ondulante chal;  
Es la barca, adornada por su cándida vela,  
Cisne que se columpia en líquido cristal.  
Tambien con sus memorias Algeciras me abrumba,  
Y su enriscada costa recuerdo con amor;  
En ella el mar bramando alza montes de espuma,  
Que estremecen los árboles de angustia y de terror.  
En los labios el vino y en brazos de mi amada,  
Allí de mil auroras me sorprendió la luz,  
Mientras que, por la luna con oro recamada,  
Tendia el mar la fimbria de su túnica azul.  
En tu valle, ¡oh Granada! fructífero y umbrío,  
Y en tí pienso con lágrimas, ¡oh fecundo Genil!  
Como desnuda espada reluce el claro río,  
Brinca en sus verdes márgenes la gacela gentil.

Con el fuego amoroso de sus tiernas miradas  
Hacen las granadinas una herida mortal,  
Y disparan sus ojos mil flechas inflamadas,  
Y sus pestañas matan como mata un puñal.  
A Málaga tampoco mi corazón olvida;  
No apaga en mí la ausencia la llama del amor.  
¿Dónde están tus almenas, ¡oh Málaga querida!  
Tus torres, azoteas y excelso mirador?  
Allí la copa llena de vino generoso  
Hacia los puros astros mil veces elevé,  
Y en la enramada verde, del céfiro amoroso,  
Sobre mi frente el plácido susurrar escuché.  
Las ramas agitaba con un leve ruido,  
Y doblándolas ora, ó elevándolas ya,  
Prevenir parecía el seguro descuido,  
Y advertirnos si alguien nos venía á espiar.  
Y también ¡Murcia mía! con tu recuerdo lloro,  
¡Oh entre fértiles huertas delectosa mansion!  
Allí se alzó á mi vista el sol á quien adoro,  
Y cuyos vivos rayos aún guarda el corazón.  
Pasaron estas dichas, pasaron como un sueño:  
Nada en pos ha venido que las haga olvidar;  
Cuanto Egipto me ofrece menosprecio y desdeño;  
De este mal de la ausencia no consigo sanar (1).

No sólo la naturaleza, sino asimismo las obras de la mano del hombre, y especialmente los palacios de los príncipes, fueron ensalzados en verso. Cuando una poesía de esta clase alcanzaba grande aplauso, se le concedía la honra de

---

(1) MAKKARI, I, 648.

grabarla con primorosas letras de oro sobre las paredes del mismo palacio que ensalzaba. Ya citaremos más adelante muchas de estas composiciones, que encomian las quintas y palacios de Sicilia, ó que brillan aún sobre los muros de la Alhambra. Entre tanto vamos á trasladar aquí várias composiciones que celebran á toda Andalucía ó algun lugar determinado:

Nada más bello, andaluces,  
Que vuestras huertas frondosas,  
Jardines, bosques y rios,  
Y claras fuentes sonoras.  
Eden de los elegidos  
Es vuestra tierra dichosa;  
Si á mi arbitrio lo dejasen,  
No viviria yo en otra.  
El infierno no temais,  
Ni sus penas espantosas;  
Que no es posible el infierno  
Cuando se vive en la gloria (1).

OTRO ELOGIO DE ANDALUCÍA.

Hace perpétua mansion  
El gozo en Andalucía:

---

(1) MAKKARI, I, 451.

Allí todo corazón  
Está lleno de alegría.  
Vivir allí recompensa  
El trabajo de vivir,  
Y felicidad intensa  
El vino suele infundir.  
Nadie esta tierra consiente  
Por otra tierra en cambiar:  
Allí murmura la fuente  
Con más dulce murmurar.  
Allí el bosquecillo umbroso  
Y el siempre verde jardín  
Nos convidan al reposo,  
Al deporte y al festín.  
Del Eden formará idea  
El que sus vegas y huertos  
Siempre tan lozanos vea  
De flor y fruto cubiertos.  
Allí el ambiente templado  
Ablanda el alma más dura,  
Y al pecho desamorado  
Infunde amor y ternura.  
Y es plata todo arroyuelo,  
Perlas y limpios joyeles  
Las guijas, almizcle el suelo,  
Rica seda los verjeles.  
Si allí las aguas hermosas  
Bajan el campo á regar,  
Ambar y esencia de rosas  
El campo llega á exhalar;  
Vierte allí perlas sin cuento  
La fresca aurora en el prado,  
Y no brama, gime el viento,

Sumiso y enamorado.  
¿Cómo describir la rara  
Beldad de aquella region?  
¿Quién su imágen os mostrára,  
Que guardo en el corazon?  
Al salir del mar profundo  
Esta tierra encantadora,  
La aclamó el resto del mundo  
Emperatriz y señora.  
Las claras ondas en torno  
Como un collar la ciñeron,  
Y al ver su gala y su adorno,  
De placer se estremecieron.  
Y desde entóncees las aves  
Cantan allí sus amores,  
Y aromas dan más suaves,  
Y son más bellas las flores.  
Cuando de allí me destierra,  
No me quiere el hado bien:  
Un yermo es toda la tierra.  
Y sólo aquélla un Eden (1).

Á GUADIX.

Tu pensamiento embelesa  
Toda mi alma, ¡oh Guadix!  
El destino generoso  
Te adornó de encantos mil.

---

(1) MAKKARI, I, 129.



Por Aláh que, cuando arde  
Vivo el sol en el cenit,  
Fresca sombra presta siempre  
Tu verde ameno pensil.  
Con sus miradas de fuego  
Quiere penetrar allí  
El sol, pero se lo estorba  
De ramas un baldaquin.  
Pompas de cristal levanta,  
Copos de espuma sutil,  
Si riza tu faz ¡oh río!  
El cefirillo gentil;  
Y las ramas que coronan  
Tu manso curso feliz,  
Como eres sierpe de plata,  
Tiemblan por miedo de tí (1).

Á UN PALACIO DESIERTO EN CÓRDOBA (2).

Tus salas y desiertas galerías  
Mis ojos contemplaban;  
Y pregunté: ¿Dó están los que, otros dias,  
En tu seno moraban?  
En mi seno, dijiste, breve ha sido,

---

(1) MAKKARI, I, 94.

(2) Según Gayángos, que pone estos versos en su traducción, su autor es el visir Hazm-Ibn-Jehwar, y los escribió á las ruinas del palacio de Az-Zahará.—(N. del T.)

Muy breve, su vivir,  
Ya se ausentaron; pero ¿dónde han ido?  
No lo puedo decir (1).

AL PEÑON DE GIBRALTAR.

La frente elevas al cielo,  
Y ya de apiñadas nubes,  
Que flotan sobre tus hombros,  
Un negro manto te cubre;  
Ya joyas áureas, que en cerco  
De limpio cristal discurren,  
Sobre tí, como diadema,  
Los claros astros relucen;  
Y ya la luna amorosa  
Hace tu sueño más dulce,  
Besándote con sus rayos  
Y bañándote en su lumbré.  
Resiste tu mole altiva  
De los siglos el empuje,  
Sin que sus dientes voraces  
Tus duras piedras trituren.  
Todo lo muda el destino,  
Sin que á tí nunca te mude;  
Como un pastor su rebaño,  
Tú los sucesos conduces.  
Ve tu pensamiento el giro  
De la fortuna voluble,  
Y lo que es y lo que ha sido

---

(1) MAKKARI, I, 345.

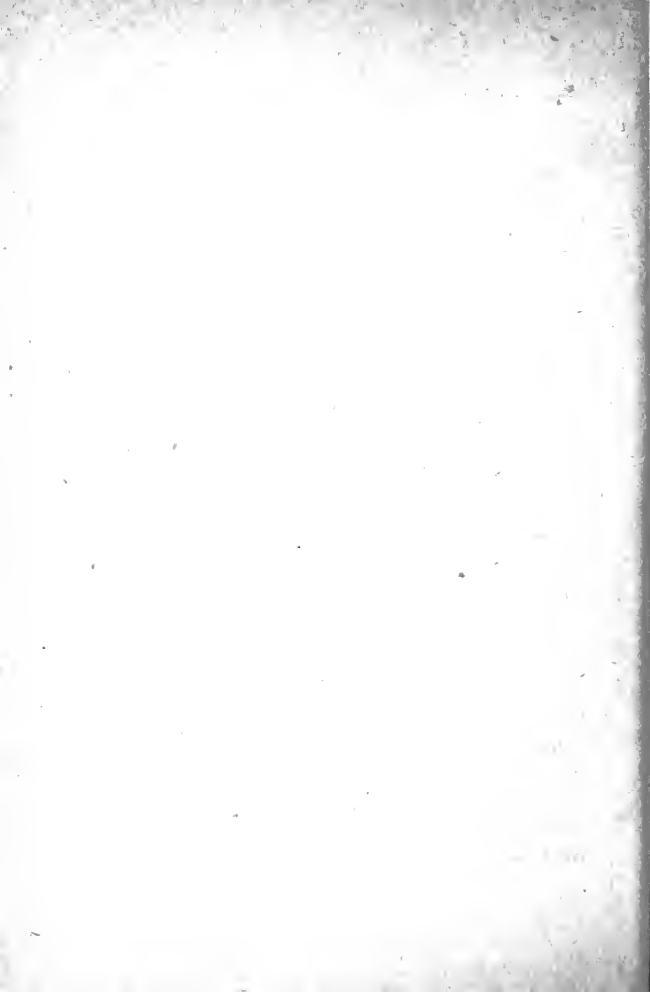
---

Y lo que será descubre.  
Con misterioso silencio  
La fija mirada hundes  
En el tenebroso abismo  
Del mar, que á tus plantas ruge (1).

---

(1) IBN-BATUTA, IV, 361.

---



---

---

## VII.

### Panegíricos y sátiras.

Para los cantos en alabanza de los califas y príncipes se presentaban las *mualakat* á los árabes de todos los tiempos como modelos clásicos. Así es que siempre ponian en estos cantos encomiásticos las reminiscencias de la antigua poesía. Las quejas de amor y las descripciones de la vida de los beduinos no podian faltar en ellos, y hace una impresion extraña el considerar que los ojos del poeta se apartan de la magnificencia que le rodea, del suelo fértil de Andalucía y del lujo extraordinario de las córtes de sus príncipes, y se fijan en los desiertos de Arabia como en una patria mejor y más an-

tigua. Así Ibd-ul-Habbad empieza una *kasida* en loor de Al-Motassim, rey de Almeria, como si fuese un pastor errante de la época de Amr-ul-Kais:

A indico ámbar trasciende  
La solitaria vereda;  
¿Pasó por aqueste valle  
Dichoso Lubna la bella?  
Que no está léjos mi amada  
Estos aromas me muestran,  
Y al punto mi corazon  
Enamorado despierta.  
En el desierto, á menudo,  
Su antorcha la señal era  
Que dirigia mis pasos  
En las noches sin estrellas.  
Relinchaba alegremente  
Siempre mi caballo al verla,  
Y la caravana entónces  
Caminaba más de priesa.  
Detengámonos ahora  
Do suele morar aquella  
Con cuyo recuerdo el alma  
De contino se sustenta.  
Éste es el valle de Lubna,  
Y la única fuente ésta  
En que puede hallar hartura  
El alma mia sedienta.  
¡Cuán delicioso es el valle  
Y cuán fecunda la tierra  
Do la tribu de mi amada  
Sus rebaños apacienta!

¡Bendito y querido el suelo  
En que se estampó su huella!  
¡El lugar en que ha vivido  
Mi amada bendito sea!  
Aquí mis tiernos suspiros  
Y mis amorosas penas  
Nacieron, y la esperanza  
Con que el alma mía sueña (1).

Los reyes, que solían habitar en palacios suntuosos, en medio de fértiles jardines, son casi siempre representados como príncipes nómadas, en cuyo campamento hallan un refugio los que vagan en el desierto durante la noche. Ibn-Billita, por ejemplo, dice en una *kasida*:

Vierten las nubes abundante lluvia,  
De Al-Motassim para imitar la gracia;  
Del árbol gentilicio de este príncipe,  
Que ornó la antigüedad de perlas raras  
Y á las edades primitivas llega,  
Su espléndido collar hizo la fama.  
Bajo sus tiendas reposó la gloria,  
Que siempre sus banderas acompaña.  
¡Oh príncipe, tú enciendes por las noches  
Un fuego con que indicas tu morada,  
Y guías al perdido caminante,

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Al-Motassim*.

Y le albergas despues y le regalas.  
Yo digo, si pregunta en el desierto  
Por tí, señor, la errante caravana:  
Nadie cual él; ¿qué antorcha brillar puede  
Donde brilla del sol la lumbré clara? (1)

Tampoco la descripción de la despedida del dueño amado ó del comienzo del viaje, que ha de llevar al poeta á la corte de su valedor, falta casi nunca en esta clase de composiciones; pero en esto suele haber pinturas donde se retrata la rica naturaleza de Andalucía, y que nunca un árabe del desierto hubiera podido imaginar. Así, por ejemplo, cuando Ibn-Scharaf canta:

Larga fué la noche fríste  
Que precedió á mi partida;  
Las estrellas se quejaban  
De velada tan prolija.  
El viento de la mañana  
Agitó al fin la sombría  
Vestidura de la noche,  
Mientras las esencias ricas  
De las flores olorosas  
En sus alas difundía.  
Se alzó en Oriente la aurora,  
Vírgen ruborosa y tímida,

---

(1) IBN-CHALIKAN.



Húmedas por el rocío  
Las rosas de sus mejillas.  
En tanto la noche huyendo  
De estrella en estrella iba,  
Y á su paso las estrellas  
Cual hojas secas caían.  
Salió, por último, el sol,  
Que con su fulgor disipa  
Las tinieblas y las sombras,  
Y los cielos ilumina.  
Yo, desvelado en mi tienda,  
En vano dormir quería;  
Sólo á mis párpados sueño  
Trajo el aura matutina.  
Mientras que durmiendo estaba,  
Rendido ya de fatiga,  
Mientras que en torno las flores,  
Frescas, lozanas se abrían  
Para beber el rocío  
Que el alba en perlas destila,  
Se me apareció fantástica  
La imagen de mi querida,  
De aquella por quien el alma  
Constantemente suspira.  
A calmar vino mi anhelo  
Su aparición peregrina.  
¡Cuán hermosa con sus anchas  
Caderas me parecía!  
¡Cuán esbelta su figura,  
En el aire sostenida!  
Cuando echó atrás los cabellos,  
Que la frente le cubrían,  
Vi que ahuyentaba la noche

El alba con su sonrisa,  
Pues sus perfumadas trenzas  
Son como noche negrísima,  
Y cual la luz de la aurora  
Sus sonrosadas mejillas (1).

En un canto encomiástico de Ibn-Darradsch al poderoso Almansur, en vez de la descripción de la tienda del beduino, pinta el poeta su verdadera casa, como si estuviese en una ciudad. Al empezar habla con su mujer, y dice:

Peor que la muerte, ¡oh mujer!  
Es este largo sosiego;  
Es una tumba mi casa,  
En que de todo carezco.  
El peligro y las fatigas  
Del viaje que hacer quiero,  
Si beso á Almansur la mano,  
Lograrán colmado premio.  
A beber aguas salobres  
Me resigno en el desierto,  
Y hartaré mi sed al cabo  
De su gracia en el venero.

Más adelante describe así el poeta su despedida de su mujer y de su hijo:

---

(1) Dozy, *Recherches*, 91.

Vacilaba mi firmeza,  
Movida por sus lamentos,  
Cuando vino á despedirme  
Del dia al albor primero,  
Rogándome no olvidase  
Su firme y ardiente afecto.  
Al lado estaba la cuna  
De nuestro hijo pequeño,  
Que apenas hablar sabía,  
Pero que heria mi pecho  
Con su sonrisa inocente  
Y con sus dulces ojuelos.  
En nuestras almas moraba  
El niño, y era su lecho  
El regazo de su madre,  
Su blanco y hermoso seno.  
Por la que el seno le daba  
De amor hubiera yo muerto.  
Mi alma se enternecía  
Al ir á apartarme de ellos;  
Mas la sonrisa del niño  
Y de mi adorado dueño  
Las lágrimas y las quejas  
Detenerme no pudieron.  
Por último, me ausenté;  
Y el profundo sentimiento  
A mi mujer desolada  
Hizo caer por el suelo.

Todas estas cosas, como se ve, podian ocurrir perfectamente en una ciudad de España; pero no habia de faltar el imprescindible viaje por el desierto, aunque Ibn-Darradsch, que vivia

en Córdoba como poeta de corte de Almansur, no había menester peregrinar tanto para llegar á donde su protector se hallaba. Con todo, la descripción de este fingido viaje se distingue por una gran viveza:

¡Oh! si ella me hubiese visto  
Al ardor del mediodia,  
Lanzando el sol sobre mí  
Sus saetas encendidas,  
O cuando imágenes vanas  
En los vapores se pintan  
Del desierto, y sin temor  
Yo mi camino seguia,  
O cuando en candente arena  
Se hunde la planta indecisa,  
Y el más ligero airecillo  
Con ansiedad se respira;  
Si ella así visto me hubiese,  
Hubiera dicho en seguida,  
Que no teme los peligros  
Quien la suerte desafía.  
El cobarde ve la muerte  
Bajo mil formas distintas,  
Mas el fuerte y valeroso  
Ni la teme ni la mira.  
Como un rey á sus esclavos,  
El los temores domina,  
Y para vencerlo todo,  
En su espada se confía.  
En el silencio nocturno  
Y en la llanura extendida,  
El ruido de mis pasos,

Difundiéndose, crecía,  
Y excitaba de los duendes  
El conversar y las risas,  
Y al oírle, entre las matas  
El fiero león rugía.  
Como vírgenes que danzan  
En una selva florida,  
En la bóveda del cielo  
Las Pléyadas relucían,  
Y al rededor de la clara  
Luz del polo, siempre fija,  
El coro de las estrellas  
Sus círculos describía,  
Cual vasos que en un convite  
Entre los huéspedes giran,  
Por hermosas manos llenos  
De deliciosa bebida.  
La vía láctea en la oscura  
Noche su vulgor vertía,  
Como en el rostro de un viejo  
La blanca barba crecida.  
De Saturno el ominoso  
Brillo no me detenía,  
Y al fin, los astros dormidos  
Se quedaban de fatiga.  
¡Oh, si ella visto me hubiese,  
Hubiera dicho en seguida:  
Así de Almansur la gracia  
Contra la suerte conquista! (1)

En cuanto á la parte meramente en comiás-

---

(1) IBN-CHALIKAN.

tica de esta clase de composiciones, se debe decir que una grande hinchazon la afea con frecuencia. La repetición constante en el elogio de la valentía, de la liberalidad y de la magnificencia régia, forzaba á los poetas á buscar en lo extraño de la expresión, en lo pomposo del estilo, y en lo rebuscado y raro de las comparaciones, un medio de tener novedad, y con todo, incurrian en este defecto, sin lograr por eso libertarse de la monotonía de que ansiaban huir. A veces, sin embargo, en medio de lo hueco é hiperbólico, se hallan pasajes que sorprenden por la energía de la expresión ó por el atrevimiento de las imágenes. Dos ó tres ejemplos bastarán á mostrarnos las buenas y malas cualidades de que hemos hablado.

Abu-Aamir dice en un canto, alabando á un general famoso:

Harto saben ya los buitres  
Que como leones bravos  
Se arrojan sobre la presa  
Tus valerosos soldados.  
Sobre tí hambrientos se ciernen,  
Y graznan pidiendo pasto,  
Hasta que vuelven al nido,  
De carne humana saciados (1).

---

(1) IBN-CHALIKAN.

Ibn-Hani canta:

Señor, cuando tus corceles  
A la pelea se lanzan,  
No detienen su carrera  
Las más sublimes montañas.  
Los primeros siempre son  
En entrar en las batallas;  
Ojos no hay que los sigan;  
Al relámpago aventajan,  
Y su rapidez apénas  
Los pensamientos igualan.  
Vierten las fecundas nubes  
Raudos torrentes de agua,  
Pero tu pecho magnánimo  
Más beneficios derrama.  
De las estrellas del cielo,  
Que con sus giros preparan  
Riego á los campos, tu diestra  
Tal vez la senda señala (1).

Ibn-Abd-Rebbihi dirigió á Abdurrahman III, ántes que tomase el título de Califa, los versos siguientes:

Ancha senda al Islam Dios bondadoso  
Tiene abierta en el día,  
Y van los hombres en tropel copioso,  
Do esta senda los guía.  
Ya la tierra con rica vestidura  
Reluce ataviada,

---

(1) IBN-CHALIKAN.

Y se viste de gala y de hermosura  
Para ser tu morada.  
¡Oh hijo de califas! es consuelo  
Tu gracia y bien del mundo;  
No dan jamas las nubes desde el cielo  
Un riego más fecundo.  
Nunca la guerra, si por tí guiados  
A tus valientes mira,  
El ánimo que das á tus soldados  
En los otros inspira.  
Postra á tus piés su avergonzada frente  
La herejía tremenda;  
El indómito potro fácilmente  
Se somete á la rienda.  
Atada á tus reales estandartes  
Camina la victoria,  
Y siempre te obedece en todas partes,  
Por amor de tu gloria.  
¡Oh vástago de reyes! ofendido  
Al Califato tienes,  
Porque con su corona no has querido  
Cefñir aún tus sienes (1).

Casi con el mismo celo que el encomio, era cultivada la sátira, y es admirable el atrevimiento con que los poetas solian disparar los más agudos dardos contra los poderosos. Véase, por ejemplo, esta composicion, escrita cuando Almansur, el poderoso ministro del impotente Omiada Hisham, gobernaba el imperio:

---

(1) AL-BAYAN, 240.



De cuanto en torno contemplo  
En verdad me maravillo;  
Este mal que nos aqueja  
No puede tener alivio.  
El alma creer no quiere  
Lo que los ojos han visto.  
¿Cómo, si viven aún  
De Humeya los nobles hijos,  
Pretende subir al trono  
Un jiboso advenedizo? (1).  
¿Por qué los fuertes guerreros,  
De sus armas con el brillo,  
Circundan el palanquin  
Pomposo donde va el jimio?  
¿Por qué ocultais, Beni-Humeyas,  
Vuestros rostros tan queridos,  
Que cual las Pléyadas daban  
Sus resplandores benignos?  
Leones erais, y ¡oh mengua!  
Os domó el zorro ladino (2).

A veces aparece la sátira como parodia de la *kasida* encomiástica, y empieza tambien con pinturas de la vida del desierto. Así es que Ibn-Ammar, en unos versos que compuso con-

---

(1) Dozy, que en su Historia traduce tambien estos versos, dice que Almansur tenía muy gallarda figura, y que la malicia del poeta satírico le atribuye sin fundamento la jiba ó corcova.—(N. del T.)

(2) AL-BAYAN, II, 301.—Dozy, *Histoire*, III, 203.

tra Al-Motamid, rey de Sevilla, empieza saludando á una tribu de beduinos que hay en Occidente, y en cuyo campamento las tiendas se aprietan unas á otras; pero en vez de proseguir con los amorosos recuerdos de su querida, habla burlescamente el poeta de la aldea de donde procede la familia del Rey, y la llama la capital del mundo; despues se complace en escarnecer á la mujer del Rey, que no vale más que el cabestro de un camello, etc. (1).

Tambien los poetas se perseguian entre sí con sátiras literarias. Con estos versos zaheria Ibn-Ocht-Ganim á su rival Ibn-Scharaf de Berja:

Se cree en Irac nacido  
Este coplero de Berja,  
Se finge que es un Bothóri,  
Y se declara poeta.  
Cuando sus coplas recita,  
Se aburren hasta las piedras,  
Y quien no muere al oirle,  
En no volver sólo piensa  
A escuchar del chafallon  
Las obrillas chapuceras.  
¡Oh Dschafer, cómo tus versos  
Este infeliz estropea!  
¡Cómo á los grandes ingenios  
Groseramente remeda!

---

(1) Dozy, *Histoire*, iv, 179.

Del licor que beben ellos  
No quiere el cielo que beba;  
Inficionan la poesía  
Sus labios cuando la besan (1).

Como la mayor parte de las poesías de este género, más que á censurar en general las debilidades humanas, van dirigidas contra determinadas personas y han sido compuestas en circunstancias especiales, no ofrecen sino poquísimos intereses á la posteridad. Me limitaré, pues, para terminar este capítulo, á citar aquí algunos versos epigramáticos.

El poeta An-Nihli, protegido del rey de Almería Al-Motassim, en un viaje que hizo á Sevilla, se presentó en la corte del rey Motadid, y dejó que se le escapasen los siguientes versos en una poesía encomiástica:

Motadid, con tu triunfo celebrado  
Las berberiscas tribus exterminas;  
Tambien Al-Motassim ha exterminado  
La casta de los pollos y gallinas.

No sospechando que esta burla fuese conocida de su antiguo valedor, el poeta se volvió á Almería, y á poco recibió una invitacion para ir á cenar con el Rey. Apenas entró en el comedor,

---

(1) Dozy, *Recherches*, 98.

Al-Motassim le acogió con suma benevolencia y le llevó delante de una mesa cubierta toda de pollos y de gallinas. «Quería mostrarte, le dijo, que toda esta casta no ha sido completamente exterminada por mí» (1).

El poeta Al-Husri, mientras que se hallaba en África, fué convidado por Al-Motamid para que viniese á su corte, pero se excusó diciendo:

Quieres que pase el mar en un madero  
Bendígate el Señor, mas yo no quiero.  
Para pasarle á pié no soy Mesías,  
Ni eres Noé, pues arca no me envías (2).

---

(1) Dozy, *Recherches*, 88.

(2) IBN-CHALIKAN.

---

---

## VIII.

### Elegías.—Poesías religiosas.

Lo más bello de cuanto posee la literatura de los árabes en el género elegíaco es sin disputa lo que compuso en la prision el infortunado rey Al-Motamid, de Sevilla. Más adelante daremos á conocer sus obras. Casi igual en mérito es una elegía, llena de los más profundos sentimientos y de los más elevados raptos, en la cual Abul-Beka, de Ronda, despues de la toma de Córdoba y Sevilla por San Fernando, deplora la inminente caída del Islam en España.

La elegía dice así (1):

---

(1) La semejanza que hay entre muchos rasgos y pensamientos de esta composicion y las

Cuando sube hasta la cima  
Desciende pronto abatido  
Al profundo.  
¡Ay de aquel que en algo estima  
El bien caduco y mentido  
De este mundo!  
En todo terreno sér  
Sólo permanece y dura  
El mudar.  
Lo que hoy es dicha ó placer  
Será mañana amargura  
Y pesar.  
Es la vida transitoria  
Un caminar sin reposo  
Al olvido;  
Plazo breve á toda gloria  
Tiene el tiempo presuroso  
Concedido.

---

famosas coplas de Jorge Manrique no puede, en mi sentir, considerarse como mera coincidencia. Así, pues, yo creo que Jorge Manrique hubo de conocer é imitar los versos del poeta arábigo-rondeño. Esta idea, que tuve desde luego, me movió á traducir la bellísima elegía de Abul-Beka en el mismo metro y con la misma combinacion rítmica de las coplas citadas. Despues he sabido que, hace ya años, tradujo en prosa la mencionada elegía, y la publicó en un periódico, el Sr. D. Leon Carbonero y Sol, catedrático de la lengua arábica en la universidad de Sevilla. No he podido hallar aún la traduccion, que, segun me han dicho, va acompañada de algunas

Hasta la fuerte coraza,  
Que á los aceros se opone  
Poderosa,  
Al cabo se despedaza,  
O con la herrumbre se pone  
Ruginosa.  
¿Con sus córtés tan lucidas,  
Del Yemen los claros reyes  
Dónde están?  
¿En dónde los Sasanidas,  
Que dieron tan sábias leyes  
Al Iran?  
¿Los tesoros hacinados  
Por Karún el orgulloso  
Dónde han ido? (1);

---

observaciones, en las cuales el señor Carbonero se muestra tambien inclinado á creer que Jorge Manrique imitó los versos arábigos.

Mi traduccion en verso, como todas las otras que van insertas en este volúmen, no puede menos de ser algo libre; no puede ceñirse á la letra del original, tanto porque estando en verso tiene que variar á veces el giro de la frase para ajustarle á la medida y á la rima, cuanto porque está hecha de otra traduccion en verso, en la cual, á pesar de lo flexible que es la lengua alemana, es indudable que Schack debe haberse tomado algunas libertades. Con todo, yo creo haber sido fiel al sentido y al espíritu, acaso mucho más que si me hubiese ceñido servilmente á la letra.  
—(N. del T.)

(1) Este Karún es el Coré de la *Biblia*, el que

¿De Ad y Temud afamados (1)  
El imperio poderoso  
    Dó se ha hundido?  
El hado, que no se inclina  
Ni ceja, cual polvo vano  
    Los barrió,  
Y en espantosa ruina  
Al pueblo y al soberano  
    Sepultó.

---

se rebeló contra Moisés, por lo cual se le tragó la tierra; pero mucho más poetizado por la fantasía de los árabes. Segun ellos, era riquísimo. Sabía la alquimia y tenía todo el oro que deseaba. Parece que construyó un palacio todo cubierto de oro. Las puertas eran macizas de este metal. Su ostentacion era extraordinaria. Salia de paseo en una mula blanca, enjaezada con riquísimos paramentos. Iba vestido de púrpura, y siempre se mostraba en público con un séquito de cuatro mil de á caballo, todos tambien elegantemente vestidos. Mahoma, en el Corán, habla con frecuencia de este Karún.—(*N. del T.*)

(1) La traduccion alemana, ademas de citar á Ad, cita á Kathan y su poderío. Confieso no haber podido averiguar qué cosa ó personaje haya sido este Kathan. Tal vez equivalga á Kethin ó Cethim, nombre con el que el libro de los *Macabeos* designa la Macedonia ó el imperio de Alejandro Magno.—En cuando á Ad, á los pueblos de Ad, nada hay más á menudo citado



Y los imperios pasaron,  
Cual una imágen ligera  
    En el sueño;  
De Cosróes se allanaron  
Los alcázares, do era  
    De Asia dueño.  
Desdeñado y sin corona  
Cayó el soberbio Darío  
    Muerto en tierra.

---

en el Corán. Lo mismo sucede con los pueblos de Temud. Estos pueblos desdeñaron los avisos que Dios les envió por medio de sus profetas, perseveraron en sus maldades, y Dios los castigó con un viento impetuoso, que arrasó sus ciudades y los aniquiló á todos.—Muchos comentadores del Corán suponen que los hombres de Ad eran gigantes; algunos lo niegan. Sin embargo, todos convienen en que eran poderosos y ricos en extremo. La capital de su Estado se llamaba Irem. Una vez reinó allí un rey cuyo nombre era Cheddar, quien, habiendo oído hablar del Paraíso y de sus delicias, quiso hacer algo mejor en Irem, y edificó alcázares y creó jardines tan portentosos de hermosura y de magnificencia, que parecían sobrepujar á los del Paraíso. La mayor ponderacion que pueden hacer los poetas árabes de un lugar encantador es compararle á los jardines de Irem. Pero ya hemos dicho que Dios destruyó todo esto, en castigo de los pecados de los pueblos de Ad.—  
(*N. del T.*)

¿A quién la muerte perdona?  
¿Del tiempo el andar impío  
    Qué no aterra?  
¿De Salomon encumbrado  
Al fin no acabó el poder  
    Estupendo?  
Siempre del seno del hado  
Bien y mal, pena y placer  
    Van naciendo.  
Mucho infórtunio y afan  
Hay en que caben consuelo  
    Y esperanza;  
Mas no el golpe que el Islam  
Hoy recibe en este suelo  
    Los alcanza.  
España tan conmovida  
Al golpe rudo se siente  
    Y al fragor,  
Que estremece su caída  
Al Arabia y al Oriente  
    Con temblor (1).  
El decoro y la grandeza  
De mi patria, y su fe pura,  
    Se eclipsaron;

---

(1) Dice literalmente el traductor alemán que Arabia se siente amenazada y que tiembla la montaña de Ohod. Lo mal que suena en castellano el nombre de esta montaña no ha consentido que yo le miente en mis versos. La montaña de Ohod está cerca de Medina, y en su falda fué vencido Mahoma por los de la Meca, el año 3 de la Egira.—(N. del T.)

Sus verjeles son maleza,  
Y su pompa y hermosura  
Desnudaron.  
Montes de escombros y desiertos  
No ciudades populosas,  
Ya se ven;  
¿Qué es de Valencia y sus huertos?  
¿Y Murcia y Játiva hermosas?  
¿Y Jaen?  
¿Qué es de Córdoba en el día,  
Donde las ciencias hallaban  
Noble asiento,  
Do las artes á porfía  
Por su gloria se afanaban  
Y ornamento?  
¿Y Sevilla? ¿Y la ribera  
Que el Bétis fecundo baña  
Tan florida?  
Cada ciudad de éstas era  
Columna en que estaba España  
Sostenida.  
Sus columnas por el suelo,  
¿Cómo España podrá ahora  
Firme estar?  
Con amante desconsuelo  
El Islam por ella llora  
Sin cesar.  
Y llora al ver sus verjeles,  
Y al ver sus vegas lozanas  
Ya marchitas,  
Y que afean los infieles  
Con cruces y con campanas  
Las mezquitas.

En los mismos alminbares (1)  
Suele del leño brotar  
    Tierno llanto.  
Los domésticos altares  
Suspiran para mostrar  
    Su quebranto (2).  
Nadie viva con descuido,  
Su infelicidad creyendo  
    Muy distante,  
Pues miéntras yace dormido,  
Está el destino tremendo  
    Vigilante.  
Es dulce patria querida  
La region apellidar  
    Do nacemos;  
Pero, Sevilla perdida,  
¿Cuál es la patria, el hogar  
    Que tenemos?  
Este infortunio á ser viene  
Cifra de tanta afliccion  
    Y horror tanto;  
Ni fin, ni término tiene  
El duelo del corazon,  
    El quebranto.

---

(1) *Almimbar* es lo mismo que púlpito. Ya el Duque de Rivas, en *El moro Expósito*, emplea esta palabra como castellana.—(N. del T.)

(2) Acaso los escrupulosos hallen una impropiedad en hablar de los *altares domésticos* entre los mahometanos. La traduccion alemana dice *capillas de cama*, esto es, adoratorio ú oratorio de la alcoba.—(N. del T.)

Y vosotros, caballeros,  
Que en los bridones volais  
    Tan valientes,  
Y cual águilas ligeros,  
Y entre las armas brillais  
    Refulgentes;  
Que ya lanza ponderosa  
Agitais en vuestra mano,  
    Ya, en la oscura  
Densa nube polvorosa,  
Cual rayo, el alfanje indiano  
    Que fulgura;  
Vosotros que allende el mar  
Vivis en dulce reposo,  
    Con riquezas  
Que podeis disipar,  
Y señorío glorioso  
    Y grandezas;  
Decidme: los males fieros  
Que sobre España han caído,  
    ¿No os conmueven?  
¿Será que los mensajeros  
La noticia á vuestro oído  
    Nunca lleven?  
Nos abruman de cadenas;  
Hartan con sangre su sed  
    Los cristianos.  
¡Doleos de nuestras penas!  
Nuestra cuita socorred  
    Como hermanos!  
El mismo Dios adorais,  
De la misma estirpe y planta  
    Procedéis;

¿Por qué, pues, no despertais?

¿Por qué á vengar la ley santa

No os moveis?

Los que el imperio feliz

De España con alta honra

Sustentaron,

Al fin la enhiesta cerviz

Al peso de la deshonra

Doblegaron.

Eran cual reyes ayer,

Que de pompa se rodean;

Y son luégo

Los que en bajo menester,

Viles esclavos, se emplean

Sin sosiego.

Llorado hubierais, sin duda,

Al verlos, entre gemidos,

Arrastrar

La férrea cadena ruda,

Yendo para ser vendidos,

Al bazar.

A la madre cariñosa

Allí del hijo apartaban

De su amor;

¡Separacion horrorosa,

Con que el alma traspasaban

De dolor!

Allí doncellas gentiles,

Que al andar perlas y flores

Esparcian,

Para faenas serviles

Los fieros conquistadores

Ofrecian.

Hoy en lejana region  
Prueban ellas del esclavo  
    La amargura,  
Que destroza el corazon  
Y hiere la mente al cabo  
    Con locura.  
Tristes lágrimas ahora  
Vierta todo fiel creyente  
    Del Islam.  
¿Quién su infortunio no llora,  
Y roto el pecho ño siente  
    Del afan? (1).

Goza de fama singular otra elegía compuesta por Ibn-Abdun á la caída de la dinastía de Badajoz; pero difícilmente podemos convenir con los críticos árabes, que la encomian como una obra maestra. Esta elegía está sobrecargada de erudicion histórica, y su estilo lleno de antítesis, y sus muchas alusiones, que apénas se entienden sin comentario, hacen creer que la tal poesía no ha sido verdaderamente inspirada por el sentimiento de las desgracias de aquella familia real.

Un sentimiento más verdadero hay en los versos elegíacos, que Abul Abbas, de Jerez, el cual habia vivido en Damasco mucho tiempo,

---

(1) MAKKARI, II, 780.

escribió, recordando con amor los días que allí  
había pasado:

Suspira por vosotros  
Mi corazon herido,  
De Damasco la hermosa  
¡Oh mis caros amigos!  
¿Por qué ninguna nueva  
De vosotros recibo?  
Ni cuando estoy despierto,  
Ni cuando estoy dormido,  
Mi corazon encuentra  
Para su mal alivio,  
Desde que tan distante  
De vuestro lado vivo.  
Aquellos gratos dias  
Recuerdo de continuo,  
Que, estando yo en Damasco,  
Pasaron fugitivos.  
¡Cuál otro era yo entónces,  
Si, al albor matutino,  
De Nairab en los valles,  
Húmedos de rocío,  
Las flores contemplaba,  
Y escuchaba el sonido  
Del aura entre las hojas,  
Y el murmurar del rio,  
Y de blancas palomas  
El amante gemido!  
Del monte en la ladera,  
Tal mi ventura ha sido,  
Que otra igual en mi vida,  
De lograr deseonfio.



Allí riegan las plantas  
Arroyos cristalinos:  
¡Bien pudieran mis ojos  
Con lágrimas suplirlos! (1).

Al poeta Abul-Makschi, que vivió en tiempo de Abdurraman I, le sacaron los ojos por orden del príncipe Suleiman, porque se atrevió, en unos versos que le habia dirigido, á hacer algunas alusiones ofensivas á su hermano Hischam, de que Suleiman se creyó en el deber de tomar venganza.

Aquel desgraciado escribió las siguientes líneas con motivo de su ceguera:

La madre de mis hijos abrumada  
Por el dolor está,  
Porque mis ojos con su diestra airada  
Ha fulminado Alá.  
Ciego me ve seguir la esposa mia  
Esta mortal carrera,  
Hasta que el borde de la tumba fria  
Con el báculo hiera.  
Y la infeliz, postrada por el suelo,  
Exclama: «¡Oh suerte, oh suerte,  
No aumentarás tan espantoso duelo,  
Ni con la misma muerte!»

---

(1) MAKKARI, I, 536.

Y abre en mi corazon profunda llaga,  
Diciendo: «No hay pesar  
Como no ver la luz, que ya se apaga  
En tu dulce mirar» (1).

Cuando el poeta se hizo llevar delante del Califa y le recitó estos versos, Abdurrahman se conmovió hasta verter lágrimas, y le dió dos mil dineros, mil por cada ojo. Tambien Hischam, cuando subió al trono, recordó con piedad esta desgracia, que Abul Makchi habia tenido por causa suya, y siguiendo el ejemplo de su padre, le dió mil dineros por la pérdida de cada ojo.

La siguiente elegía religiosa se compuso á la memoria del rey de Granada Abul-Hadschadsch-Jusuf, asesinado traidoramente en la mezquita, mientras hacía oracion. La elegía adorna como epitafio la losa de su sepulcro:

Logre la gracia divina  
Quien en esta tumba yace,  
Y la bendicion del cielo  
Mientras que el tiempo duráre.  
Hasta el dia del juicio,  
Cuando ante Dios los mortales  
Caigan con la faz en tierra,  
Dios te bendiga y te guarde.  
Pero una tumba no eres,

---

(1) *Journal asiatique*, 1856, II, 476.

Eres un jardín fragante,  
Donde el aroma del mirto  
En torno embalsama el aire;  
De la flor más delicada  
Eres el precioso cáliz,  
Y eres nacarada concha  
De la perla más brillante;  
Y ocaso donde la luna  
Hundió su fulgor suave,  
Y asilo de la grandeza,  
Y centro de las bondades;  
Porque guardas en tu seno  
Al príncipe más amable,  
Heredero de Nazar,  
Honra y prez de su linaje.  
Tú guardas al que á los débiles  
Protegia con su alfanje,  
Al defensor de la fé,  
Al rayo de los combates.  
Fué siempre de la justicia  
El más firme baluarte,  
Y el más terrible enemigo  
De heréticas impiedades.  
Noble vástago de Ubada,  
Heredado de sus padres  
Ocupó el trono, y fué digno  
Por su virtud de ocuparle.  
De la vasta mar inmensa  
Dar una idea es más fácil  
Que de su piedad profunda  
Y de sus hazañas grandes.  
Al fin nos le arrebató  
Del tiempo el cambio incesante.

¿Qué no perece en el mundo?  
¿Qué es duradero y estable?  
Con la noche y con el día,  
De doble rostro hace alarde  
El tiempo; ¿cómo extrañar  
Que nos burle y nos engañe?  
Orando á Dios, de rodillas,  
Él sucumbió como un mártir.  
La luna de los ayunos  
Cumplió con celo laudable,  
Su rara virtud mostrando  
En mil obras ejemplares.  
Y en la fiesta en que se rompe  
El ayuno, vino á darle  
Un asesino la muerte,  
Porque su ayuno acabase,  
Con la copa del martirio  
Para el banquete brindándole (1).  
Por más que las lanzas sean  
Y los dardos penetrantes,  
Sólo cuando hiere Dios  
Son las heridas mortales.  
¡Ay de aquel que se confie  
En este mundo mudable,  
Y en arena movediza  
Torres de orgullo levante!  
Tú, Señor de aquel imperio  
En que término no cabe,  
Que nuestra vida gobiernas,

---

(1) Aquí, segun dice Schack, siguen algunos versos más en el original, que él no ha traducido.

Y marcas nuestro viaje,  
Echa el velo á nuestras culpas  
De tu gracia inagotable.  
En tu bondad sólo debe  
Todo mortal confiarse.  
Envuelto en ella conduce  
El rey de los musulmanes  
A la mansion venturosa  
De los goces celestiales.  
En tí tan sólo se encuentran  
Salud y dicha durables:  
En el mundo todo engaña,  
Y todo en el mundo cae.

Con esta elegía se puede decir que hemos entrado en el dominio de la poesía religiosa, y por consiguiente, debemos presentar aquí algunas otras muestras de ella. También en España hallaron numerosos parciales el misticismo y el ascetismo, que ya aparecieron en los primeros siglos del Islam, y alcanzaron en el *sufismo* su perfección más alta. Así en las ciudades como en la soledad de los montes se levantaron claustros y ermitas, donde piadosos anacoretas, apartados del mundo, se consagraban enteramente á la contemplación de lo infinito (1). Sin em-

---

(1) IBN BATUTA, IV, 372.—MAKKARI, L. V.—Tal vez extrañarán algunos lectores que el señor Schack, después de afirmar en el prólogo de

bargo, en las poesías religiosas del pueblo español de entónces, al ménos en aquellas que nos son conocidas, en balde hemos buscado la mística profundidad, por donde se distinguen las obras de los *sufies* orientales. No hay en ellas aquel arrobo, aquella embriaguez divina

esta obra que en balde se procuraria por medio de algunas de las modernas lenguas europeas tener noticias de las poesías arábigo-hispanas, ni ménos conocerlas, cite tan á menudo á Mak-kari, que está traducido en lengua inglesa por el Sr. D. Pascual de Gayángos, y que da noticias y hace conocer muchas de las mencionadas poesías. Para explicar esto, conviene saber que la *Historia de las dinastías mahometanas en España* no está traducida por el Sr. Gayángos completamente. Consta dicha *Historia* de ocho libros. El Sr. Gayángos ha preferido traducir la parte política, y ha desechado mucho de lo que á la parte literaria y científica se refiere. En los mismos libros que ha traducido, suprime casi siempre los versos, como en los libros I, II, III, IV y VIII. El libro V, que contiene las vidas de los ilustres mahometanos españoles que peregrinaron por el Oriente para instruirse, no le ha traducido. Y no ha traducido tampoco el libro VII, casi todo compuesto de poesías. Sin embargo, el Sr. Gayángos ha intercalado en su traduccion dos interesantes capítulos de dicho libro VII, que contienen una carta de Ibn-Hazm y un apéndice á esta carta, llenos ambos escri-

de un alma que se anega en la inmensidad del sentimiento y que llega á aniquilar su propio sér en el abismo del amor de Dios, sino severas consideraciones sobre lo pasajero de la vida, arrepentimiento de los pecados y esperanza en la misericordia del Altísimo (1).

tos de noticias sobre historiadores, teólogos, matemáticos, filósofos y poetas. Asimismo trae la excelente obra del Sr. Gayángos muchos datos sobre puntos científicos y literarios, en las notas, ilustraciones y apéndices con que va enriquecida; entre otras cosas, las vidas de los filósofos conocidos vulgarmente en las escuelas con los nombres de Averroes y Avempace.—Pero, concretándonos sólo á los versos, no se puede negar, aunque la obra de Schack, y mi traducción, por consiguiente, pierdan en ello, que algunos de los que aquí se traducen están ya traducidos por Gayángos en su *Makkari*, y algunos otros lo están por Dozy, en la *Historia* ó en las *Investigaciones*.—(N. del T.)

(1) Imposible nos parece que no existiera en la poesía religiosa de los árabes españoles esa profundidad mística que Schack echa de menos. Acaso sólo ha llegado á manos de Schack la poesía ascética, y no la mística, que debió de existir. ¿Cómo es posible que el misticismo de la filosofía arábigo-hispana no se reflejase en la poesía, en un pueblo tan poético? Y que el misticismo tuvo gran parte en la filosofía de los árabes españoles, es un hecho evidente. «La

De los siguientes versos asegura su propio autor As-Suhaili, que cada uno que los recite para implorar la gracia de Dios, verá satisfecho su deseo:

¡Oh tú, que el más oculto sentimiento  
Sabes del corazon!

---

filosofía, dice Renan (*Averroes y el averroismo*), agotada ya en Oriente, adquirió nuevo brillo en la España musulmana, gracias á Ibn-Badja y á Ibn-Tofail, aunque tomando un carácter místico mucho más pronunciado.» Y en otro lugar dice: «Aunque Plotino no fuese nunca conocido de los musulmanes, nada se parece más á la doctrina de las *Enneades* que ciertas páginas de Ibn-Badja, de Ibn-Roschd y de Ibn-Gabirol.»—«La doctrina de la union (*ittisal*), añade, por último, el mismo autor en la citada obra, fué el objeto constante de las preocupaciones de la escuela arábigo-hispana.» Esta union está así explicada por Renan, siguiendo á Averroes: «El entendimiento pasivo aspira á unirse al entendimiento activo, como la potencia apetece el acto, la materia la forma, la llama el cuerpo combustible. Este esfuerzo no termina en el primer grado de posesion, que se llama *entendimiento adquirido*. El alma puede llegar á una union mucho más íntima con el entendimiento universal, á una especie de identificacion con la razon primordial. El *entendimiento adquirido* ha servido para conducir al hombre hasta el santuario; pero des-



¡Oh tú, que en los trabajos das aliento,  
Y alivio en la affixion;  
A quien se vuelve lleno de esperanza  
El corazon contrito;  
Por quien el pecador tan sólo alcanza  
Expiar su delito!  
Tú, que viertes de gracias un tesoro,  
«Así sea», al decir:

---

aparece en cuanto logra este fin, como la sensacion prepara la imaginacion y desaparece cuando el acto de la imaginacion es muy intenso. Así, pues, el entendimiento activo ejerce sobre el alma dos acciones distintas: con la una la eleva á la percepcion de los inteligibles, y con la otra la lleva á la union con los inteligibles mismos. El hombre, cuando llega á este estado, comprende todas las cosas, porque se ha apropiado *la razon*. Hecho semejante á Dios, es en cierto modo todos los seres, y los conoce tales como son, porque los seres y sus causas no son nada, fuera de la ciencia que él tiene.» Averroes, con todo, no es nunca tan místico como Ibn-Badja ó Ibn-Tofail. En este último, el misticismo llega al mayor extremo. El alma logra el *ittisal*, la union íntima con Dios, por las vueltas rápidas del derviche, dándose el vértigo, encerrándose en una caverna con la cabeza contra el suelo y los ojos cerrados, y apartándose de todo objeto sensible.—Repetimos que no parece natural que todas estas doctrinas, tan comunes entre los filósofos, no hallasen eco en la poesía árabe-hispana.—(N. del T.)

Escúchame, Dios mio, yo te imploro;  
Mi voz dignate oír.  
Que mi propia humildad por mí interceda,  
¡Oh mi dulce sosten!  
Eres el solo apoyo que me queda,  
Eres mi único bien.  
En mi abandono, en tu bondad confío;  
A tu puerta he llamado;  
Si no me abres, el dolor impío  
Me hará caer postrado.  
Tú, cuyo nombre invoco reverente,  
Si no das lo que anhela  
Tu pobre siervo en oracion ferviente,  
Señor, su afan consuela.  
Haz que no desespere en tanta cuita  
El débil pecador,  
Pues tu misericordia es infinita  
E inexhausto tu amor (1).

Esta otra plegaria es de Ibn-Alfaradi:

Cautivo y lleno de culpas  
Estoy, Señor, á tu puerta,  
Temiendo que me castigues,  
Aguardando mi sentencia.  
De mis pecados el cúmulo  
Con tu mirada penetras;  
Por tí me angustia el temor,  
Y la esperanza me alienta.  
Pues ¿de quién, sino de tí,

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *As-Suhaili*.

El alma teme ó espera?  
Es inevitable el fallo  
De tu justicia tremenda.  
Cuando á abrir llegues el libro  
Donde escribistes mis deudas,  
La suma de mis maldades  
Temo escuchar con vergüenza.  
Ilumíname y consuélame,  
Del sepulcro en las tinieblas,  
Donde yaceré olvidado  
De mis más queridas prendas;  
Y que el perdon de mis culpas  
Tu gran bondad me conceda,  
Pues tendré, sin tu perdon,  
Una eternidad de penas (1).

Abu-Salt-Omaya compuso los siguientes versos en la hora de su muerte, y mandó que los grabasen en su sepulcro:

Miéntras que me arrastraba  
Del mundo la corriente fugitiva,  
Yo jamas olvidaba  
Que hácia la muerte caminando iba.  
Hoy la muerte no temo,  
Cuando me siento próximo á morir,  
Sino del Juez supremo  
El fallo inevitable que he de oir.  
¿Qué destino me espera?

---

(1) MAKKARI, I, 545.

De mis culpas el número es crecido.  
¡Cuán justo el Señor fuera,  
Castigando á quien tanto le ha ofendido!  
Pero el alma confía  
En su misericordia y su perdon,  
Para gozar del día  
Venturoso y eterno en su mansion (1).

De Ibn-Sara:

¿Por qué tan dócil oído  
Sueles prestar todavía  
A la dulce voz de aquellos  
Que á las fiestas te convidan?  
¿No te anuncian ya tus canas  
Que la muerte se aproxima?  
¿Para qué te ha dado Dios  
Entendimiento, si evitas  
Escuchar las advertencias  
Que tu destino te avisan?  
Sordo y ciego debe estar  
Todo aquel que no las siga.  
Lo pasado y lo presente  
El porvenir garantizan.  
Al cabo, de las esferas  
Se romperá la armonía,  
Y se apagarán la luna  
Y el sol que las iluminan.  
No ha de durar siempre el mundo;

---

(1) IBN-CHALIKAN.

Cuantos en la tierra habitan,  
Ya bajo tiendas movibles,  
Ya en las ciudades y villas,  
Deben al cabo perder  
La existencia fugitiva (1).

---

(1) IBN-CHALIKAN.—Como se ve, las poesías religiosas que he traducido tienen corto valer y ninguna profundidad. El amor propio de autor, que algo se comunica á quien traduce, no puede cegarme. Creo, con todo, por las razones ya expuestas en otra nota, que el misticismo debe de haber inspirado mejores cosas á los árabes españoles. Ya hemos visto cuán grande era la propension de la filosofía arábigo-hispana al misticismo, y no acertamos á creer lo que afirma Renan, de que la filosofía, así en Oriente como en Occidente, tuvo poco ó ningún influjo en el pueblo mahometano, permaneciendo siempre aislada y semioculta entre cierta aristocracia de eruditos. Sin embargo, aún dando fe á este aserto, todavía no se puede negar que el movimiento teológico fué muy activo en España, y que en él está, según el mismo Renan, la verdadera vida filosófica del islamismo. Dentro de la ortodoxia musulímica había multitud de escuelas, y fuera de ella, no pocas sectas ó herejías.—*(N. del T.)*

---



---

---

## IX.

### Poesías várias.

Hasta aquí hemos agrupado las diferentes composiciones, atendiendo á la semejanza de su contenido; pero hay muchas que se resisten á esta division por su índole propia y porque el autor ha expresado en ellas sus ideas ó sentimientos sobre los hombres y la naturaleza, bajo muy diversos puntos de vista. A menudo se advierte esta diversidad en una misma composicion, la cual está como formada de muchas partes, conteniendo cada una distinto asunto, como si fuesen várias composiciones. Esta falta de unidad resalta, por ejemplo, en la famosa *kasida* en elogio de Córdoba, que estaba en boca de

todos los andaluces con el título de *El tesoro de la fantasía*. Empieza la *kasida*, á la manera de las antiguas poesías arábicas, hablando con pena y deseo amoroso de las enamoradas ausentes (1), y en seguida, y sin transición, hace el poeta el elogio de Córdoba, su patria, lamenta el mal estado de los negocios, por el cual tiene que privarse de muchos placeres, y dice que por todas partes le aconsejan que emigre y busque fortuna en países extraños; pero él se resuelve decididamente á no abandonar la patria querida. Toda la *kasida*, que no carece de interés, á pesar de lo defectuoso de su composición, dice como sigue:

De muy léjos el saludo  
Llega á mí de mis queridas,  
Como suspiro del aura,  
Lleno de fragancia rica.  
Sobre praderas de aromas  
Parece que se desliza,  
Las esencias recogiendo  
De rosas y clavellinas.  
Dentro de mi pecho infunde

---

(1) Como en las antiguas *kasidas*, las enamoradas son mencionadas en ésta en plural. Sobre esta costumbre véase á Dozy, *Loci de Abbadidis*, I, 409.—Humbert, *Antologie*, 204.—Slane, *Journal asiat.*, 1839, I, 175.



Nuevo espíritu de vida,  
Y mi muerto corazón  
Para el amor resucita.  
Este espíritu suave,  
Que ellas de lejos me envían,  
De la profunda tristeza,  
De los pesares me alivia.  
Mil amorosos recuerdos  
Pasan por el alma mía,  
Cual sobre arena candente  
La fresca y húmeda brisa.  
Como manso viento lleva  
Hojas del árbol caídas,  
Mi corazón arrebatan  
Las pasadas alegrías;  
Y me embriagan cual vino,  
Y todo mi ser agitan,  
Y despiertan esperanzas  
Por largo tiempo dormidas.  
El perfume de tu amor,  
¡Oh hermosa! el alma respira,  
Y cuando te llora ausente,  
Verte otra vez imagina;  
Y vuela, el rastro oloroso  
Tomando siempre por guía,  
Porque el ansia de logarte  
Nuevamente la domina.  
De tu aérea vestidura  
Tocar anhelo la fimbria,  
Y de lágrimas y besos  
Enamorados cubrirla.  
Arrastro sobre esta tierra  
Mis penas y mis fatigas,

Sin tener consuelo alguno  
Mi negra melancolía.  
Corro del valle de Akik  
A la Ruzafa magnífica  
(Solo al mentar estos nombres,  
De repente mis mejillas  
Con lágrimas se humedecen);  
Ya mis pasos se encaminan  
Al prado de Addun, al claustro (1),  
A la fúnebre capilla,  
O á la puerta de aquel hombre  
Poderoso, que me brinda  
Con su vino y su amistad,  
Que siempre son mi delicia.  
Alá le guarde y proteja,  
Y me conceda la dicha  
De poder verle y hablarle  
Todo el tiempo que yo exista.

---

(1) Es de notar que en tierra de moros habia conventos de monjas y de frailes cristianos, célebres con frecuencia por el exquisito vino que en ellos se cosechaba y criaba. Los moros solian ir á estos conventos á emborracharse, y si hemos de creer al poeta Ibn-Hamdis de Siracusa, y si no hemos de tomar lo que dice por mentirosa jactancia, tenian los mahometanos orgías nocturnas en los conventos de Sicilia, como la que describe dicho poeta siracusano en una *kasida*, que insertaremos en el tomo II de esta obra.—  
(N. del T.)

A la puerta de Damasco  
No quiero hallarme en la vida;  
Ir á regiones extrañas  
Mi pensamiento no ansía.  
El que su patria abandona,  
No bien ausente se mira,  
Arrepentido lamenta  
Su arrebatada partida.  
¿Qué alcanza ni qué consigue  
El que mucho peregrina?  
Ganar tal vez con trabajo  
Su sustento solicita;  
Pero ¿qué saben los hombres  
De lo que Dios determina?  
Quien emigrar me aconseja,  
Con mayor razon podria  
Aconsejar á un eunuco  
El ser padre de familia.  
Mi salud en este mundo  
Y en el otro aquí se cifra;  
Por nada la deliciosa  
Córdoba yo dejaria.  
Grande es la ciudad; del rio  
Las ondas son cristalinas;  
Verde espesura, jardines  
Y flôres bordan su orilla.  
Para vivir siempre en Córdoba  
Más que Noé viviria.  
De Faraon los tesoros  
Déme la suerte propicia  
Para gastarlos en vino  
Y en cordobesas bonitas,  
Ojinegras, cariñosas,

Que á dulces besos convidan.  
Mas, ¡ay! que debo quejarme  
De la fortuna maldita,  
Que con pobreza y cuidados  
De continuo me atosiga.  
Jamás alcanza mi mano  
Adonde alcanza mi vista.  
Méenos que yo valen otros,  
Y llegan adonde aspiran.  
Entre desdichas tan crudas  
Es la más cruda desdicha  
Tener, como un pordiosero,  
La bolsa siempre vacía,  
Y de caprichos de rey  
La imaginación henchida.  
A contemplar no me atrevo,  
De Yabrin en las colinas,  
A las esbeltas mujeres,  
Cual las anémonas lindas.  
Al verme tan angustiado,  
Me dicen muchos: Emigra;  
Y yo respondo: Lo haré,  
Cuando no esté de la viña  
Colgado mi corazón;  
Cuando el aura matutina  
Con el aroma del mirto  
No dé á mi pecho alegría;  
Cuando los cantares odie  
Y las redondas mejillas,  
Como la granada rojas,  
Y no exciten mi codicia  
Las pomas de amor fragantes,  
Que blandamente palpitan.

Para evitar la miseria  
Trabajaré noche y día;  
Haré esfuerzos por lograr  
Una suerte más benigna;  
Mas no pretendais de mí  
Que deje la patria mia;  
Al caballo de viaje  
No pondré jaez ni brida.  
Muy sano es vuestro consejo,  
Mas permitid no le admita;  
No puede el alma sufrir  
Que otros en mi casa vivan.  
Quiero ser fiel á mi patria,  
Aunque me dió poca dicha,  
Aunque en ella mis deseos  
Y voluntad se marchitan.  
En ella apenado vivo,  
Y con desprecio me miran;  
Mas no he de ver otras tierras  
Y gentes desconocidas.  
«Viene á medrar con nosotros  
Este extranjero», dirian,  
Mis frases más amistosas  
Pagando con invectivas;  
«Léjos de aquí; sólo agradas  
Si de delante te quitas;  
Tu presencia me es odiosa  
Y me despierta la ira.»  
¡Oh amorosos ojos negros!  
¡Oh mujeres peregrinas!  
No es para mí vuestro amor;  
Me atrevo apénas la vista  
A tender hácia vosotras;

Tanto la inopía me humilla.  
Y tú, vino del convento,  
Confortadora bebida,  
Para gustarte á menudo,  
Dinero se necesita.  
¡Oh Tú, que con decir «sea»,  
Cuanto hay en el mundo crias,  
Ve que en Córdoba me quedo  
En necesidad grandísima;  
Poderoso y grande Aláh,  
En tí mi alma confía! (1).

Mostrarémos aún con otro ejemplo cuán poco necesario era, en concepto de los árabes, que un pensamiento claramente determinado ligase entre sí todas las partes de una composición poética. En la *kasida* que vamos á insertar á continuacion, describe Ibn-Said unas relaciones amorosas, que defiende contra toda censura, y despues una noche pasada alegremente en las cercanías de Granada, á orillas del Genil. Ambas partes se enlazan tan poco, que sin dificultad pudieran formar dos composiciones en lugar de una sola:

Miéntas gimen las palomas  
Alárgame el vaso lleno:  
Venga vino, y de mi seno  
Ahuyente todo pesar.

---

(1) MAKKARÍ, I, 356. El autor de esta *kasida* es Abul-Kassim Aamir Ben Hischam.

Acércate, y que yo pueda,  
Estrechando tu cintura,  
De tu boca en la frescura  
Mi sed ardiente calmar.  
Dulce tesoro tu boca  
Es de perlas orientales,  
Es un cerco de corales,  
Lleno de aromas y miel.  
Mi vida y alma son tuyas;  
Más que á mí mismo te amo.  
Eres cual airoso ramo  
En encantado verjel.  
Sobre una excelsa colina  
Eres cual planta lozana,  
Y compiten la mañana  
Y la noche por tu amor.  
¿Cómo extrañar que tu gracia  
Mi corazon encadene?  
Te amaré aunque me condene  
Tanto severo censor.  
Aunque mi afecto escarnezca  
Y ria de mi constancia,  
Siempre haré con arrogancia  
Frente á la murmuración.  
Más fuerte que sus calumnias  
Es el amor que me inspiras;  
Sus consejos y mentiras  
No matarán mi pasión.  
Dicen que por causa tuya  
Adquiero perversa fama;  
Que el mundo loco me llama  
Y que se burla de mí;  
Que tus amores quebrantan

La energía de mi vida;  
Que está mi hacienda perdida;  
Que hasta mi honra te dí.  
Pero yo al punto respondo  
Que temo más tus desdenés,  
Que honra, paz, salud y bienes  
En un instante perder.  
Ni conjuros ni razones  
Vencen mi amante locura:  
Me liga con tu hermosura  
Un invencible poder.  
Aunque dicen que me engañas,  
En tu lealtad me confío;  
Ir á tus brazos ansío,  
Y tú á mis brazos venir.  
Lanzas y espadas en vano  
Se oponen á tu venida;  
No hay densa nube que impida  
que llegue el sol á lucir.  
Burlas á los guardas, rompes  
De tus prisiones los hierros;  
No hay vigilancia ni encierros  
Que te detengan jamás:  
Para llegar amorosa  
Donde tu amante suspira,  
¿De qué discreta mentira,  
De qué medio no usarás?  
Si un día de mí te burlas,  
Y si por otro me dejas,  
No serán nunca mis quejas  
Porque poco te guardé.  
Sé que guardar es inútil  
El amor de las mujeres:



Guárdate tú, si me quieres,  
Y consérvame tu fe.  
Mas, aunque al cabo me engañes,  
Vivirán en mi memoria,  
Como recuerdos de gloria,  
Tus caricias y tu amor;  
Cuando tus labios hermosos  
Con los míos se estrechaban,  
Y en vano calmar ansiaban  
Su fuego devorador.  
Yo nunca á Dios en mis rezos  
Bastantes gracias daría  
Por aquel dichoso día  
Que pasé junto al Genil,  
Cuando entonaban sus himnos  
Alondras y ruiseñores,  
Siendo de aquellos cantores  
Los verdes ramos atril.  
El sol poniente los árboles  
Mágicamente doraba,  
Y el río serpenteaba,  
Cual argentino riel.  
Vertía amante ternura  
En nuestras almas el vino,  
Cual topacio cristalino  
Y dulce como la miel.  
La blanca espuma que al borde  
Del vaso lleno subía,  
Entre rosas parecía  
Un floreciente jazmín;  
Y la luz formaba un iris  
En el vino penetrando,  
Que perlas y aromas dando,

Regocijaba el festin.  
Así del festin gozamos,  
Hasta que en el occidente  
El sol su manto luciente,  
Al hundirse, recogió.  
Para evitar las tinieblas  
Las lámparas encendimos;  
Pero el vino que bebimos  
Mucho más nos alumbró.  
En estrella se transforma  
Por la noche cada vaso,  
En estrella sin ocaso,  
Que no cesa de brillar.  
La noche en estos delcites  
Fué pasando hora tras hora,  
Y al fin anunció la aurora  
De las aves el cantar.  
Y llegó el día, y entónçes  
Un viajero que pasaba,  
Por nuestras almas rezaba,  
Porque muertos nos creyó,  
Viéndonos allí tendidos  
Inmóviles y beodos.  
Bendito el vino, que á todos  
Tan grato sueño nos dió (1).

Las composiciones siguientes pueden considerarse como epigramas en el sentido de los de la antología griega:

---

(1) MAKKARI, I, 649.

## A UNA ESPADA.

Cual astro en las tinieblas aparece,  
Como tea inflamada;  
Entre nubes de polvo resplandece,  
Como el sol, esta espada.  
Tiembla y huye el contrario si la mira,  
Que se acerque temiendo;  
Sólo su imagen el terror inspira  
A quien la ve durmiendo.

## INSCRIPCION DE UN ARCO.

Cuando el polvo se levanta  
Sobre el lugar del combate  
Y marcha la destruccion  
De fila en fila triunfante,  
Y ejército contra ejército  
Lucha con rudo coraje,  
Y sobre todo guerrero  
Vuela la muerte implacable,  
Mando para el enemigo  
Que de más bravo hace alarde,  
De improviso, un hierro agudo,  
Que en el corazon se clave.  
Brillo como media luna  
Entre revueltos celajes;  
Como estrellas ominosas  
Mis flechas cruzan el aire (1).

---

(1) GRANGERET, 185, 187.

A UNA ESTATUA DE VÉNUS QUE SE HALLÓ EN SEVILLA,  
EN UNA EXCAVACION.

¡Con cuántos hechizos brilla  
Esta imágen de mujer!  
Da la luz á su mejilla  
Un mágico rosicler.  
Un hijo tiene la hermosa,  
Mas nadie pensar pudiera  
Que una lanzada amorosa  
Jamás su cuerpo oprimiera.  
Es de mármol, pero mira  
Tan dulce y lánguidamente,  
Que al verla, de amor suspira  
El alma ménos ardiente (1).

A UN MANCEBO QUE HABIA PELEADO VALEROSAMENTE  
EN LA BATALLA DE ZALACA.

En negro corcel, ¡oh jóven!  
Te vi entrar en la batalla:  
Cual la luna, cuando el velo  
De oscuras nubes desgarrá,  
Y luce entre las tinieblas,  
Que disipa amedrentadas,  
Tu hermoso rostro lucía  
Entre flechas y entre lanzas (2).

---

(1) MAKKARI, I, 350.

(2) *Scriptor. loc. de Abbadidis*, I.

Muy tiernamente sentida está la siguiente composicion á un jóven sevillano, cautivo en Murcia:

Con honda pena el desdichado gime,  
Y nada le sosiega;  
Inútilmente su dolor reprime;  
En lágrimas se anega.  
Ten compasion del mozo que suspira,  
De libertad sediento:  
Sólo en la huesa su reposo mira;  
Muerte en cada momento.  
Del aire aspira con amante anhelo  
La ráfaga ligera,  
Porque aspirar del sevillano suelo  
Los aromas espera.  
Que le preste sus alas, sollozando,  
Demanda al avecilla,  
Con el intento de volver volando  
A su amada Sevilla (1).

Estos versos son de Al-Homaidi:

Vivir de mi patria ausente  
Es mi costumbre hace tiempo;  
Otros gustan del reposo,  
Yo gusto del movimiento.  
Innumerables amigos  
En todas las tierras tengo:  
He desplegado mi tienda  
En mil ciudades y pueblos.  
Desde el Oriente al Ocaso

---

(1) MAKKARI, 1, 664.

Recorrer el mundo quiero:  
No ha de faltar un sepulcro  
En que descanse mi cuerpo (1).

Sirvan como muestras de poesía gnómica ó  
sentenciosa las que siguen:

Aunque su cuerpo perezca,  
El sabio nunca perece;  
El ignorante está muerto  
Aun ántes de que le entierren (2).

Como nuestra misma sombra  
Son los bienes de la tierra:  
Huyen de quien los persigue,  
Persiguen á quien los deja (3).

Cálices llenos de acíbar  
Suelen ser todos los hombres,  
Y sus frases amistosas,  
Miel extendida en el borde.

La dulzura del principio  
A beber nos predispone,  
Y al fin gustamos lo amargo  
Que en el corazon se esconde (4).

---

(1) MAKKARI, I, 535.

(2) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-As-Sid*.

(3) IBN-CHALIKAN, art. *Sukaina*.

(4) IBN-JURAIR, ed. Wright, pág. 19.

Dos partes tiene la vida:  
Lo que pasó, que es un sueño;  
Lo restante, lo que aún  
No pasó, que es un deseo (1).

Ibn-ul-Habbad, aunque era un tierno poeta erótico, escribió estos versos en un momento de mal humor:

Si te engaña tu querida,  
Sé también su engañador;  
Quien desdeña ó quien olvida  
Se cura del mal de amor.  
Cuando tienes un rosal  
Que te da rosas hermosas,  
Que se lleve, es natural,  
El que pasa algunas rosas (2).

Con ocasion de encanecerse rápidamente sus cabellos, dijo burlando el famoso médico Ibn-Zuhr ó Abenzoar:

Así exclamé, sorprendido,  
Al mirarme en el espejo:  
«¿Quién es este pobre viejo?  
¿Adónde, adónde se ha ido  
Aquel jóven conocido  
Que en tu fondo yo veía?»  
Y el espejo respondia:

---

(1) MAKKARI, 1, 79.

(2) DOZY, *Recherches*, 101.

«Sulema lo explicará,  
Que ya te dice ¡papá!  
Y ayer ¡hijo! te decía» (1).

El mismo Abenzoar hizo para sí este epitafio:

Párate y considera  
Esta mansion postrera,  
Donde todos vendrán á reposar.  
Mi rostro cubre el polvo que he pisado;  
A muchos de la muerte he libertado,  
Pero yo no me pude libentar (2).

Ibn-Badja (llamado Avempace por los cristianos) dijo, al presentir su próxima muerte:

Al ver que mi alma la muerte temia,  
Le dije: «La muerte disponte á sufrir;  
Llamarla en las penas es gran cobardía,  
Mas debes tranquila mirarla venir.»

Abn-Amr, paseándose un día por los alrededores de Málaga, su patria, se encontró con Abd-ul-Wahab, gran aficionado de la poesía, y habiéndole rogado éste que dijera algunos versos, recitó los que siguen:

Sus mejillas al alba roban luz y frescura,  
Cual arbusto sabeo es su esbelta figura;  
Las joyas no merecen su frente circundar.

---

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-Zuhr*.

(2) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-Zuhr*.



De la gacela tiene la gallarda soltura  
Y el ardiente mirar.  
Sean, cual perlas bellas,  
engarzadas estrellas  
De su hermosa garganta magnífico collar.

Cuando Abd-ul-Wahad hubo oído estos versos, lanzó un grito de admiración y cayó como desmayado. Cuando volvió en sí, dijo: «¡Perdóname, amigo! Dos cosas hay que me ponen fuera de mí y me quitan todo dominio sobre mí propio: el ver una hermosa cara y el oír una buena poesía» (1).

El califa Abdurrahman III tuvo que sangrarse á causa de una ligera indisposición. Estaba sentado en el pabellon de la gran sala, que

---

(1) MAKKARI, II, 274.—Ya comprenderán nuestros lectores que no participamos de la extraordinaria admiración de Abd-ul-Wahad. Tal vez en el original árabe haya primores que no ha podido reproducir la traducción alemana, y menos aún la española. Con todo, el que hace esta última no da valor alguno á aquellos primores intraducibles para un traductor menos que mediano. La forma poética es de suma importancia, pero la forma poética presupone un contenido, un pensamiento ó sentimiento que también lo es, y que apetece una forma adecuada, y que la impone á quien traduce. Cuando no hay ni pensamiento ni sentimiento, sino hinchazón ó pue-

se alzaba en el punto más elevado de As-Zahra, y ya el cirujano iba á herir su brazo con el instrumento, cuando entró volando un estornino, se paró sobre un vaso dorado, y dijo lo siguiente:

Hiere con mucho cuidado  
El brazo con la lanceta,  
Porque la vida del mundo  
Circula por esas venas.

El estornino repitió muchas veces estas palabras, y Abdurrahman, muy divertido y maravillado, trató de averiguar quién le habia proporcionado aquella sorpresa, enseñando los versos al pájaro. Entónces supo que habia sido su mujer Murdschana, madre del heredero del trono Al-Haken, y recompensó su ocurrencia y el

---

rilidad, no puede haber forma tampoco, sino quizás una estructura extraña y complicada, ó una vana y artificiosa combinacion de palabras sonoras. Los lectores comprenderán cuán ingrata tarea es la de traducir de una lengua á otra estas composiciones vacías, ó como si dijésemos hueras, pero que tienen su valor histórico y su lugar correspondiente en toda literatura. Más trabajo da al traductor una composicion de esta clase, aunque sólo conste de una docena de versos, que la magnífica elegía de Abul-Beka, de Ronda, á la pérdida de Valencia, Córdoba y Sevilla.

placer que le habia dado con un presente muy rico (1).

Un joven, empleado en la administracion de la hacienda pública en Córdoba, fué conducido á la presencia del poderoso ministro Almansur, para responder de la malversacion de ciertos fondos, por lo cual se le acusaba. Habiendo tenido que confesar su delito, Almansur le dijo: «Pícaro, ¿cómo te has atrevido á apoderarte de los dineros del Sultan?» El mozo respondió: «El destino es más poderoso que los mejores propósitos, y la pobreza seduce á la lealtad.» El ministro, muy incomodado, mandó que le llevasen á la cárcel con cadenas para darle un severo castigo. Cuando ya le llevaban, dijo el reo:

No acierto á ponderar cómo es profundo  
El infortunio mio;  
No hay quien pueda salvarme en este mundo;  
En la bondad de Dios sólo confío.

Al oir Almansur estos versos, ordenó á los esbirros que se detuviesen, y preguntó al prisionero: «¿Has recitado esos versos de memoria ó los has improvisado?» El mozo respondió: «Los he improvisado», y el ministro mandó que le quitasen las cadenas. Entónces añadió el mozo:

---

(1) MAKKARI, I, 232.

Como Alá, bondadoso sé que eres,  
Y perdonar sin agraciar no quieres.  
Con el perdon no se contenta Alá;  
Sobre el perdon el Paraíso da.

Almansur mandó que no sólo le dejasen en libertad, sino que también se desistiese de toda ulterior persecucion á causa de la suma malversada (1).

Ibn-Hudail refiere: «Cierta dia, yendo yo á una quinta que poseo al pié de la sierra de Córdoba, en uno de los más hermosos sitios del mundo, me encontré con Ibn-al-Kutiya, que volvía precisamente de los jardines que tiene en aquel punto. Cuando me vió, dirigió hácia mí su caballo, y se mostró muy contento de haberme encontrado.

»Yo mismo, de muy buen humor, le dije de repente:

Sol, que el mundo iluminas refulgente,  
¿De dó vienes, varon á quien respeto?

»Al oirme se sonrió, y respondió al instante:

De donde meditar puede el creyente,  
Y el pecador pecar puede en secreto.

---

(1). MAKKAH, I, 273.

»Esta respuesta me agradó tanto, que no me pude contener, y le besé la mano y pedí para él la bendicion de Dios. Era ademas mi antiguo maestro y merecia esta muestra de alta estimacion» (1).

Ibn-Sadeh cuenta: «Habia yo llegado á Toledo con mi hermano, y ambos fuimos á hacer una visita al jeque Abu-Bekr. Apénas entramos donde estaba, nos preguntó de dónde veniamos. De Córdoba, respondimos. ¿Y cuándo la dejarais? volvió á preguntar. No há mucho, volvimos á responderle. Entónces, dijo, llegaos más cerca de mí, á fin de que yo respire el ambiente de Córdoba. Y cuando ya estuvimos junto á él, se inclinó sobre mi cabeza y dijo:

«¡Oh ciudad de las ciudades,  
Córdoba espléndida y clara!  
¿Cuándo volveré á tu seno,  
Hermosa y querida patria?  
¡Ojalá fecunda lluvia  
Sobre tus pensiles caiga,  
Mientras que el trueno repita  
El eco de tus murallas!  
Brillen serenas tus noches,  
Un cinturon de esmeraldas  
Te cerque y tu fértil vega  
Te perfume con algalia.»

---

(1) IBN-CHALIKAN.

El poeta As-Sohaili recibió la noticia de que Sohail, lugar de su nacimiento, cerca de Málaga, había sido destruido por los cristianos, y sus parientes habían sido muertos. Al puntó fué allí, y al ver las ruínas de su pueblo, exclamó conmovido:

¿En dónde están los nobles generosos  
Que en tu seno vivian;  
Que amenudo en sus brazos amorosos  
Aquí me recibian?  
Ni á mi voz ni á mi llanto ha respondido  
Ninguna voz amada;  
El eco ó de la tórtola el gemido  
Responde en la enramada.  
Honda pena me causa, patria mia,  
Estar tus males viendo,  
Y no poder á la maldad impía  
Dar castigo tremendo (1).

---

(1) MAKKARI, II, 272.

## ÍNDICE

---

Págs.

---

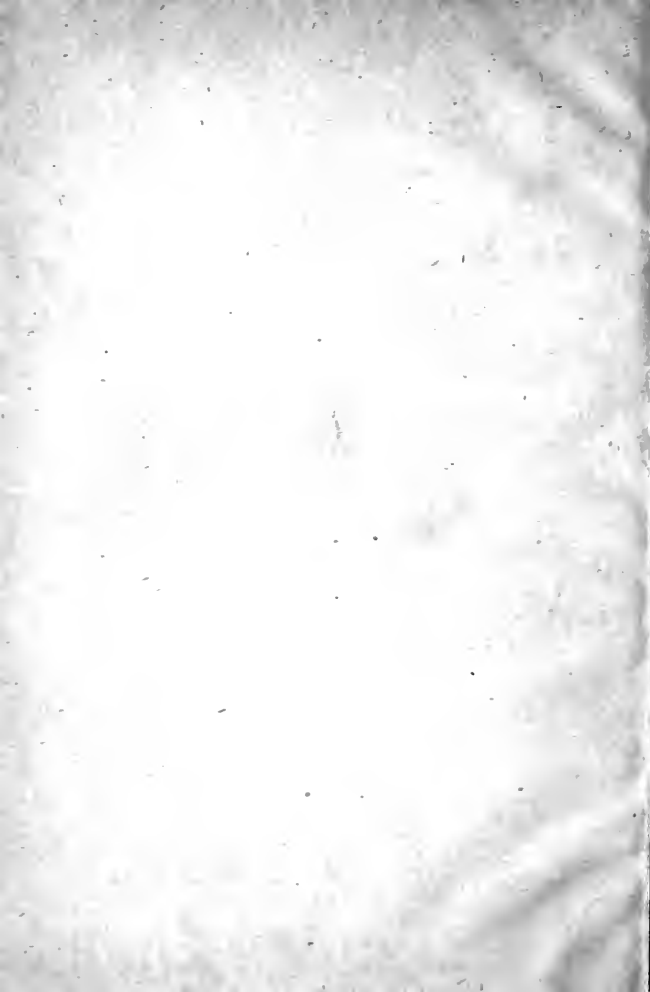
AL PÚBLICO . . . . .	V
ADVERTENCIA PRELIMINAR DEL TRADUCTOR. . . . .	VII
ADVERTENCIA Á LA SEGUNDA EDICION. . . . .	XV
PRÓLOGO . . . . .	XXI
I.—Introduccion. . . . .	1
II.—Elevada cultura de los árabes es- pañoles.—Eflorescencia de la poesía entre ellos. . . . .	47
III.—Observaciones generales sobre la poesía arábigo-hispana. . . . .	99
IV.—Cantos de amor. . . . .	119
V.—Cantos de guerra. . . . .	155
VI.—Cantares báquicos.—Descripcio- nes. . . . .	201
VII.—Panegíricos y sátiras . . . . .	223
VIII.—Elegías.—Poesías religiosas. . . . .	239
IX.—Poesías várias. . . . .	265

---

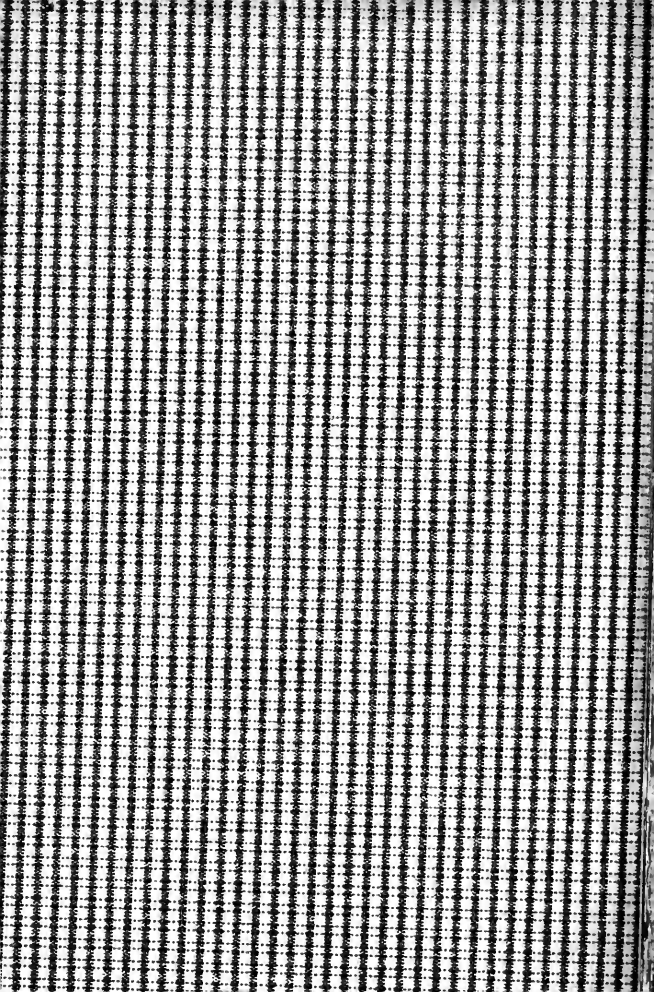












PJ

8410

S318

1881

T.1

C.1

ROBA

